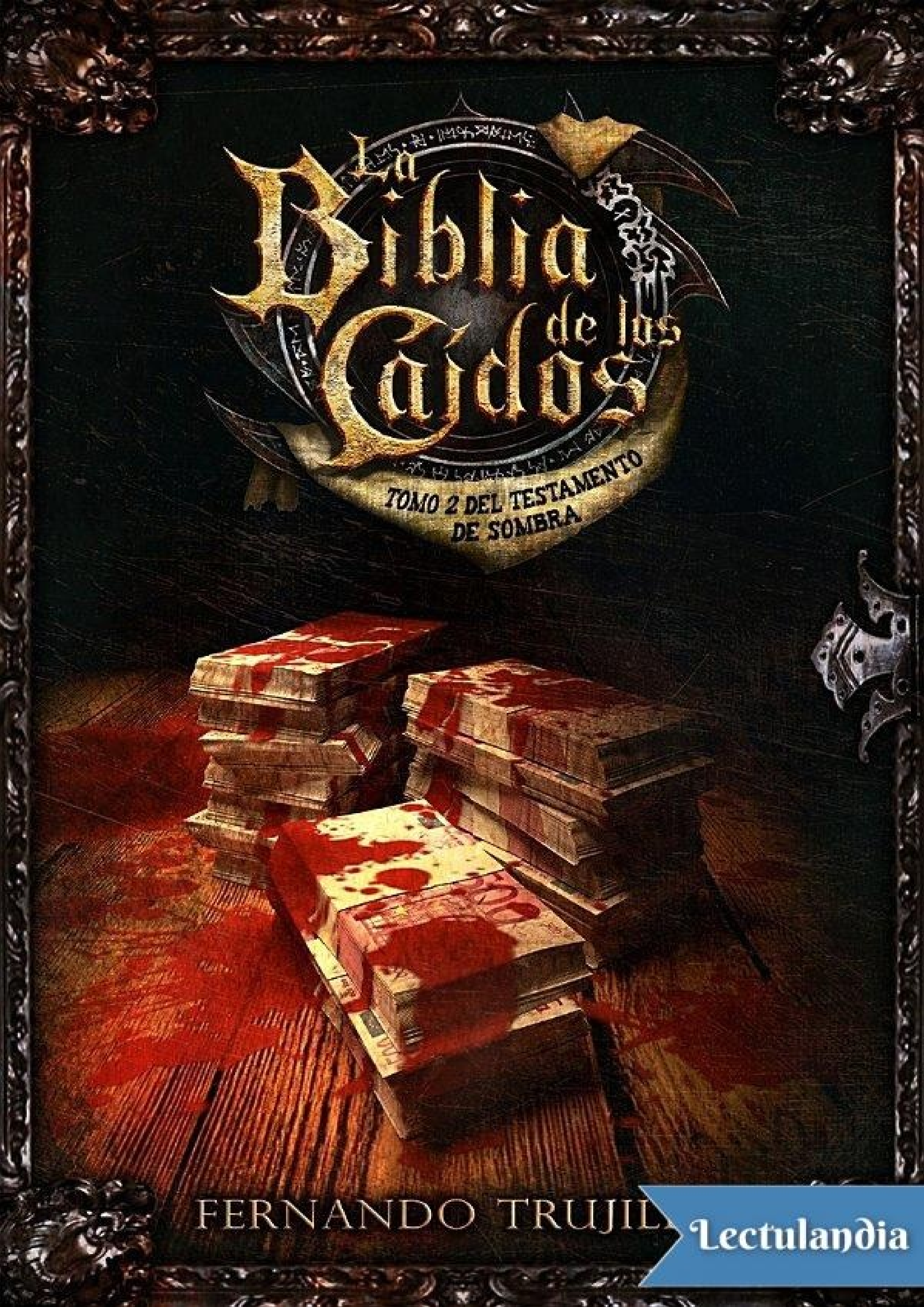


La Biblia de los Caídos
TOMO 2 DEL TESTAMENTO DE SOMBRA
FERNANDO TRUJIL
Lectulandia

Recuerdo cuando imaginaba a Sombra sin matar a nadie, salvo para alimentarse, cuando era mucho más joven y los sentimientos empapaban mis ojos. Echo de menos aquellos tiempos y aquella forma del ver el mundo. Aún creía que un asesino puede renunciar a matar.

Fernando Trujillo Sanz

Tomo 2 del Testamento de Sombra

La Biblia de los Caídos - 6

ePub r1.0
XcUiDi 05.08.18

Título original: *Tomo 2 del Testamento de Sombra*
Fernando Trujillo Sanz, 2017

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2


La
Biblia
de los
Caídos

TESTAMENTO DE SOMBRA

Tomo 2

Recuerdo cuando imaginaba a Sombra sin matar a nadie, salvo para alimentarse, cuando era mucho más joven y los sentimientos empapaban mis ojos. Echo de menos aquellos tiempos y aquella forma del ver el mundo. Aún creía que un asesino puede renunciar a matar.

Con el fin de evitar confusiones a la hora de leer estas crónicas, paso a detallar el orden de lectura correcto, la lista de tomos completa hasta la fecha:

—La Biblia de los Caídos. (Tomo 0)

—Tomo 1 del testamento de Sombra.
—Tomo 1 del testamento del Gris.
—Tomo 1 del testamento de Mad.
—Tomo 1 del testamento de Nilia.

—Tomo 2 del testamento del Gris.

—Primera plegaria del testamento del Gris.

—Tomo 2 del testamento de Sombra.

Alterar ese orden solo puede desembocar en mayor confusión y en una comprensión más pobre de cuanto se relata en esta historia.

Adicionalmente, ya se han transcrito varios tomos de los apéndices, que se pueden leer en cualquier momento, siempre y cuando se hayan leído el Tomo 0, el inicio de este viaje, y el Tomo 1 del testamento de Sombra.

Hecha la oportuna advertencia sobre el orden de los tomos, la elección es vuestra.

RAMSEY.



Drago apiló el último fajo de billetes en el interior de su caja fuerte.

—Daos la vuelta, idiotas.

Sus esbirros obedecieron sin rechistar y Drago cerró la puerta e introdujo el código de seguridad que solo él conocía. No se fiaba de nadie más. Ciertas cuestiones no se podían delegar. Conocía la codicia de primera mano y la consideraba una fuerza muy superior a la lealtad, en especial potenciada por una buena dosis de desesperación. Cualquiera de sus hombres, antes o después, se metería en un lío, contraería una deuda demasiado grande o sepultaría su dinero bajo el afecto de una mujer. Todos se equivocaban alguna vez, era inevitable, de ser otra la naturaleza humana se habría arruinado hace tiempo, puede que ni siquiera existieran los tipos como él. Y cuando la necesidad aprieta, hasta el más devoto y ferviente de sus lacayos podría claudicar ante la tentación de apropiarse del dinero de Drago.

—Por favor, dime que no era tu cumpleaños —dijo una voz desconocida.

Drago se volvió. Sus tres guardaespaldas miraban alrededor desconcertados con la mano bajo el brazo, sobre las armas, uno incluso había desenfundado. Drago tomó nota mental de aplaudir su decisión más tarde, justo después de escarmentar a los dos inútiles que aún conservaban las pistolas en sus respectivas fundas. Al menos uno había cubierto la única entrada al garaje y los otros dos se habían desplegado para abarcar toda la estancia.

Se abrió la puerta de uno de los dos coches que Drago apreciaba más que a nada en el mundo después del dinero, un flamante Porsche 918 Spyder. Salió un tipo de aspecto curioso, precedido por una playeras de color chillón y vestido con una camisa por fuera de los vaqueros, un estilo informal pero cuidado, juvenil, aunque no a la moda. Su melena revuelta le caía hasta los hombros. Lucía un aspecto aparentemente descuidado que en realidad era todo lo contrario. Su apariencia y su juventud no casaban con las de sus rivales en los negocios.

—En serio, ¿seis dígitos? —dijo el desconocido—. Espero que la clave de la caja fuerte no sea el cumpleaños de tu única hija.

Los tres guardaespaldas le apuntaban con las armas, indecisos. El recién llegado paseó entre los coches con total despreocupación. Se detuvo en el centro del garaje, de cara a Drago y de espaldas a las pistolas que le encañonaban, casi como si quisiera situarse en el lugar desde el que menos posibilidades tenía para defenderse.

Drago, a su pesar, también dudaba, sobre todo por la mención a su hija, un comentario destinado a advertirle de que el intruso estaba bien informado.

—¿Para quién trabajas?

—Trabajo por mi cuenta, Drago. Supongo que soy un solitario. Me llamo Sombra, por cierto. ¿Te dice algo mi nombre? ¿No? Qué contrariedad. Ahora será necesaria una explicación, imagino.

Solo un lunático se presentaría solo y aparentemente desarmado y osaría espiar a Drago desde uno de sus coches.

—¿Quién está en la entrada de la finca? —preguntó Drago por un *walkie talkie*—. ¿Contesta?

—Está vivo —dijo Sombra—, pero no te responderá, y tampoco caminará bien hasta dentro de varios meses. Su compañero fue más rápido. Ese solo tendrá que aprender a disparar con la mano izquierda. Sorprendí a dos más que alardeaban sobre sus aptitudes sexuales. No pecaban de modestos, si me preguntas. A esos solo les dolerá la cabeza cuando despierten.

Drago lo volvió a intentar, pero nadie le contestó por el *walkie talkie*. El tal Sombra sin duda contaba con ayuda, quizá estuvieran rodeados en aquel momento, porque no se creía que aquel chico hubiera reducido a sus hombres él solo.

—No eres policía —dijo Drago.

—En absoluto. —Sombra abrió los ojos, sorprendido.

—¿A qué esperáis? —Gruñó Drago—. Cacheadle.

—Yo no lo haría —advirtió Sombra—. No voy armado. No te enfades con ellos, Drago, después de todo tú tampoco me has visto entrar.

—Mi enfado es porque no te dispararon al salir del coche.

—¿De verdad? ¿No sientes ni un poco de curiosidad sobre qué estoy haciendo aquí? ¿Nada? Me sorprendes. Tendré que mejorar mis apariciones. Veamos, demuéstralo, Drago. —Sombra puso los brazos en cruz y cerró los ojos—. Adelante, dispara. Mátame, aunque no sabrás si vendrá otro después de mí, o por qué, o cuáles eran mis intenciones.

Drago vaciló unos segundos. Nada le gustaría más que acribillar a aquel jovenzuelo arrogante.

—¡Os he dicho que le cacheéis, idiotas!

—Si alguien me toca, lo mataré —dijo Sombra sin abrir los ojos.

El más decidido, el que había desenfundado el primero cuando apareció Sombra, se acercó al intruso por la espalda, con cautela, sin dejar de apuntarle. Sombra permaneció quieto con los brazos en cruz y los ojos cerrados… hasta que el guardaespaldas puso una mano sobre su hombro. Entonces Sombra se arqueó hacia

atrás, veloz, su cabeza se estrelló contra la nariz del guardaespaldas. Sonaron disparos de sus dos compañeros.

Sombra se encogió, asestó un codazo en el abdomen al guardaespaldas que chorreaba sangre por la nariz rota. Y desapareció. El guardaespaldas se desplomó en el suelo, solo, no había ningún otro cuerpo.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó uno de los hombres de Drago.

Apuntaba a todas partes con su arma, se le veía nervioso. El tercer guardaespaldas también estaba inquieto.

—¡Buscadlo! —gritó Drago—. No puede haber ido muy…

—¡Allí! ¡Debajo del Porsche!

—¡Aquí abajo no hay nada, imbécil!

El que había dicho eso, nada más incorporarse de examinar el suelo bajo el vehículo, salió volando hacia atrás y se empotró contra la pared. El último de los guardaespaldas disparó. Reventó las lunas traseras del Porsche. Disparó de nuevo.

—¡Deja de disparar, idiota! —Gruñó Drago.

El guardaespaldas cayó sin que Drago pudiera ver qué o quién le derribaba. Escuchó el golpe de un puñetazo. Luego un susurro a la izquierda, no, por detrás.

—Se lo advertí —dijo Sombra.

Estaba delante de él, a un paso de distancia, relajado, como si no hubiera hecho el menor esfuerzo físico.

—¿Hay alguien más aquí contigo?

—Te he dicho que soy un solitario. Veo que no me crees. Tranquilo, luego tendrás tiempo para pensar en cómo es posible que haya acabado con tus secuaces tan rápido. ¿Podemos hablar ya de negocios?

Drago ocultaba una pistola bajo el brazo izquierdo, pero no tenía la menor intención de intentar utilizarla.

—¿Quién eres?

—Un asesino. El mejor, uno que nunca falla —Sombra se encogió de hombros—. Lo siento, pero la falsa modestia es innecesaria. Reconozco que me ha dolido que no hubieras oído hablar de mí. La reputación es importante para los negocios. Tú lo sabes bien, Drago. ¿Me equivoco?

Drago desenfundó el arma. Apuntó a Sombra, quien no hizo ademán alguno de evitarlo.

—Has cometido un error al venir a matarme.

—¿Matarte? He venido por negocios. ¿De verdad quieres apretar el gatillo? ¿Después de lo que les ha pasado a tus chicos? Eso me preocupa. Es señal de una fuerte carencia de sentido común. Y eso no es bueno para los negocios.

Drago bajó la pistola despacio. Sombra estaba a menos de dos palmos del cañón de su arma, y aun así supo que apretar el gatillo solo serviría para acabar muerto.

—Te escucho —dijo con un tono de voz aceptable que enmascaraba sus temores.

—Mucho mejor. —El rostro de Sombra se iluminó—. Mantienes la compostura, a

pesar de todo. Aplaudo tu capacidad para soportar el miedo.

El secreto no era complicado. Drago ya había aceptado que Sombra podía matarlo, si quería, pero estaba vivo, por tanto su objetivo era otro.

—Creía que venías a hablar de negocios. ¿De qué se trata?

—De matar. A eso me dedico.

—¿Por eso has liquidado a mis hombres?

—Están vivos. Excepto el que me tocó.

En ese instante el aludido se removió en el suelo, murmuró algo y se desplomó de nuevo. Drago interrogó a Sombra con la mirada.

—Tiene el bazo roto y una hemorragia interna. No llegaría al hospital a tiempo. Yo no fallo nunca.

—¿Quién te paga?

—Nadie —contestó Sombra—. Por eso continúan con vida. Es frustrante andar desempleado. Estoy aquí para ofrecerte mis servicios.

—¿Quieres que te contrate?

Drago no lo podía creer.

—Y no soy barato, precisamente.

—Esto es absurdo. No quiero matar a nadie en estos momentos, y tengo mis recursos, si necesito hacerlo.

—Desde luego, si el cliente no quiere, yo no puedo hacer nada —asintió Sombra —. Pensaba que tu rivalidad con ese tipo estrafalario que llaman Nudillos desaparecería si me encargaba de él.

—Nudillos es insignificante. Hace un año se metió en el tráfico de drogas, pero no es más que un pececillo. No representa una amenaza. Su organización crece, pero no es nada comparada con la mía. Tienes cierta información, pero no muy precisa.

Sombra frunció el ceño, pensativo.

—Creo que tienes razón. Pero no has contado con la posibilidad de que te liquide y acabe absorbiendo tu negocio.

—Nudillos no está tan loco como para intentarlo.

—De nuevo estás en lo cierto —dijo Sombra—. Pero yo podría ofrecerle a él mis servicios, dado que aquí parece que no encuentro trabajo. Le haría la misma sugerencia que a ti. Es decir, matarte, por si no está claro. Tú, que cuentas con mejor información, dime, ¿rechazaría mi oferta?

—Lo haría —aseguró Drago—. A menos que seas tan barato como una puta de carretera. Nudillos está en bancarrota.

—El dinero se consigue de muchas maneras. Creo que a Nudillos le podría ofertar acabar contigo por un porcentaje de su negocio, que seguro tendría unas posibilidades enormes de crecimiento después de que me ocupara de ti. ¿No crees?

—No —dijo Drago demasiado rápido.

—Una charla entretenida. —Sombra se dio la vuelta y agitó la mano por encima de su cabeza—. Quizá nos veamos en otra ocasión.

—¡Espera! ¡Para, maldita sea! ¿Cuánto?

—¿Cuánto vale librarse de la competencia? —dijo Sombra, aún de espaldas—. ¿Qué precio pondrías a la cabeza del pobre Nudillos?

—Cien mil —contestó Drago—. Y estoy siendo más que generoso.

—Hasta luego.

Sombra dio otro paso hacia la salida.

—¡Espera! Dime tu precio y acabemos con esto.

Sombra se giró, ladeó la cabeza y miró por encima del hombro de Drago.

—La mitad de lo que hay en tu caja fuerte.

—Estás loco.

—Pero nunca fallo.

Se miraron durante un rato.

—No puedo creer lo que voy a hacer.

Drago retrocedió hasta la caja fuerte y la abrió. Comenzó a sacar fajos de billetes.

—El código de la caja es el cumpleaños de tu hija, ¿a que sí? —preguntó Sombra.

—Aquí tienes. —Drago colocó el dinero sobre una mesa—. Cógelo y desaparece de mi vista.

—Eso es la cuarta parte, no la mitad.

—El resto cuando el trabajo esté terminado. Deberías saber cómo son los negocios.

—Y de nuevo tienes razón. Un momento.

Sombra abrió el diminuto maletero del Porsche y sacó un bulto que llevó hasta la mesa.

—¿Eso no será lo que creo? —preguntó Drago, asqueado, dando un paso atrás.

—La otra mitad, por favor. —Sombra dejó la cabeza de Nudillos sobre la mesa—. Ha sido un placer hacer negocios contigo.



1

—Una rentabilidad del siete por ciento es sencillamente imposible —sentenció Aarón mientras miraba por la ventana—. Quien se lo haya ofrecido le ha engañado. Yo le garantizo un cinco por ciento el primer año y no conseguirá nada mejor…

Casi ni tenía que pensar para repetir su discurso. Se trataba del cuarto inversor al que iba a convencer aquella mañana, el decimocuarto en lo que iba de semana, un resultado muy superior al de cualquiera de sus compañeros. El secreto de su éxito era tremendamente simple: no mentía. Se centraba en sortear las dudas de sus clientes para que hicieran lo que en realidad deseaban más que nada: arriesgar dinero con la esperanza de que se multiplicase. Algunos se resistían, otros le rechazaban de plano, sin escucharle siquiera, pero cuando la conversación duraba más de tres minutos, Aarón sabía que acabaría ganándoselos.

—Quiero comprar las acciones yo mismo, sin delegar en usted.

—No podría ser de otro modo —dijo Aarón—. Operará directamente con su banco a través de… ¿Oiga? ¿Hola?

Aarón se volvió, irritado por la desconexión de la llamada. Hasta ese momento había estado de espaldas a la oficina, contemplando los coches y los peatones desde las alturas de su despacho, ajeno al entorno de trabajo. Entonces reparó en el silencio, esa extraña sensación en un lugar que asemejaba una cacerola hirviendo de voces, timbrazos telefónicos, teclados maltratados, impresoras que chorreaban informes toda la jornada. Ahora, no se oía nada.

Los compañeros le miraban desde sus puestos. Aarón se preguntaba qué había hecho para despertar tanta expectación como para detener la actividad del centro de inversión financiero, cuando advirtió que no era él quien atraía las miradas, sino un hombre que estaba de pie ante su mesa. Un hombre elegante, de semblante serio, que sostenía en alto el cable desenchufado de la base de su teléfono inalámbrico.

—¿Me ha desconectado usted el teléfono? —preguntó Aarón.
—En efecto.
—¿Quién es usted?
—Mario Tancredo.
Aarón pestañeó un par de veces. En seguida se recobró y sonrió con incredulidad.
—Sí, claro. Encantado. Y yo soy un jeque árabe jubilado. Ahora váyase y déjeme en paz.
—Bonos del estado —dijo el supuesto Mario Tancredo—. O letras del tesoro. Eso deberías ofrecer a tus clientes.
Se marchó sin esperar una respuesta, antes de que Aarón tuviera la ocasión de detallarle el orificio por el que podía meterse su consejo. Su única preocupación ahora era llamar de nuevo al cliente, disculparse y seguir donde lo habían dejado.
Iba a introducir la clavija en la base cuando un compañero se lo impidió.
—¿Se puede saber qué os pasa hoy a todos? ¿Es una broma?
—Tío, eres idiota —le recriminó su compañero—. Ese era Mario Tancredo. ¿No lo conoces o qué?
Aarón se quedó congelado. Habituado a replicar, a embaucar, a cualquier cosa menos a guardar silencio, no encontraba el modo de reaccionar ante la mayor metedura de pata de su vida.
—Dime que es una broma —suplicó.
—Me quedaré con tu monitor y puede que tu silla. Ha sido un placer trabajar contigo, Aarón.
La puerta del despacho se abrió con brusquedad. Era su jefe. Le apuntó con un dedo y gruñó:
—A mi despacho. Ahora.
Aarón obedeció y fue tras su jefe, bajo las miradas de todo el departamento. En el despacho del director, Mario Tancredo estaba sentado y jugueteaba con un vaso de *whisky*.
—Explicádmelo. Sin rodeos.
El director de operaciones se irguió.
—Por supuesto, señor Tancredo —repuso con un tono considerablemente más rebajado que el que empleaba con sus subordinados—. Llevamos tres trimestres consecutivos obteniendo beneficios superiores al quince por ciento y…
—Eso lo sé —le interrumpió Mario—. Y puedo leerlo en un informe sin tener que venir hasta aquí.
Dio un trago y miró al director con impaciencia, invitándolo a… no hacerle perder el tiempo.
—Diversificamos las inversiones para minimizar los riesgos y estudiamos las distintas carteras en función de…
Aarón apreció el nerviosismo de su jefe. Ignoraba por qué estaba allí Mario Tancredo, el dueño de la compañía, en persona, interrogándolo, menos aún qué

pintaba él mismo, un simple empleado, en esa especie de reunión por sorpresa, como cogidos en alguna falta grave. Pero que el director de operaciones, el máximo responsable, pareciera tan perdido como él, le produjo una extraña satisfacción. No era frecuente ver en apuros a su superior directo, a quien se pasaba los días atosigándolo y exigiendo un incremento en los beneficios.

Mario Tancredo apuró el *whisky* y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe que sobresaltó al director de operaciones.

—Nadie gana tanto dinero con esas insignificancias. Así que…, ¿de qué se trata? ¿Sobornos? ¿Tráfico de influencias? ¿Información privilegiada? Ni se te ocurra insinuar que es gracias a tu olfato para los negocios, tu formación o una supuesta capacidad financiera única. Te conviene contarme la verdad antes de que yo la averigüe por mi cuenta. Porque lo haré. En realidad, lo que estoy haciendo ahora mismo es darte la oportunidad de ahorrarme tiempo y molestias. Además, trabajas para mí, así que suéltalo.

El director de operaciones carraspeó.

—Un concejal nos filtró información sobre unos terrenos que iban a recalificar en…

—De nuevo, minucias. Una operación de ese tipo no explica tantos beneficios en tan poco tiempo. A largo plazo podría ser.

—La adjudicaciones de obra pública…

—Eso son inversiones. No serán rentables hasta dentro de al menos dos años… ¿Eso es todo? ¿Estás seguro de que no tienes ningún trato a escala internacional? —Tancredo cerró los ojos y se apretó el tabique de la nariz—. Necesito un minuto. Guardad silencio.

Mario permaneció en esa postura, inmóvil, durante largos e interminables segundos. Luego cogió la botella de *whisky*, con la mirada perdida, y se sirvió otra vez. Había vertido apenas dos dedos de licor cuando Mario pestañeó deprisa y miró al director de operaciones.

—No tienes ni idea, ¿verdad? Es increíble. Hay gente con suerte, después de todo. Ahora sal y cierra la puerta.

El director miró a Aarón con suspicacia e irritación. La orden de Tancredo había sido clara, le había hablado solo a él, en singular. Lanzó una mirada furiosa a Aarón mientras salía de su propio despacho.

—¿Yo me quedo? —preguntó Aarón.

—Ponte en el asiento de tu jefe. No te entusiasmes, que no es un ascenso. Quiero que utilices su ordenador para buscar las operaciones que más dinero nos han reportado en el último año. ¿Las tienes? Agrúpalas por empleado y clasifícalas de mayor a menor. ¿Qué puesto ocupas en esa lista?

—El tercero.

—Ahora busca las operaciones menos rentables, las que más dinero nos han costado. ¿Ya? ¿Qué puesto ocupas en la lista?

—No figuro en la lista. —Aarón trató de disimular el orgullo de no haber incurrido en pérdidas. Mario Tancredo dio un trago y se cruzó de brazos—. Soy bueno —dijo Aarón. Mario carraspeó—. Lo soy.

—No tanto.

Aarón trató de mantenerse sereno. Se imaginó a Mario como uno de sus clientes, uno muy impertinente, de los que cuestionaban todo. Y actuó en consecuencia.

—Lo soy —repitió, esta vez con mayor firmeza—. Mi historial financiero habla por mí. ¿Tiene alguna queja respecto a mi trabajo?… Pregunte lo que quiera. No encontrará ni una sola mancha en mi expediente.

—Hijo, te estás equivocando. Yo no tengo que demostrar nada a nadie. Tú sí. Solo hay una cosa que quiero saber. Solo una. Es decisión tuya responder: ¿por qué no eres el número uno del departamento?

La estrategia de considerar a Mario un cliente para no amedrentarse resultó un fiasco. Aarón no era un necio, reconocía el riesgo y ahora se enfrentaba a una situación que le superaba. Mario debía de estar al corriente de la verdad. Era de locos pero, a la vez, era la única explicación posible a esa extraña reunión. No tenía escapatoria.

—No quería llamar la atención —confesó.

Mario enarcó una ceja.

—¿Las cantidades que se invirtieron fueron decisión tuya?

Aarón asintió.

—¿Puedo preguntar cómo lo ha sabido?

—Tal vez más tarde. De momento vas bien. Tienes veintiocho años, ¿no?

—Veintinueve.

—¿Casado?

—No.

—¿Hijos?

—No.

—¿Crees en Dios?

Aarón tardó un segundo en contestar, sorprendido.

—Supongo que sí.

—Bien, escucha —dijo Mario, pensativo—. Puedo explicarte cómo te he descubierto, pero entrarás en un mundo en el que no hay marcha atrás. O puedes dejarlo aquí, ahora, en este momento, de forma amistosa. Te despediré con una generosa indemnización y te olvidarás de esta conversación. En otras circunstancias te daría tiempo para pensarlo, pero no lo tengo, así que decide.

—Me quedo —respondió Aarón tan rápido como pudo.

—Sabes quién soy y lo que se cuenta sobre mí, ¿no es así?

—Nunca lo he creído.

—Haces bien —aplaudió Mario—. La verdad es mucho peor. Querías saber cómo te descubrí. Vuelve al ordenador. Lista las empresas, fondos de inversión y cualquier

tipo de entidad fiscal con la que hayamos operado y excluye todas con las que nunca has tratado.

—No entiendo qué estoy mirando. Hay sociedades muy diversas, internacionales, conglomerados de…

—Estás mirando el entramado financiero de uno de mis enemigos más peligrosos. Son muy escasas las personas que están al corriente de esto. Tu confidente te proporcionaba información para que no invirtieras en esas compañías, para que no me proporcionaras a mí acciones de ninguna de sus propiedades, para mantenerme alejado. ¿Cómo lo hacía? Te daba soplos, ¿verdad?

—Me llama por teléfono.

—¿Al número de la empresa? Lo dudo mucho.

—A mi móvil personal.

—Dámelo.

Aarón obedeció. Mario lo examinó por delante y por detrás.

—¿Quién es ese enemigo?

—No es fácil de entender. Pero como tienes mucho que aprender, mejor te lo muestro. ¿Ves esto? —Mario le tendió un papel—. Es un informe que detalla cómo has traficado con la información de la compañía para enriquecerte. Se enumeran comisiones ilegales por cada operación que has realizado.

—Pero… Yo no he cerrado ninguna de estas operaciones.

—Ni tampoco has cobrado esas cantidades. Sin embargo, uno de los bancos en los que tienes una cuenta es mío, y esos ingresos se realizarán, incluyendo por supuesto el debido rastro informático y todo lo necesario para que sea real. En cuanto salga por esa puerta, daré la orden y entregaré este papel a la policía.

—¿Por qué? Estoy colaborando. Se lo he contado todo. No sé quién me llamaba. ¡Lo juro! Era una voz distorsionada.

—Entonces solo tienes que romper este papel.

—¿Qué clase de juego es este? No entiendo nada.

Mario sacó una pluma de oro resplandeciente. Desplegó el papel sobre la mesa del director de operaciones con sumo cuidado. Miró la hoja desde diversos ángulos, ladeando la cabeza, para terminar recolocándola. Por fin colocó la punta de la pluma sobre la esquina superior izquierda y trazó una línea curva hacia abajo, luego otra, y otra más. Así hasta completar un garabato que no tenía significado alguno para Aarón.

—Rómpelo o se lo entregaré a la policía. —Mario se apartó de la mesa.

Aarón tomó el papel sin comprender el propósito de aquella especie de amenaza, pero accedió. Estrujó la hoja, pero no se rasgaba. Redobló la fuerza, volvió a tirar, probó desde otro lado. Nada.

No tenía ningún sentido. Era una hoja de papel corriente, lo notaba en sus dedos. Lo intentó una vez más, aún sin poder creerlo.

—¿Fumas? —preguntó Mario.

Era una buena sugerencia. Aarón sacó su mechero, lo encendió y acercó la llama a una esquina. El fuego resbaló por el papel sin causar el menor daño.

—¡Ay!

Aarón soltó el mechero y se chupó el dedo. La llama era real, la había tocado.

—¿Es un truco?

—No importa qué herramienta utilices, no conseguirás romper ese papel. No estoy seguro del todo, pero es muy probable que incluso detuviera una bala.

—Eso es imposible.

—Observa.

Mario desmontó el teléfono móvil de Aarón. Extrajo la carcasa trasera y le mostró el interior. Había otro símbolo pintado.

—¿Significa eso que mi móvil es indestructible?

—No. Esta runa es diferente. Evita que se puedan rastrear las llamadas con las que tu confidente te filtraba la información financiera. Pero lo vamos a arreglar.

Mario pintó con su pluma de oro sobre la runa, pero el efecto fue que la borró. Luego pintó otra diferente y volvió a colocar la carcasa.

—¿Debo suponer que ahora podrá escuchar mis conversaciones?

—Eso no me ayudaría demasiado, pero podré encontrar a quien te llame.

—Al enemigo.

—A nuestro enemigo.

Aarón necesitaba más tiempo para asimilarlo.

—¿Nuestro?

—Vas a ser mi mano derecha, Aarón. Tu vida acaba de cambiar. Conseguir dinero ya no será tu razón para levantarte por las mañanas, porque a partir de ahora tendrás cuanto quieras. Aprovecha. Córrete una buena juerga porque dentro de muy poco eso no significará nada para ti. Necesito que te des prisa en aceptarlo.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Sí quieres. De todos modos, ya estabas contaminado por esas filtraciones. Dudo que hubieras vivido más de un año porque contaban con que antes o después te descubriría. —Mario se levantó—. Tienes tiempo hasta que vuelvan a llamarte. Después ejecutarás la operación que te pidan como si nada y me avisarás.

—Espere. ¿Quién es el enemigo? Creo que debería saberlo.

—Son muchas cosas las que debes aprender. Pero llevan tiempo.

—¿Ha insinuado que me matarían?

—Ya no. No se atreverán cuando sepan que estás conmigo. Pronto te presentaré formalmente y estarás bajo mi protección.

—¿Protección? Yo… No pensé que se tratara de una cuestión de vida o muerte.

—Depende del punto de vista. En realidad, es mucho peor. Pero, tranquilo, soy Mario Tancredo.

Aarón asintió poco convencido.

—Eso lo sabía. Lo que no sé es a quién nos enfrentamos.

—A demasiados. En este caso concreto, a un… grupo, podríamos decir, de personas que se denominan magos.

—¿Magos? ¿De esos que…?

—Olvida la ficción —advirtió muy serio Mario Tancredo—. Esa gente no tiene nada que ver con lo que estarás pensando. No son tipos leyendo un libro de conjuros y entonando sortilegios estúpidos. Estos magos, los de verdad, son mucho más peligrosos.

—¿Tú eres uno de ellos?

Mario recogió el papel irrompible y lo rasgó con la misma facilidad que si se tratara de… un papel al uso.

—Yo soy Mario Tancredo.



—¡Esto es alucinante!

Los ojos de Eva chispeaban de curiosidad. Debajo de ellos asomaba una sonrisa involuntaria. La chica adelantó una mano hacia un frasco con un líquido violeta que burbujeaba, pero se despistó en cuanto descubrió un conjunto de miniaturas de madera, talladas con un alto nivel de detalle. Una de ellas representaba un vampiro mordiendo el cuello de una mujer medio desnuda, a quien sostenía con delicadeza. Le pareció muy sexi. Otra figura era la de un dragón feroz, con las fauces abiertas, como rugiendo, a punto de desplegar las alas, con las patas traseras en tensión. El bicho estaba tan logrado que parecía a punto de escupir fuego.

—Me temo que esa figura no está en venta —dijo un chiquillo a su lado—. Se trata de un encargo para un cliente habitual.

Iba a regatear, pero entonces reparó en una chupa de cuero negra y una cadena a juego que le servía de cinturón.

—¡Me la pruebo!

Sombra se acercó para detenerla.

—¿Quieres que tu padre me mate? No creo que al ilustre juez le haga gracia que su hija se ponga eso.

—Ya no soy una niña —protestó Eva.

—Tienes quince años, cariño.

—Mi padre es un antiguo —refunfuñó—. Tú podrías hablar con él, atacarle en su punto débil… Por favor. Después de todo, es tu hermano, a ti te escuchará.

Sombra lo consideró un instante.

—No estoy seguro —dijo con sinceridad—. Pero de lo que no me cabe la menor duda es de que tu madre me mataría. En el mejor de los casos, me prohibiría verte. ¿Y

quién te iba a traer a sitios como este si no es tu tío favorito?

Eva bufó, pateó el suelo.

—Mi madre es peor, cierto… ¡Todavía cree que soy virgen!

—Y yo procuraría que lo siguiera creyendo durante un par de años más, al menos —aconsejó Sombra—. Haremos una cosa. Pruébate la chaqueta. Si te gusta, te la regalo, pero me la quedo y te la guardo. Y solo te la pondrás cuando salgas conmigo. Así tengo otra excusa para que quieras verme.

—¡Hecho!

Eva estiró el brazo hacia la cazadora mientras ideaba media docena de excusas para convencer a su tío de que le diera la chupa después de comprarla. Su tío era muy enrollado para ser tan mayor, pero Eva no se iba resignar a no tener esa magnífica cazadora en su armario.

—Un momento, cariño. —Sombra la detuvo de nuevo—. Primero el tatuaje, ¿recuerdas?

—¡Se me había olvidado!

—¿No quieres reconsiderarlo?

—No. Quiero la calavera. Es lo más chulo que he visto nunca. ¿No crees que me quedará bien?

—Demasiado —sonrió Sombra—. Vuelvo enseguida. Mientras, este pequeño artista hará su trabajo.

Sombra revolvió el cabello del muchacho, que preparaba el material de tatuaje. Le guiñó un ojo a Eva y salió de la habitación. Bajó por un escalera angosta en la que ardían antorchas a intervalos de varios metros. La luz resultaba un tanto escasa, pero no suponía un problema para su visión de vampiro.

Entró en otra sala donde aguardaba una chiquilla de unos once años.

—Encantada de recibirte, Sombra. Es un placer inmenso contar con tu compañía.

—El tatuaje no debe interferir con la runa, solo camuflarla. Ella no sabe que…

—Perdona mi atrevimiento, pero es la enésima vez que lo repites —dijo la bruja —. No te inquietes, quedará perfecto, tal y como has pedido. Me hago cargo de los sentimientos tan fuertes que os unen. No es frecuente entre un vampiro y un mortal. Por supuesto ella es extraordinaria.

—Ella no es asunto vuestro. —Sombra endureció el tono de voz—. No debe saber quiénes sois ni qué es este lugar. Así lo acordamos antes de traerla. Por si acaso, quiero doblar el precio pactado.

Los ojos de la bruja brillaron.

—No puedo aceptarlo. Jamás rompemos nuestra palabra. La simple insinuación de que puedan cambiarse los pactos supone una ofensa.

—¿Por quién me tomas, muchacha? Vuestro precio ha sido extraordinariamente bajo en esta ocasión. Queríais ver a mi sobrina, ¿crees que no lo sé?

—Confundes nuestras intenciones. Os hemos hecho un precio especial porque, por un lado, eres un buen cliente, y por otro lado es una forma de captar otro, tu

sobrina, lo que a la larga compensaría nuestras pérdidas en esta transacción.

Sombra miró fijamente a la pequeña bruja.

—Que pretendas que me trague que no es la runa de mi sobrina lo que os interesa me ofende a mí. —Sombra se cruzó de brazos con aire resuelto—. Ya estamos en paz en lo que a ofensas se refiere.

La bruja inclinó la cabeza.

—Convengo en ello. Estando en paz, no veo razón de aumentar la suma que habíamos acordado.

Sombra guardó el fajo de billetes de mala gana. Aún no había conseguido terminar un negocio con los brujos sin quedarse con la sensación de que había salido perdiendo. Su orgullo se resentía. Claro que había cuestiones más importantes que su orgullo, y los conocimientos de aquellos críos mugrientos eran indispensables. Le fastidiaba reconocer ante sí mismo cuánto había llegado a depender de los brujos.

—Tengo una petición nueva.

—Te escucho —se relamió la chiquilla.

—Necesito un modo de recorrer todas las partes de un cementerio. Todas, sin excepción.

La bruja abrió los ojos al máximo.

—¿Quizá necesitas unas zapatillas más cómodas?

—Se trata de un lugar al que no se puede llegar sin conocer el camino. No te hagas de rogar ni finjas que no sabes a qué cementerio me refiero.

La bruja se revolvió, incómoda.

—Me temo que no podemos atender esa petición. Permíteme ofrecerte mis más sinceras disculpas.

—Prefiero una explicación.

La muchacha encogió los hombros, asomó en sus labios una mueca imprecisa, puede que una sonrisa a modo de disculpa.

—El Gris es un cliente. No podemos ayudarte a encontrarlo, del mismo modo que no le diríamos a él cómo dar contigo. No obstante, puedo recomendarte, gratis, acudir a una iglesia donde puedes alzar una plegaria y…

—Tengo dinero —la cortó Sombra—. Ponle un precio y olvídate de esa iglesia.

—Tener que rechazar tu dinero por segunda vez me causa una angustia tremenda.

—Aquel que no tiene alma… —recitó el vampiro—. Un eslogan muy atractivo. Un hombre único que no responde ante nadie, porque nadie puede explicar su existencia. Un hombre al margen del mundo porque las reglas no se cumplen con él. ¿Me equivoco? Claro que no. El Gris es una excepción por sí mismo. Una excepción… ¿No se podría considerar absurdo, ilógico, incluso contraproducente, empeñarse en seguir las normas al pie de la letra con alguien que, por definición, puede saltárselas cuando le convenga?

—Nuestra política es bien conocida —replicó la bruja—. No rechazamos a nadie como cliente. Y a todos nuestros clientes les dispensamos el mismo trato exquisito.

No se trata del Gris, sino de nuestra reputación. Los brujos no hacemos excepciones. Salvo, naturalmente, en las escasas e inusuales ocasiones en que algún cliente contraviene nuestras normas y ya no podemos considerarlo como tal. Llegados a este punto, debo resaltar que nos colma de satisfacción la relación cordial y fructífera que mantenemos contigo desde hace tanto tiempo.

—Yo también estoy muy satisfecho y, por eso, me preocupo y me siento en la obligación de preveniros contra ese hombre sin alma. Se dice que asesinó a un ángel. No sería bueno para el negocio que los ángeles creyeran que lo protegéis.

—Cierto, no lo sería. En el caso de que ese rumor resultara ser verdad. ¿No es extraño que hasta ahora nunca se haya hablado de la muerte de un ángel?

—Lo que nos conduce sin remedio a pensar de nuevo en alguien que opera al margen de las normas —apuntó Sombra—. Y, si lo piensas, no es pequeña la frecuencia con la que los rumores terminan por confirmarse.

—Aunque así fuera, ese hecho no nos plantea un conflicto de intereses —dijo la chiquilla—. Como seguro bien sabes, ningún ángel ha sido cliente nuestro. El Gris, por el contrario, sí, y muy bueno.

Sombra sintió la ira dentro de sí luchando por desatarse. Nunca lograría ayuda de esos mugrientos. Estrelló el puño derecho contra la pared sin que apenas fuera consciente de ello. La pared se combó ligeramente hacia dentro y luego regresó a su posición inicial.

Sonó un golpe y una punta de hierro se asomó por el sitio en el que Sombra había estampado el puño. La punta parecía oxidada. Desapareció antes de que pudiera examinarla, dejando una grieta.

—Te ruego me disculpes —dijo la pequeña bruja—. En la estancia contigua están realizando pruebas con runas experimentales. Debería haberte advertido de que podríamos sufrir alguna leve incomodidad. Con todo, puedo asegurarte que nuestros experimentos están debidamente supervisados y no corremos riesgo alguno.

El vampiro asintió, indiferente. En aquel momento consideraba acudir a la famosa iglesia para enviar un mensaje al Gris, dado que no veía otro modo de dar con él. Le intrigaba saber si el Gris respondería.

—¿Alguna otra cuestión en la que pudiéramos serte de utilidad? —preguntó con humildad la bruja—. Quizá te gustaría echarle un vistazo a nuestras nuevas estacas, recién manufacturadas para nuestros mejores clientes.

El arte de las runas no era una prioridad para Sombra. Prefería recurrir a los servicios de los brujos cuando tenía esa necesidad.

—Lo que me interesa es otra cosa y ya has dejado claro que no puedes ayudarme —bufó Sombra—. Quizá en otra ocasión podamos hacer negocios.

El vampiro se dirigió a la puerta.

—O quizá podamos hacer negocios ahora mismo —la bruja se acercó a Sombra con pasitos cortos y rápidos. Tomó la mano del vampiro—. Es posible que me precipitara antes al decir que no podíamos ayudarte a encontrar al Gris. Con

humildad, reconozco que son pocas las proezas fuera de nuestro alcance. Sin embargo, en ningún momento he pretendido insinuar que fueras un cliente menos distinguido que el Gris. Nos hallamos ante un dilema, uno muy complejo, que atenta contra las bases de nuestra filosofía, de nuestro modo de vida, incluso.

—Será un secreto entre nosotros —se apresuró a decir Sombra—. No me atrevería a poner en riesgo vuestra reputación.

—Es un honor para nosotros que tomes en consideración nuestras necesidades —la chiquilla se llevó la mano del vampiro a la mejilla—. Pero una tarea tan compleja requiere un estudio exhaustivo, runas muy poco frecuentes, peligrosas…

—Pon un precio.

—Ese fue el malentendido antes. —La bruja abrazó al vampiro, aunque sus cortos brazos no llegaban a rodearlo por completo—. No es una cuestión de dinero.

—Bien. Entonces, ¿cuál es el precio?

La bruja alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Reposó la barbilla en el estómago de Sombra. Sonreía con ternura. Hasta parecía inofensiva.

—Tu sobrina.



2

Los humanos no dejaban de sorprender a Sombra.

—Vaya, vaya, mira qué tenemos aquí…

Sacudió la arena de la caja que acababa de desenterrar al tiempo que reflexionaba sobre la cantidad de trabajo que tenía últimamente. No siempre había sido así, no siempre le contrataban para matar y menos con tanta frecuencia. La reputación, esa era la clave: su trabajo impecable era un bumerán de ofertas constantes.

Con todo, hasta hacía solo un par de años, apenas recibía un encargo cada varios meses. Y siempre se trataba de humanos corrientes. Antes de convertirse en vampiro, nunca imaginó que en el mundo del crimen hubiera tanta demanda de asesinos. Las noticias, al menos, no reflejaban esa realidad, claro que había varias explicaciones para ese silencio. La más habitual era arreglarlo todo para que pareciera un accidente, y, si esos apaños fallaban, ya se ocupaban los centinelas infiltrados en los medios de comunicación y en la policía de tapar y ocultar la verdad. Sombra tenía una gran opinión sobre los siervos de los ángeles.

—La época de la escasez es cosa del pasado —sonrió después de abrir la caja.

Había dinero y un sobre. El vampiro sacó el contenido del sobre. Siempre incluían una foto junto a las instrucciones. A veces, añadían un expediente con múltiples datos sobre el objetivo que había que eliminar. Esta no era una de esas ocasiones, aunque no hacía ninguna falta porque no era posible confundir a la víctima en cuestión.

Sombra apartó el sobre y contó el dinero: una buena cantidad. No obstante, para ser la mitad del pago, el importe era acorde al riesgo de la operación.

Oyó el crujido de una rama, un resoplido, una caída. Sombra saltó, silencioso, a esconderse detrás de una lápida. Escrutó la oscuridad en busca del intruso, mientras se recriminaba haberse dejado fascinar con su siguiente encargo. Tendría que estar

más atento. Nadie debería poder acercarse tanto a su escondrijo sin que él lo advirtiera.

Un hombre se apoyó en un árbol y se levantó tambaleándose. Miró alrededor, se sacudió la tierra y las hojas secas que se le habían pegado al pantalón. No llevaba ninguna luz consigo, lo que explicaba su tropiezo. La luna ofrecía una claridad insuficiente para un humano. El vampiro se agazapó para espiar. El recién llegado hacía demasiado ruido, no daba la impresión de ser una amenaza. Sin embargo, desconfió. Nadie visitaría un cementerio en tales condiciones y esas horas de la noche.

Se deslizó en silencio hasta un árbol. El hombre ni siquiera volvió la cabeza en su dirección. O se trataba de la persona más torpe con la que se había cruzado jamás o del mejor actor del mundo. Era el momento de averiguarlo.

—¿Qué tal, amigo? —Sombra saltó delante de él y le agarró por el cuello—. Un sitio extraño para pasear, ¿no crees?

Sombra levantó el labio superior, crecieron sus colmillos. El desconocido pareció sorprendido, pero no asustado. Se movió a un lado, tropezó y cayó de nuevo.

—¡Maldición! ¡Odio este cuerpo!

—¿Plata? ¿Eres tú?

El hombre renunció a levantarse. Se quedó sentado, apoyó la espalda contra el árbol. Se le veía de muy mal humor. Sombra plegó los colmillos.

—Plata… ¿Eso es un nombre? ¿Por qué todo el mundo me llama con nombres extraños?

Sombra dudaba. Sus sentidos le decían que no había nadie más, por lo que se relajó un poco. Aquel individuo era inofensivo.

—¿Nombres extraños? —Sombra se sentó frente al hombre, intrigado.

—Sí. A veces me llaman Ramsey.

Ese nombre le resultaba familiar. Pensó un instante. Ah, sí, Ramsey. Un individuo estrafalario, por lo que había oído, un loco quizá. Siempre llevaba… En ese momento reparó en que el hombre llevaba un sombrero de ala en la cabeza y que acababa de recoger un bastón del suelo. Los detalles encajaban. Tal vez…

Una canción estridente retumbó en los pantalones del supuesto Ramsey.

—También odio esta puta música —refunfuñó el hombre.

Sacó un teléfono móvil y colgó la llamada. Hizo amago de estamparlo contra el suelo, pero se lo pensó mejor y volvió a guardarlo.

—Te había confundido con otro —se disculpó el vampiro—. Yo me llamo Sombra, encantado.

Le tendió la mano.

—Óscar —dijo el hombre estrechándosela.

—Bien, creo que una presentación es lo que procede cuando dos personas se encuentran en un cementerio. Ahora, si no es molestia, me gustaría saber qué estás haciendo aquí o tendré que matarte. No es nada personal.

—Busco una tumba.

Lo dijo con la mayor de las tranquilidades. Ni siquiera pestañeó ante la amenaza del vampiro. Aquella naturalidad convenció a Sombra de que era sincero.

—Entiendo. Conozco razonablemente bien este cementerio. Si me dices de quién es la tumba, no tendré inconveniente en guiarte hasta ella.

—¿Eres un guarda del cementerio?

—En efecto.

—Excelente —dijo Óscar—. La tumba que busco es la mía.

—Eres un personaje muy interesante.

Eran contadas las ocasiones en las que Sombra no sabía qué decir. El tal Óscar le desconcertaba de un modo insospechado. Todavía no podía descartar que se tratara de un lunático, aunque la intuición le decía lo contrario, en especial por las referencias a Ramsey.

—¿No tendrás una luz? —preguntó de repente Óscar—. Era aquí, estoy seguro. Me enterraron justo aquí. Pero… este árbol no estaba. Y el mausoleo ha desaparecido. Lo mandé construir yo mismo y enterré a mi madre dentro. Me costó una fortuna… Dios, nunca debí morirme. ¿Tú recuerdas cuándo moriste?

—Con bastante claridad —respondió el vampiro, aunque era obvio que la muerte a la que el tal Óscar aludía no se parecía en nada a la suya, que había implicado una conversión a otra forma de vida—. ¿Y tú? ¿Recuerdas si te cortaron la cabeza?

Óscar apretó los párpados, sacudió la cabeza.

—Juraría que no, pero me cuesta hacer memoria. Hubo un accidente de coche. Había fuego… Creo que me quemé vivo. O puede que me asfixiara con el humo… No estoy seguro. Pero sí recuerdo el funeral. ¡Y mi mausoleo! ¡Estaba aquí mismo! ¡Dios! ¿Qué está pasando? ¿Por qué? ¡No entiendo nada!

Se llevó las manos a la cabeza. Sombra creyó que rompería a llorar. En lugar de eso se mesó el pelo, se golpeó la frente. El vampiro le agarró por las muñecas.

—¡Suéltame! —protestó Óscar.

Sombra podía retenerle sin apenas esfuerzo. La fuerza de Óscar era como la de cualquier humano. Le habría gustado conocerlo mejor, saber un poco más del origen de sus desvaríos. Intuía que no era un loco cualquiera. Sin embargo, lo soltó. Se le había hecho tarde y todavía tenía que destapar un ataúd antes de que saliera el sol.

Óscar se marchó refunfuñando, apoyándose en los árboles para no caerse. Mejor así. Si se quedaba y se enteraba de la identidad de Sombra y la razón de que estuviera en el cementerio, quizá tendría que morir.

El vampiro reanudó su tarea y echó a andar, sorteando las tumbas con precisión, gracias a su agudeza visual. El silencio era absoluto, ni siquiera se oía a los animales nocturnos, ni siquiera soplaba el viento. Se detuvo frente a un pequeño mausoleo de aspecto descuidado. La puerta chirrió y en pocos pasos estuvo frente al ataúd que Sombra detestaba más que nada en el mundo: dentro había tenido lugar su transformación, en aquel féretro había terminado de morir para renacer en una nueva

vida.

Lo abrió. Dentro yacía un hombre apuesto y bien formado, de poco más de treinta años. Las runas del interior del ataúd preservaban el cadáver de la descomposición. El semblante, rígido, presentaba la lividez de la muerte. Sombra le dio una bofetada. La cabeza giró a la derecha, dejó a la vista dos agujeros en el cuello. Ninguna reacción. Solo era un muerto.

—Lo siento —murmuró.

Entonces escuchó, por fin, un sonido a su espalda. Era consciente de su presencia aunque sus sentidos no le habían alertado en ningún momento. Simplemente, lo percibía en su interior.

—Pues no lo sientas, cariño —dijo Vela—. Tenía buen porte, pero era estúpido. No habría sido un buen vampiro, no como tú.

Sombra se volvió, saludó a Vela con un ademán y salió del mausoleo. Su dueña le guiñó un ojo y juntó los labios durante un instante. Aquellos labios fueron la perdición de Sombra cuando todavía era humano, y sin duda también lo habían sido para el infeliz que yacía en el ataúd.

—¿Por qué intentaste convertirlo si no te convencía?

—¿Celoso? —Vela saltó hasta un árbol. Sombra fue tras ella—. Siempre merece la pena intentarlo. Seducirlo fue sencillo. Se rindió a mí demasiado rápido. Ah, bueno, al menos su sangre era deliciosa.

Eso significaba que Sombra seguía siendo el último vampiro que Vela había convertido, y eso sucedió hacía quince años. Mala señal.

—Yo te conseguiré lo que deseas muy pronto —prometió—. A cambio, solo pido que me liberes de una vez.

—Pobrecito —sonrió ella—. ¿Todavía crees que puedes convertir a un humano siendo tan joven? Adelante, entretenme, cuéntame tus progresos.

Sombra trató de no sentirse humillado. Vela era uno de los vampiros más antiguos, de los que fueron creados al inicio de los tiempos, no convertidos por otro vampiro, de los que caminaron a la luz del sol y sometieron al resto de razas hasta que los ángeles los maldijeron. No era inteligente enfrentarse a ella en ningún sentido. Era más fuerte y más lista que él, era superior. Pero no perfecta. Sombra sabía que podía convertir a un humano. Estaba convencido y ardía en deseos de demostrarlo.

—Me he concentrado en tres objetivos.

—¿Jóvenes?

—Entre veintisiete y treinta y seis.

—Hummm…

—Te gustarán. Todos en buena forma, inteligentes, sin apenas familia.

—Todo eso está muy bien —concedió Vela—. Pero no es lo importante. Cariño, ¿aún no sabes lo que quiero escuchar?

—Les he dado lo que querían…

—Tampoco es eso.

—Lo que necesitaban —rectificó Sombra.

—Eso está mejor.

—Los he estudiado. Sé cómo piensan, qué anhelan en su interior, y he sacado provecho. Te puedo asegurar que no hay error posible.

—Me gusta tu arrogancia, cielo. Es tan infantil… Dime más. ¿Qué tal el sexo?

—Con la primera fue un poco desagradable. —Sombra arrugó la cara—. Costumbres… que no me esperaba.

—¿Problemas en la cama? ¿Es que no te enseñé bien, cariño?

—Para este caso no. Tardé un poco en darme cuenta de que lo que le gustaba de verdad era mirar. Ya está resuelto. Una o dos veces más y la morderé. —Vela hizo un gesto de aprobación—. El segundo es un hombre culto y refinado, que lo que en realidad quería era alguien que alabe su inteligencia. Fue fácil alimentar su vanidad. Acumulaba un montón de complejos que me he encargado de eliminar. Ahora podría protagonizar una película pornográfica si se lo propusiera.

—¿Y la tercera?

—Es la única con la que todavía no me he acostado.

Vela frunció el ceño.

—Demasiado tradicional —explicó Sombra—. Si hubiera intentado llevármela a la cama el primer día, la habría perdido para siempre. Créeme, la estoy tentando, cada vez la tengo más cerca, pero aún tardaré un tiempo. De momento, no hace más que preguntarse por qué no doy el paso, lo que provoca que piense en mí continuamente. Cada vez me desea más. Con esta solo tendré que acostarme una vez y será suficiente.

—¿Eso es todo? ¿No me das detalles picantes? Cómo te gusta torturarme… Supongo que tendré que consolarte cuando fracases. No me gustaría que te vinieras abajo. Ya sabes, como te gusta decir que nunca fallas…

—Eso es en el trabajo —se apresuró a recalcar Sombra.

—Lo sé, lo sé. Me das muchos quebraderos de cabeza con tus problemas de identidad, querido. Todavía no entiendes que convertir a humanos es tu auténtico trabajo. Y sigues sin desprenderte de tu adorable familia… No vas a acabar bien, Sombra. Y tendré que regañarte. ¿Comprendes la posición en la que me colocas?

—Cumplo con mis obligaciones mejor que nadie.

—¿De verdad? ¿Ya has encontrado al Gris?

—Eso no es justo. —Sombra apartó la mirada—. Maté al Santo. No es mi culpa si no viene a por mí, como dijiste. Era tu plan. Tampoco hay manera de conseguir ayuda de los brujos, y juro que lo he intentado. Si alguien sabe cómo llegar a su escondrijo en el cementerio, soy todo oídos.

—A lo mejor no has puesto suficiente empeño —sugirió Vela con una sonrisa resplandeciente, peligrosa—. Es tu cometido, tu misión. ¿No te alegra que haya delegado en ti algo tan importante? Demuestra las grandes esperanzas que tengo

depositadas en ti, cielo.

A Sombra no se le escapó la advertencia implícita en las palabras de Vela. Encontrar al Gris y averiguar cómo mató a un ángel era prioritario para los vampiros, la primera ocasión que se presentaba de encontrar un modo de plantar cara a los ángeles y exigirles que revirtieran la maldición que les impedía caminar al sol y convertir humanos con facilidad. Suponía el primer paso hacia la supremacía de los vampiros. Si lo lograban, Vela sería automáticamente la nueva líder, sin objeciones. Pasaría a la historia como la salvadora de los vampiros. Para Sombra suponía un honor que contara con él, aunque ese crédito que le concedía conllevaba consecuencias si fracasaba, un riesgo que Sombra no quería ni imaginar. No porque le asustara la muerte; en realidad, esa posibilidad quedaba descartada. La reducida población de vampiros, en especial comparada con la de otras razas, desaconsejaba cualquier ejecución. Pero del castigo no se iba a librar, y cuando no puedes matar a alguien, la imaginación toma el relevo. Esa imaginación aplicada a un inmortal podía ser mucho peor que la muerte.

—Me temo que en esta ocasión necesitaré algo de ayuda —se sinceró Sombra—. No sé cómo dar con el Gris.

Vela suspiró.

—Ya veo que al final tendré que ocuparme en persona.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco sé cómo encontrarlo, cielo. Por eso te necesito. He tratado de que te busque él a ti, pero, dado que la trampa no ha funcionado, tendrás que echarle imaginación. ¿Quieres un consejo? Céntrate en tu misión por una maldita vez. Tienes un nuevo contrato, ¿verdad?

Vela debía de haberlo vigilado mientras desenterraba la caja. Se preguntó por un instante si también habría espiado su conversación con Óscar, aunque prefirió no sacar el tema a colación, al menos si ella no preguntaba abiertamente.

—Ese contrato no interferirá en mis asuntos. Puedo ocuparme de todo.

—¿También de la familia? ¿Y de las conversiones? —Vela chasqueó la lengua—. A eso me refiero. No estás centrado. ¿Quién es el objetivo?

—Prefiero no revelarlo. No puedes impedirme que me dedique a estas cosas mientras cumpla tus órdenes.

—Cariño, puedo impedirte lo que quiera. Pero no temas. Encuentra al Gris y me verás contenta. Te dejaré jugar con tu familia y tus trabajitos. —Vela estiró la mano para acariciarle el rostro—. Tengo que ocuparme de un asunto urgente con los magos. Cuando termine, si no has dado con el Gris, lo haré yo. Y ya no seré tan comprensiva con tus distracciones. ¿Me he explicado con claridad?

—Absolutamente.



Una corriente de electricidad, una oleada de frío y calor a la vez le recorrió el cuerpo. Pero aún no era el momento. Erik se arqueó sobre ella, ahogando un gemido, tratando de contenerse. La miró a los ojos, a las pupilas, que se hacían más grandes, y la sensación que trataba de dominar ganó intensidad. Sentía la urgencia de ese contacto vibrando en su piel, luchando por escaparse de sus poros, pero no iba a precipitarse, no, aún no. Aquella dulce fusión que ningún humano podría alcanzar ni en sus mejores sueños merecía demasiado la pena. Con sus fuertes brazos rodeó ese cuerpo que tanto deseaba y ella se dejó hacer. Si al principio trató de tomar las riendas, ahora prefería rendirse a la voluntad de Erik. Él mantuvo el ritmo. Sabía qué teclas debía tocar, cómo y dónde, pero había decidido que ella también iba a esperar. «No, aún no», le susurró al oído, rozándole el lóbulo de la oreja con sus labios. Entonces recibió ese latigazo que ya conocía. La miró de nuevo a los ojos y entró. Ahora sí. Liberó su alma y viajó hasta las profundidades de ella. Alcanzó el centro de su ser y en ese núcleo se fundieron, fueron uno y nada, el principio y el fin, la razón de todo. En ese instante se pertenecieron, ella a él, él a ella. No existía nada más íntimo, nada más puro, nada más auténtico. Era la gran diferencia con el resto de los seres sobre la tierra. Solo ellos, los magos, podían abrazar el alma de sus amantes. Qué superficialidad la de los menores rebajar ese acto de unión a una simple experiencia física. No era de extrañar que estuvieran tan confundidos, tan perdidos. Igual les ocurría a los vampiros y a los licántropos. No eran dignos, ninguno. Solo los magos lo eran.

Se quedaron un rato desnudos, juntos, tumbados. Escuchaban sus respiraciones, se miraban. No hablaban. Sus almas, fundidas hacía unos instantes, se habían dicho todo.

En la pared se encendió un cristal de bordes irregulares. Erik se irguió. Dentro de los límites del cristal apareció una runa. El mago torció el gesto.

—Ve —dijo ella.

Erik permaneció en silencio.

—Sabes que debes ir —insistió.

El mago lo sabía. Se vistió.

—¿No te pones una armadura? —preguntó ella.

—No la necesitaré.

Miró una última vez a su mujer antes de marcharse. Ella estiró su cuerpo desnudo entre las sábanas mientras le sostenía la mirada.

Le esperaba una limusina. El chófer era un menor de confianza, de los que

estaban al corriente de la existencia de los magos y por tanto de cuál era su lugar en el mundo. Le indicó la dirección. El chófer arrancó sin preguntar nada.

Al llegar le aguardaba el mago que había enviado la runa. Un miembro leal de su linaje, un mago valioso y con talento. Un amigo.

La limusina se marchó de inmediato.

—¿Sabemos cómo ha ocurrido? —preguntó Erik.

—No, señor. Aunque puedo asegurar que no ha sido un rastreador. Me inclino a pensar que se trata de una runa desconocida por nosotros.

Erik le asestó un puñetazo en la cara, con fuerza. El mago cayó, se empotró contra una farola y a punto estuvo de derribarla. Se levantó, se acercó a Erik, inclinó la cabeza. De los labios le brotaba un hilo de sangre.

—Deja de sangrar —ordenó Erik. El mago obedeció—. ¿Está dentro?

—Te espera.

—Entraré solo. Márchate e informa a mi esposa. Nadie más debe saberlo.

Erik entró en la casa sin más dilación. Advirtió algunas runas de camino al salón principal. Estaban camufladas entre las ramas de un bonsái o formando parte de cuadros y objetos de decoración, pero esa forma de ocultarlas solo era válida para los menores. En cambio, para cualquiera con un mínimo de conocimiento sobre estos símbolos, resultaba más que evidente que las habían colocado a propósito para que fueran descubiertas.

Su anfitrión aguardaba sentado en un sofá de cuero junto a una chimenea. Erik tomó asiento en otro sofá idéntico, enfrente.

—Mario.

—Erik.

Mario Tancredo le invitó a hablar con un gesto. Erik permaneció impasible.

—La última vez que nos vimos, no me permitiste hablar —dijo Mario sin rastro de rencor en la voz—. Estábamos en casa de Padre. Consideré que era también tu casa y acaté tus normas.

—Ahora no estamos en mi casa.

—Verás, Erik. Soy consciente de tu aversión por nosotros, los menores, y por mi persona en particular. No podría importarme menos tu opinión. Tenemos asuntos importantes que tratar y preferiría que las estupideces formales como tus tradiciones y tus protocolos no complicaran la situación. Dime, ¿quieres que te dé un trato de alteza o similar? Estoy al corriente de vuestras jerarquías, pero solo hasta cierto punto. ¿Me das tu permiso para hablar? ¿Puedo ir al grano?

—Las formalidades no serán necesarias —contestó el mago—. Ya no eres un simple menor. Acabas de entrar oficialmente en el mundo oculto.

—¿Cómo es eso? —se interesó Mario.

—Has hecho tratos con los brujos. Te has resistido mucho tiempo, más del que sospechaba, pero ya has dado el paso y no hay vuelta atrás.

Mario hizo un gesto de aprobación. Sin duda esperaba un encuentro más violento

con Erik. Y no le faltaban motivos.

—Lo primero —dijo Mario— es aclarar los detalles menores. No voy a explicarte cómo he descubierto al mago que filtraba información financiera a mi empleado. Estoy seguro de que lo entenderás, del mismo modo que yo no esperaría que tú me revelaras algo semejante de estar nuestras posiciones invertidas. Por lo que a mí respecta, lo considero parte del juego. Por eso tampoco estoy enfadado por el hecho de que hayas querido interferir en mis asuntos.

—La información te hacía ganar dinero.

—Por favor, ¿vas a tratarme como a un ingenuo? Ambos sabemos que me mantenía lejos de vuestras empresas.

—¿He dicho yo lo contrario? Pero es una realidad que has ganado mucho dinero gracias a la información que filtramos.

—De acuerdo —concedió Mario—. Pero, al igual que vosotros, yo también tengo mi casa, que no es sino mi imperio económico, y os habéis metido sin permiso. Yo he sido respetuoso con vosotros. Os he ayudado, incluso, como puede atestiguar Padre. Pero creo que se ha cruzado una línea.

Aquella línea estaba destrozada desde hacía años. El entramado societario y empresarial de Mario Tancredo se extendía por todo el mundo, igual que el de los magos. Se habían enfrentado en numerosas ocasiones durante los últimos años, con victorias y derrotas para ambos bandos. El incidente al que aludía Mario no era más que una excusa, como ambos sabían.

—Hay muchas formas de interferir en los negocios de otra persona —dijo Erik—. Escogimos la más beneficiosa para ti, Mario. Un ataque que fortalece tus inversiones no se puede considerar como una auténtica amenaza. Si los magos quisiéramos perjudicarte, no habríamos aumentado el capital de uno de tus fondos de inversión. No me insultes insinuando que hemos menoscabado tus intereses. Si insistes por ese camino, podría ocurrir que decidiera mostrarte lo que es un ataque de verdad. Entonces tus quejas estarían justificadas, te lo aseguro.

Mario Tancredo se revolvió en el asiento. Miró a un lado, pensativo, durante varios segundos. Luego volvió el rostro hacia el mago.

—He tratado de respetar tu posición, quién eres, lo que representas. Te considero uno de los magos más importantes, que aspira a gobernarlos a todos algún día. No me molestó el trato despectivo que recibí por tu parte en casa de Padre porque comprendo que desde tu perspectiva no me faltabas al respeto. —Mario hizo una pausa—. Sin embargo, esa perspectiva tiene que cambiar. Si vuelves a amenazarme, variará el curso de esta conversación. En tu mano está que podamos entendernos. Por si acaso, también conviene que sepas que estoy en disposición de responder a tu amenaza. Es muy fácil comprobar si digo la verdad, ¿no crees?

Erik conocía el poder y la influencia de Mario Tancredo. En el terreno económico y político superaba a los magos, y, dado su conocimiento del mundo oculto, era más que probable que se tratara del más peligroso de la raza de los menores. Hacía tiempo

que Erik propugnaba tomar en nueva consideración a los menores, y eso era por culpa de Mario. Los magos se resistían al cambio de miras. Los menores nunca, en toda la historia, habían supuesto un problema para nadie. Fueron los primeros en ser sometidos por los vampiros durante su época de hegemonía. Desde entonces, ningún bando los había considerado en serio. Hasta ahora.

Ese desdén lo había aprovechado Mario para alcanzar cotas de poder inimaginables delante de sus mismas narices y que no deberían haber permitido. El mundo oculto había ignorado a los menores en lugar de controlarlos. Las diversas facciones se habían enfangado con sus diferencias, y su arrogancia había subestimado la posibilidad de que surgiera un menor sin igual, que contradijera la norma. Aunque, en el fondo, lo lógico era pensar de ese modo. Lo cierto era que Mario no habría llegado a la posición que ocupaba por sí solo, sin la ayuda de los demonios, quienes a su vez deberían haber estado centrados en su conflicto con los ángeles. Ese cambio de estrategia le había dado una oportunidad a Mario Tancredo.

No obstante, Erik no estaba convencido de que Tancredo fuera una mera marioneta de los demonios. Existía la posibilidad de que actuara por cuenta propia. En cualquier caso, persistir en ignorar a los menores era un error que Erik no estaba dispuesto a seguir cometiendo. Le faltaba persuadir a los suyos. No había conseguido un solo apoyo entre las demás familias de magos puros que gobernaban. Incluso había rumores de que la obsesión de Erik con los menores era una debilidad. Políticamente, no le convenía mantener esa postura, pero Mario iba a proporcionarle la ocasión de romper todas las resistencias, al convertir su supuesta debilidad en la mayor de las fortalezas. Cuando fuera incuestionable que los menores suponían cierta amenaza, nadie osaría a cuestionar de nuevo a Erik. Mario Tancredo era la escalera que lo alzaría al poder.

—Me has malinterpretado —aseguró el mago—. No te he amenazado en ningún momento. Si eso sucediera, no tendrías la menor duda, y, créeme, no querrías recibir una amenaza por mi parte. Libérate de tu miedo, menor. No soy tu enemigo. No, no pretendo insultarte llamándote menor, al contrario: el insulto sería hacer como si no supieras que os denominamos así. A otros menores los he tratado como si fueran mis iguales, porque ellos se lo creen, porque no saben quién soy. A ti, en cambio, te muestro la realidad como es y, si te ofende, es problema tuyo. Si pretendes que la perspectiva de los magos cambie, tendrás que demostrárnoslo, porque tienes milenios de historia en tu contra.

—El protocolo no me molesta, mago. Llámame como prefieras. Tampoco me importa la historia, ni si os creéis los reyes del mundo. Yo soy un hombre de negocios. Y no creo que manteniendo una actitud como la tuya pudiéramos hacer ninguno. Una amenaza, educada o disimulada, no deja de serlo. Me traen sin cuidado las formas. Si yo te dijera que me sorprende que trates de manipular al Gris para que no persiga a Sombra, y que eso demuestra que los magos y los vampiros se traen algo entre manos, dime, con sinceridad: ¿te preocuparía mucho mi tono y mis palabras o el

hecho de que esté al corriente de algo que preferirías mantener en secreto?

Ahora llegaban al fondo de la cuestión. Mario Tancredo había llamado su atención para demostrarle cuánto sabía en realidad sobre los magos. Y Erik estaba impresionado. Mario había hecho referencia a una conversación que tuvo con el Gris en la que le recomendó olvidarse de Sombra. El mago se preguntaba cómo se había enterado Mario. Tendría que averiguarlo, pero sin duda era una muestra de los extraordinarios recursos con los que contaba el menor.

Aquello complicaba la situación. Erik había intentado que el Gris entrara en razón, aportando argumentos de peso. Por lo visto esos mismos argumentos habían llevado a Mario Tancredo a la conclusión de que había una especie de alianza entre los magos y los vampiros. No podría disuadirle de que se equivocaba, de modo que Erik no lo intentaría siquiera. Para empeorarlo todo, el orgullo del menor era excesivo. Insistía en pensar que le estaba amenazando, y no era el caso.

—Seguiré el hilo de tus argumentos porque veo que no cambiarás de opinión, diga lo que diga —dijo Erik—. Supongamos que los magos y los vampiros hemos forjado una alianza. ¿Para qué? Y otra pregunta: ¿en qué te afecta eso a ti o a tu imperio económico?

—Eres hábil —concedió Mario—. Ni lo afirmas ni lo desmientes. Supongamos que respondo a tus preguntas. ¿Para qué? ¿Para darte información?

—Sí, justamente. Para eso te has molestado tanto en verme.

Mario dejó asomar media sonrisa.

—Pero no será gratis. Estáis comprando la mayoría de los ingredientes para las runas. Los brujos andan escasos de casi todo, lo que coincide con cierta falta de liquidez en vuestras principales compañías. También estáis concentrando a un número de magos sin precedentes aquí, en Madrid.

—Tanto si es verdad como si no, ¿consideras una buena idea husmear en nuestros asuntos, menor? Airear nuestros supuestos planes secretos o difundir falsos rumores sobre nosotros es algo que no vamos a tolerar.

—Hay que ser arrogante para decir eso. —Mario endureció ligeramente el tono —. Vosotros lleváis inmiscuyéndoos en nuestros asuntos toda la vida. Utilizáis a los humanos para vuestros fines, los explotáis en vuestras empresas, habéis llegado incluso a interferir indirectamente en la política de algunos países. Los demonios hacen lo mismo. ¿Y te atreves a decirme que no me meta en vuestros asuntos? Perdona, pero eso no va a suceder…, a menos que negociemos.

Mario, por supuesto, consideraba que el mundo pertenecía a los menores, de ahí venían los errores a la hora de establecer las bases sobre las que negociar. Se creía un igual. Creía también que tenía derecho a participar en el mundo oculto y relacionarse con las diferentes facciones con naturalidad. Un error que Erik podía entender, dada su relación con Padre, por ejemplo. Pero un error, después de todo, uno que habría que corregir, aunque no ahora, no sin antes averiguar más sobre Mario Tancredo.

—Te escucho. ¿Cuál es tu propuesta?

—Una tregua. Tú no interfieres en mi mundo y yo no lo haré en el tuyo.

—Eso es inaceptable —declaró el mago—. Nuestro entramado societario no se desmontará. Ambos mundos están relacionados, por si no lo sabías.

—No pretendía tanto —dijo Mario, conciliador—. Tan solo que me apoyes en una pequeña empresa que tengo en mente.

—Tendré que consultarlo antes de darte una respuesta definitiva.

—Por supuesto.

—¿De qué se trata? —preguntó Erik.

—Algo simple. Quiero manipular un partido político.

—Imagino que al que está en el gobierno.

—Naturalmente. Tengo a varios diputados y barones del partido comprados y extorsionados debidamente. Sé que los magos también tenéis bajo control a otros.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Para empezar, mi incapacidad para someterlos a mi voluntad. ¿Quieres que te dé nombres?

—No hará falta. Continúa.

—Entre ambos tenemos suficiente influencia para promocionar a un militante raso a un puesto de dirección.

Erik se detuvo a reflexionar unos instantes. Otorgarle más influencia política no supondría un problema a corto plazo, sobre todo porque no tenía poca en aquellos momentos. A largo plazo la cosa podía empeorar. De momento, le serviría para demostrarles a los magos su teoría respecto de los menores.

—Veré qué puedo hacer —dijo Erik—. ¿De quién se trata?

—De mí —dijo Mario Tancredo—. Ha llegado la hora de entrar en política.



La furgoneta apareció por la derecha, de improviso. Dos faros enormes anunciaron la llegada apresurada, sin dar tiempo a reaccionar. La colisión fue leve, aunque sacudió el coche como si fuera de cartón.

Susana se golpeó la cabeza contra la ventanilla izquierda. Nada preocupante, un coscorrón sin importancia, ni siquiera estaba mareada. Sin embargo, se hallaba agitada a causa del sobresalto. Respiró hondo y se obligó a tranquilizarse.

Perdió de nuevo la calma al bajar del coche y comprobar la abolladura en la parte trasera. Uno de los intermitentes estaba destrozado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó un hombretón grande con los ojos muy abiertos—. ¡Dios mío, cuánto lo siento! No…, no vi la señal de *stop*. ¿Se ha hecho daño? ¿Quiere que llame a una ambulancia?

—Estoy bien —dijo Susana—. ¿Iba hablando por el móvil o es que está ciego? ¡Joder! ¡Y luego dicen que las mujeres no sabemos conducir! —añadió con los ojos encendidos de pura rabia.

—Lo siento mucho —se disculpó el hombre en un tono casi tembloroso—. Ha sido un despiste imperdonable. Dios, menos mal que no iba nadie en la parte de atrás, su hija o su…

—Sí, menos mal —refunfuñó Susana.

La culpabilidad que reflejaba el rostro de aquel hombretón la apaciguó lo suficiente para centrarse en lo importante. Intercambiaron los datos del seguro entre numerosas disculpas por parte del conductor. Al final casi se sintió ella culpable del accidente.

Por suerte, los daños en el coche no impedían que continuara circulando. Además, no era suyo, sino de Esteban, su marido, quien ni siquiera advertiría la abolladura si ella no la mencionaba. Últimamente Esteban trabajaba mucho y parecía completamente absorto en su labor en la judicatura.

Se marchó de mal humor. Llegaba tarde a una cita con su amiga Lisa, la mejor violonchelista de Madrid, en opinión de Susana. Lo que no imaginaba era que se retrasaría aún más: un policía le dio el alto y, después de unas interminables comprobaciones, la multó porque le fallaba un intermitente.

—¡Un día genial! —Gruñó mientras entraba en el bar en el que había quedado con Lisa.

Estaba atestado de gente. A codazos, se abrió paso hasta la barra y pidió un *gin-tonic*. Lo necesitaba. Dos sorbos más tarde se embarcó en la tarea de buscar a su amiga. En una mesa algo apartada, atisbó la melena rizada de Lisa. Estaba con alguien más y se reía. Antes de acercarse lo suficiente, Susana ya había adivinado que su acompañante era un hombre.

Al alcanzar la mesa pudo apreciarlo mejor. Vestía un traje que parecía de firma. Llevaba el pelo perfectamente recogido en una coleta baja y el rostro bien afeitado. Sostenía una copa en alto, y en la muñeca brillaba un Lotus. El tipo debía de ser el más gracioso del mundo, porque Lisa no paraba de carcajearse.

Susana se acercó aliviada de que su amiga no fuera a recriminarle el retraso.

—¡Susi! —exclamó Lisa—. Ya era hora, guapa. Ven, te presento a mi amigo Víctor. Es alemán.

El hombre se levantó para saludarla con un par de besos. Entonces, Susana lo reconoció y le resultó difícil de creer: nunca lo habría imaginado de esa guisa, tan elegante, con ademanes tan educados y comedidos, con el pelo recogido…

—Encantado —dijo Sombra con marcado acento alemán.

—Lo mismo digo…, Víctor —balbuceó Susana.

Lisa tiró de ella para que se sentara.

—No está nada mal, ¿eh? —le murmuró al oído—. Que no se te olvide quién de las dos está casada —le advirtió pellizcándola por debajo de la mesa.

—Lisa me ha contado que eres pianista —dijo Sombra con una sonrisa deslumbrante.

—Lo intento —repuso Susana.

Se esforzaba por contener el enfado que le crecía por dentro. Le hervía la sangre pensar que su cuñado el vampiro estaba flirteando con su amiga.

—Uy, qué modesta —se carcajeó Lisa—. ¿Sabes que Víctor también es músico?

—¿En serio? —se interesó Susana. Le intrigaba hasta qué punto había llevado Sombra su tapadera—. Creía que en Alemania hacía demasiado frío para tocar instrumentos musicales.

Lisa se atragantó. Sombra fingió divertirse con el comentario. Lo fingió condenadamente bien. De no conocerlo, Susana habría tomado su gesto por sincero.

—Por eso prefiero España —dijo el vampiro—. No solo el clima es mejor. Las mujeres que se dedican a la música son más interesantes.

Casi le entraron arcadas cuando Lisa prorrumpió en aquella estúpida risita de adolescente descontrolada. Su amiga estaba completamente encandilada por Sombra. Normalmente, era seria y reservada, un poco aburrida, a menos que te gustara hablar de música o de arquitectura. Ahora le costaría distinguirla de su hija Eva. Y la razón era obvia. Sombra estaba arrebatador con su nueva personalidad de Víctor. El cambio iba mucho más allá de la ropa y el peinado. Su falso acento era llamativo, incluso su lenguaje corporal era diferente, más sofisticado. Podía imaginar la conversación entre ambos antes de su llegada. Sombra la habría impresionado con sus conocimientos musicales, como hacía con ella cuando tocaba el piano. El desgraciado de Sombra sabía de todo. Y ahora comprobaba que podía ser encantador si se lo proponía.

—Por cierto —dijo Lisa—. ¿Qué te ha pasado, bonita? Una hora tarde. De no ser por Víctor me habría ido.

Susana sonrió y comprendió que, desde luego, por Víctor se había quedado a esperar sin llamarla al móvil ni una sola vez.

—Mejor no preguntes. No me creerías.

—Otro día me lo cuentas, cielo. —Lisa se levantó—. Tengo que irme. Ha sido un placer, Víctor. ¿Volveremos a vernos?

—Por supuesto. Te doy mi número. Llámame cuando quieras.

Lisa lo anotó en su teléfono móvil. Fingió tropezarse al marcharse y se inclinó sobre el hombro de Susana.

—Estás casada —le susurró.

Luego se perdió entre la gente.

La falsa sonrisa de Susana desapareció de inmediato, la de Sombra permaneció en su sitio. Era irritante.

—Le he dado un número… —Sombra se aclaró la garganta—. Perdón, olvidaba cambiar el acento de nuevo. La costumbre. Le he dado un número falso, no te preocupes.

—¿Qué es todo esto? —estalló Susana.

—Pensé que no te gustaría que tu amiga supiera quién soy. ¿Me equivoqué?

Susana se llevó las manos a la cabeza.

—Por favor, dime que no vas a matarla, Sombra. Te lo suplico.

—¿Qué? —se indignó el vampiro—. Pues claro que no. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Tú, maldito seas. La has seducido. Os he visto.

—Oh. ¿Crees que le intereso?

Cuando Sombra adoptaba ese aire pretendidamente despistado, Susana perdía los estribos. Había seducido a su amiga, y ella conocía el peligro que entrañaba sentir algo por un vampiro.

—¡Sombra!

—Te doy mi palabra de que no. Ha sido una casualidad. Me ha visto y… Bueno, me ha invitado a una copa. No quería ser descortés, así que acepté. Escogí un nombre y una nacionalidad sobre la marcha. Eso es todo.

—Ya. Y yo me lo creo. A mí no conseguirás embaucarme. ¿Quieres que crea que estás en este bar por casualidad?

—De ningún modo.

—Ajá. ¿Entonces?

—Te esperaba a ti.

—¿A mí? —Susana se sintió desconcertada por un momento—. Esteban está trabajando, no va a ven…

—No quería ver a mi hermano, sino a ti.

La confusión era cada vez mayor. Susana había estado a solas con Sombra algunas veces, pero siempre en su casa, y porque el vampiro había quedado con Eva o con Esteban.

—Me cuesta recordar una ocasión en la que hayas venido a verme a mí y no a tu hermano o tu sobrina.

—Eso es porque tal ocasión no se ha dado nunca.

Susana resopló, molesta, sin entender bien por qué se sentía tan contrariada.

—¿Y ahora eres mi amigo? Así, ¿de repente?

—Siempre lo he sido. Pero respeto tu aversión por mí. Trato de interferir lo menos posible en tu familia, Susana, porque sé que no me apruebas.

—Quizá sea porque asesinaste a un cura —dijo ella apretando los dientes—. Salió en todas las noticias, Sombra.

—Cosas de trabajo —explicó Sombra, indiferente—. Si no recuerdo mal, tú me pediste que lo matara.

Se refería al momento en que se despidieron antes de que Sombra fuera a arrancarle la cabeza a un pobre sacerdote. Susana, en un momento de debilidad, había temido que su marido perdiera a su hermano y le había susurrado que matara a su víctima.

Sus sentimientos por él eran contradictorios y lo odiaba por ello. ¿Cómo podía

estar allí, charlando con un asesino? Uno que además no pedía perdón ni padecía remordimientos. Tal vez porque ese asesino había salvado la vida de Eva tiempo atrás. También era bueno con Esteban. Susana sabía que su marido sufriría si alguna vez perdía a su hermano vampiro. Lo cierto era que Sombra cuidaba de todos ellos, aunque a ella no le gustara admitirlo. Pero aceptar a Sombra abiertamente, sin cuestionarlo, sería convivir con la muerte y el asesinato. Su hija merecía una vida normal.

—¿Qué quieres, Sombra? Me duele la cabeza para jugar contigo. Dime sin rodeos por qué has venido a verme.

—Quiero pedirte que os marchéis a vivir a otra parte. Espera, por favor, no te enfades. Tengo dinero. No os faltará de nada.

—Ni siquiera me voy a molestar en decirte dónde puedes meterte el dinero —se enfureció Susana—. No quiero saber tus razones. Si quieres hablar más del tema, queda con tu hermano.

—Esteban nunca aceptará marcharse si tú no se lo pides.

—¿Cómo? ¿Pretendes que yo…? Estás insinuando que tu hermano es un idiota sin voluntad y no te permito que…

—Insinúo que te quiere —la cortó Sombra—. Ambos sabemos que él hará lo que tú decidas.

—¿Y su carrera en la judicatura?

—Tú le importas más. No finjas conmigo, por favor. No te llevaría más de una hora convencerlo. Explícale que no eres feliz aquí. En cuanto lo entienda, se terminará la discusión.

Era más que probable que Sombra tuviera razón. Esteban iría al infierno si ella se lo pidiera.

—Eso sería aprovecharme de su amor por mí. Y encima para hacerte a ti un favor que tampoco comprendo.

—Es por el bien de tu familia, Susana… De todas formas, no tienes tantos escrúpulos cuando lo mareas para elegir las cortinas del salón o el destino de las vacaciones de verano.

—¡Cállate! —gritó Susana.

Ese vampiro la sacaba de quicio, pero decía la verdad. Ella era la que decidía el rumbo del matrimonio, de la familia.

—La comparación es absurda —se defendió—. Además, Esteban no es tonto, acabaría descubriendo que tú estás detrás del cambio de casa.

—De país —puntualizó Sombra—. Y por Esteban no te preocupes, ni siquiera me mencionaría.

—No te entiendo.

—Mi hermano solo quiere hacerte feliz. Por eso convino en tener a Eva, porque tú se lo pediste. No le importaría que yo hubiera ejercido o no influencia. Si le explicas que es lo que tú deseas, accederá sin pensarlo.

A Susana se le escapó una sonrisa indeterminada.

—Ahora te entiendo. Podrías habérselo pedido a él, pero sabías que si yo no aceptaba, no serviría de nada. Y ni siquiera te molestas en disimularlo.

—Nada es tan fuerte como el amor.

No era una ironía. Aquel tópico era una verdad indiscutible para un vampiro porque del amor dependía su supervivencia: tenían que convertir a otros en vampiros, y para ello no bastaba con morder cuellos. Era indispensable que la víctima estuviera enamorada, que se entregara en cuerpo y alma. Solo así cabía una posibilidad de que la conversión fuera un éxito.

El propio Sombra había sido víctima del engaño. Una vez se enamoró de una mujer que resultó ser un vampiro, y eso cambió su existencia para siempre. Susana no podía imaginar qué se sentiría al descubrir que su amor no era correspondido, que solo se trataba de un truco para lograr un fin. No solo eso, sino que después tendría que hacerle lo mismo a otras personas por el bien de su asquerosa raza.

—¿Cambiar de país? Ya puedes meterme miedo para que acceda a una cosa así. ¿Cuál es el peligro? Te advierto que no me sirven tus tonterías de vampiros. Si no puedes explicarlo porque es un secreto, ni te molestes.

—Mejor te lo muestro —dijo Sombra, satisfecho—. Has tenido un accidente al venir hacia aquí, ¿verdad? ¿Dijo algo el otro conductor sobre Eva? ¿Alguna referencia a que tuvieras una hija?

—¿Me has seguido?

—Responde.

Susana rememoró el encontronazo.

—Se alegró de que no hubiera nadie en el asiento de atrás del coche.

—¿Fue más específico?

—No… Yo que sé… Dijo… Espera, sí. Dijo algo de mi hija.

—Ahí lo tienes. ¿No te parece extraño? ¿Cómo sabía que tienes una hija?

Con el enfado, no había reparado en ese comentario durante el altercado. Bien mirado, sonaba un tanto extraño, pero nada más.

—¿Y qué? ¿El peligro es que en Madrid puedo sufrir un accidente?

—Era una advertencia —aclaró Sombra.

—Es la tontería más grande que…

—¿Recuerdas el vehículo que chocó contigo? Mira a tu izquierda, por la ventana.

Al otro lado de la calle estaba aparcada la furgoneta que la había embestido unas horas antes. Susana la estudió con atención sin terminar de creérselo. Sin la menor duda se trataba del mismo vehículo.

—No puede ser una coincidencia.

—No lo es. —Sombra sacó un pequeño dispositivo con un botón. Parecía un mando a distancia—. Pulsa el botón y lo entenderás todo.

—¿Le has robado las llaves?

—No exactamente.

Sombra insistió por medio de un gesto. Susana cogió el aparato y apuntó a la furgoneta a través del cristal. Apretó el botón.

Se produjo un fuerte estampido. La furgoneta desapareció en una nube de humo negro. Asomaron las llamas entre los restos del vehículo. Susana creyó ver un brazo completamente negro colgando por la ventanilla de la puerta del conductor.

La gente se arremolinó en el bar y en la calle. La mayoría salió al exterior, algunos hacían fotografías con sus teléfonos móviles o grababan el resultado de la explosión. Enseguida fue imposible ver nada por la cantidad de curiosos que se reunieron alrededor del vehículo.

—Tranquila —dijo Sombra—. No había nadie cerca. Excepto el conductor, claro.

—¡Estás loco! ¿Has puesto una bomba a un pobre tipo porque chocó contra mí y mencionó que tenía una hija?

—La bomba la puso él en tu coche. Chocó contigo para despistarte y que su compinche te colocara el explosivo en los bajos de tu coche. Yo me limité a devolverles lo que era suyo.

—¿Querían matarme?

—No. La habrían detonado cuando estuvieras en casa. Luego habrías recordado que ese individuo mencionó a tu hija y habrías comprendido que se trataba de una amenaza. Esteban lo habría sabido incluso sin la mención a Eva.

—¿Esteban?

—Mi querido hermano es de los pocos jueces decentes que hay en este país. No es simpatizante de ningún partido político, siempre hace lo que cree que es correcto de acuerdo a su escrupulosa interpretación de la ley, y, lo peor de todo, jamás acepta un soborno. La gente buena lo tiene muy complicado para salir adelante en este mundo.

Susana empezó a entender a dónde quería llegar Sombra.

—Todo eso es verdad, pero si insinúas que alguien ha intentado sobornar a Esteban, te equivocas. Ya ha sucedido antes y no lo ha ocultado. Es imposible que en esta ocasión yo no lo supier…

—Todos tenemos secretos, querida. Tú también. Y yo, por supuesto. Mi hermano no es una excepción. No quería preocuparte, por eso no te dijo nada esta vez, porque es mucho peor que cualquier intento anterior de soborno.

—¿Y a ti sí te lo contó?

—Yo me enteré por mis propios medios. ¿No le has notado más distante últimamente? ¿Tiene mucho trabajo?

—Sí —contestó ella con aire ausente—. Es verdad… ¿Lo amenazan para influir en alguna sentencia? ¿Quién?

—Imagino que has oído hablar de Mario Tancredo.

—¿Quién no? Pero si Tancredo estuviera siendo investigado por un juez, la noticia figuraría en todos los medios de comunicación.

—Ese hombre está por encima de la ley, te lo aseguro, y su imperio es demasiado

grande. Es una de sus empresas la que está siendo investigada, y con razón. Esteban es el juez encargado de la instrucción. Es uno de los muchos casos que lleva. Tu marido, mi hermano, sin saberlo, está hurgando en una de las empresas de Mario Tancredo.

—Le pediré que deje el caso —prometió Susana.

—No lo hará.

—¿Ahora dudas de mí?

—No, pero los trámites legales son lentos. Si se lo pides, lo hará. Pero el tribunal tendrá que asignar otro juez. Mientras tanto, Esteban proseguirá con su labor, lo conoces bien. Y aunque lo dejara mañana, eso no bastaría. Pasaría los datos de la investigación a otro juez, quien tendría muy complicado ignorar los indicios en contra de la empresa de Mario. Tenéis que desaparecer.

Susana imaginó que el brazo quemado que había visto colgando en la furgoneta era el de su hija Eva. Eso podría pasar si no hacía algo para remediarlo. Quienquiera que se acercara a su familia se las tendría que ver con Sombra, no lo dudaba, no hacía falta ni que se lo pidiera; incluso si le ordenaba lo contrario, Sombra no se quedaría quieto. Pero hasta un vampiro tiene sus límites. Que ella supiera, los vampiros no podían estar en todas partes todo el tiempo. No podía arriesgarse a que algo le sucediera a Eva.

—No lo consentiré —dijo Sombra, adivinando sus pensamientos—. Jamás. Nunca he hablado tan en serio.

—Te creo. Yo… Hablaré con Esteban, pero no será fácil. Eva tampoco querrá irse. Necesito tiempo.

—Lo entiendo —asintió Sombra—. Voy a resolver esto lo antes posible.

—¿Cómo?

—Trabajando. ¿No te lo había dicho? Ayer mismo recibí un nuevo encargo. —Sombra se acarició la coleta y cogió aire con los ojos cerrados—. Me han contratado para matar a Mario Tancredo. ¿No es una suerte? Esta sí que es una coincidencia.



3

—Ni se te ocurra tocar nada de mi escritorio —le advirtió una voz con suavidad y despreocupación.

Sombra salió de su escondite, un mueble de madera grande y pesado, tras el que había aguardado en el más absoluto silencio. Sin embargo, Mario había reparado en su presencia, lo que no sorprendió al vampiro. Con determinación, tomó asiento frente a la mesa de Tancredo, quien ni siquiera despegó la vista del informe que repasaba. Su mano derecha se deslizaba a gran rapidez sobre el texto, tachaba aquí y allí, subrayaba, dejaba anotaciones. Las páginas pasaban a una velocidad considerable.

—Buscaba el mueble-bar —dijo Sombra.

—En mi despacho no hay alcohol —contestó Mario, sin que su mano dejara de moverse sobre el informe—. Aquí trabajo. Y me estás interrumpiendo.

—Entrar ha sido demasiado fácil. Pensaba que un hombre de tu posición contaría con algún sistema de seguridad. Ni siquiera tienes guardaespaldas.

—Yo pensaba que tú acostumbrabas a hacer tus apariciones de día —dijo Mario pasando otra página.

Sombra sonrió. No esperaba menos de Mario Tancredo. Estar informado era un requisito esencial para sobrevivir, en especial para alguien como Mario.

—Imaginaba que me descubrirías, pero hay algo que me decepciona: me has quitado el placer de presentarme, presumir un poco de quién soy… Una lástima. Me gusta romper el hielo explicando algo sobre mí. La presunción me pierde, lo admito.

—Ese detalle lo desconocía —admitió Mario—. Mi información tampoco contemplaba que te gustara tanto darle a la lengua. En fin, me has despertado la curiosidad. Te aburres, ¿no? Dime: ¿eres de esos que están enamorados de sí mismos —tachó un párrafo entero con un ademán enérgico y pasó otra página— o

simplemente eres imbécil?

—A veces pienso que me pasa un poco de las tres cosas —contestó el vampiro—. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué sigues en esta casa teniendo propiedades mucho mejores? Apuesto por el sentimentalismo. Aquí murió tu hija, ¿verdad? Mejor dicho, la que creías que era tu hija. Y ni siquiera has arreglado los desperfectos. Esa niña es lo único que has amado, ¿me equivoco?

Mario terminó. Guardó la pluma y recogió todos los papeles, los colocó con cuidado en diferentes carpetas. Levantó la vista por primera vez.

—Los adultos tenemos cosas importantes que hacer. Tomamos decisiones de las que dependen miles de empleos y de familias. ¿Por qué no te marchas y dejas de molestarme, chaval? Me espera una noche muy larga. Ve a asustar a algún delincuente o a morder a alguien. Martiriza a algún infeliz con tu palabrería y tu aire de superioridad. Haz lo que te dé la gana, pero desaparece de mi vista.

—Lo haría, pero me temo que he venido a matarte.

Mario se reclinó en la silla y resopló, meneando la cabeza con desaprobación.

—¿Y siempre hablas tanto antes de matar?

—No hay que precipitarse si uno quiere hacer las cosas bien —contestó el vampiro—. A veces doy a elegir a la víctima entre varias opciones. Dependiendo de si me agradan o no, les ofrezco muertes más o menos dolorosas. Por supuesto, muchos se resisten.

—¿Yo te agrado?

—Aún no lo he decidido. Por ahora, eres tal y como había imaginado que sería un humano con mucho dinero y poder. No contaba con que te pusieras a suplicar temblando de miedo. Digamos que estás resultando algo previsible y aburrido. El único detalle que no me cuadra es la ausencia de seguridad en la casa. La gente importante es precavida.

—Los idiotas no lo son —abundó Mario—. Te contaré algo que también es propio de los idiotas: aceptar trabajos sin saber quién se los encarga. ¿Una caja enterrada en un cementerio y te vas a matar a alguien? ¿En serio? ¡Un cementerio! ¡Y yo soy el previsible!

—Acepto la crítica sobre el cementerio —aplaudió Sombra—. Una buena réplica. Detesto los cementerios más de lo que imaginas, pero son lugares tranquilos, sobre todo de noche. De vez en cuando molesta algún grupo de adolescentes que ha visto demasiadas películas de miedo, pero no es en absoluto habitual. ¿Me permites una pregunta?

—No.

—¿Seguro? Vas a morir. Pensé que no te importaría contestar una pregunta de nada.

—Pensaste mal, hijo.

—¿Te dice algo el nombre de Óscar?

Mario no pudo evitar reflejar cierta extrañeza. La pregunta le había cogido

desprevenido.

—Veo que no —se lamentó Sombra—. Qué interesante. Ni siquiera el gran Mario Tancredo sabe de quién estoy hablando.

—Yo también tengo preguntas para un vampiro. Por desgracia, no eres más que un bebé, un don nadie que se siente superior cazando humanos a los que supera físicamente, no un vampiro de verdad, de los antiguos, de los que caminaron una vez bajo el sol. No eres relevante. ¿Sabes lo que veo cuando tengo delante a alguien como tú? A un pobre diablo al que alguien engañó para que se enamorara como un chiquillo inocente. Te manipularon. Eres débil. Ningún vampiro convertido tiene una voluntad que merezca la pena. Eso es lo que está destruyendo a la raza que una vez dominó el mundo, la gente como tú. ¿Qué esperar de quien ha dado su vida por un falso amor que creyó correspondido? A los necios que cometen estupideces por un amor auténtico se les puede excusar hasta cierto punto, pero tú… Eres patético.

Sombra aguantó inmutable el ataque de Mario, aunque el empresario era consciente de que había acertado en el punto débil de su oponente. El duelo había alcanzado el punto álgido. Tancredo acababa de insultar a toda su raza, le había recordado lo que fueron en otro tiempo y lo que nunca volverían a ser. Pero Sombra no reaccionó a la provocación, lo que le hizo ganar cierto respeto a ojos de Mario Tancredo.

—Encuentro tu análisis un poco simplista —repuso Sombra—. No es un menosprecio a tu inteligencia, al contrario. Sé que, con mayor dedicación, elaborarías más esa teoría sobre mi raza. No obstante, te has apoyado en argumentos, lo que no es poco. Respecto a mí, me temo que te falta información. Mi sacrificio fue por un amor verdadero. No, no hacia el vampiro que me convirtió, en eso acertaste. Se trata de otra clase de amor, uno que tú no puedes comprender. Hablo de un sentimiento que ves en otras personas, pero que no tiene cabida en tu interior. Lo conoces, pues sabes aprovecharte de él cuando te conviene, pero no puedes experimentarlo. Eso te define, te hace sentir inseguro, solo por mucha gente que te rodee, incompleto, cobarde. Nunca estarás en paz y esa es una gran debilidad. —El vampiro se inclinó sobre la mesa para acercarse a Mario. Le miró fijamente—. Lo sé porque soy mucho más que un asesino. La muerte tiene un sentido. El de la tuya es acabar con tu sufrimiento. No hace falta que me des las gracias. Después de todo, es mi trabajo. Y sabes que tengo razón. Por eso me dejaste entrar en tu casa.

Mario negó con una expresión de lástima.

—Hijo, te dejé entrar porque eres bienvenido a esta casa.

—Ya he dicho cuanto tenía que decir. Estoy seguro de que entiendes por qué tu muerte es algo positivo. Queda en tu mano aceptarlo o no.

—Pues ya era hora de que cerraras la boca. —Mario señaló la puerta—. Lárgate de una vez, chaval.

El vampiro se levantó despacio.

—No puedo —se disculpó Sombra—. El momento ha llegado.

—¿Puedo terminar antes de revisar este contrato? —preguntó Mario—. Te prometo que no me llevará ni un minuto. Solo leerlo y firmar al final, si todo está conforme.

Sombra lo pensó un instante.

—Por supuesto.

Mario asintió. Tomó un par de hojas grapadas y comenzó a leerlas.

—¿Entiendes de leyes?

—Me defiendo —contestó el vampiro—. Pero no es mi campo.

—¿Te importa revisar esta última parte? Gracias. Así iremos más deprisa. Me interesa saber si algo podría invalidar el contrato.

Sombra comenzó a leer.

—¿Es un contrato de alquiler? —preguntó el vampiro—. Todo parece normal. Una duración de cinco años, prorrogable… ¿Alquilas esta propiedad? Un momento. ¿Te la alquilas a ti mismo?

Mario lo miró muy sorprendido.

—Creía que te defendías con las leyes. No puedo alquilarme algo a mí mismo. Alquilo esta casa porque no es de mi propiedad. El dueño legal, a quien se la vendí, figura en la primera página. Toma, lee, quizá así lo entiendas.

Tancredo le extendió otro papel, saboreando de antemano su victoria. Cómo le gustaban esos momentos, cuando derrotaba a un enemigo de un modo elegante e imprevisto. Sombra mostró su estupor con un ligero movimiento de los ojos, casi imperceptible. Suficiente.

El vampiro arrojó los papeles en la mesa.

—La puerta está detrás de ti. —Mario la señaló sin dignarse a mirarlo a la cara—. A menos que sigas queriendo matarme.

Abrió otra carpeta, extrajo más papeles y siguió trabajando.

—Esto no puede ser verdad…

—Estás pisando terreno neutral, hijo. Te avisé, te dije que eras bienvenido. Los clientes siempre lo son en las propiedades de los brujos. —Mario sonrió, aún sobre los papeles—. Fue un negocio excelente, por cierto. Esos críos me pagaron tres veces su valor y me permitieron alquilar la casa por la mitad de su precio de mercado. Además, estoy en el único lugar en el que nadie osaría ponerme un dedo encima o rompería la tregua. No entiendo por qué nunca había tratado antes con ellos.

Mario advirtió el leve temblor en las piernas de Sombra.

—Esto no acaba aquí —amenazó el vampiro—. Yo siempre termino el trabajo.

—Creo que necesitas una copa, chaval. Te vendrá bien para toda esa ira que tratas de contener. —Mario ordenó los expedientes que había revisado con aire distraído y abrió otra carpeta—. Cierra la puerta al salir.



4

Susana se miró sorprendida en el espejo. Llevaba varios minutos cepillando la parte derecha de su cabello sin darse cuenta, el mismo mechón. El resto de su melena estaba ligeramente ondulada y chorreaba algunos goterones, lo normal, ya que acababa de ducharse. En cambio, el mechón que sostenía con la mano derecha no podía estar más tirante.

Hacía días que estaba así, sumida en un abismo de preocupaciones. Hasta su música se había resentido. Cuando tocaba, se ralentizaba sin advertirlo hasta pasados varios segundos. No dejaba de pensar en su último encuentro con Sombra.

Una corriente de aire frío entró por la ventana empujando una de las hojas contra la pared. Susana se asomó y miró con atención. El árbol de enfrente no se movía. Comprendió, respiró hondo, se giró hacia el interior del cuarto.

—Te he dicho que no entres así en la casa. ¡Y menos en mi habitación!

—Disculpa —dijo Sombra—. Quería llegar antes que Esteban. Estás muy guapa. Si me permites, deberías trabajar también el lado izquierdo de tu cabello. Esa asimetría quedaría un poco rara…

—¿Ahora qué quieres, Sombra? —Susana arrojó con desdén el cepillo sobre el tocador—. ¿Vienes a pedirnos que compremos un iglú en el Polo Norte?

El vampiro suavizó su expresión.

—No has hablado con mi hermano todavía.

—Apenas lo he visto —replicó ella a la defensiva—. Trabaja tanto que casi se me olvida que estoy casada. Habíamos quedado hoy para cenar juntos y, claro, tenías que aparecer tú.

—Lo siento. No estaré mucho, lo prometo. Me marcharé a tiempo para que podáis… disfrutar de vuestro matrimonio. ¿Está Eva?

—Ha salido con sus amigas. Por cierto…, no te di las gracias por la calavera.

—Le diste tu aprobación para que se tatuara.

—¿Una calavera? —Se enojó Susana—. Tiene quince años. Si quiere llevar esas pintas toda su vida, que se tatúe cuando sea mayor. No te entiendo, Sombra, tan listo para unas cosas y… ¡Te juro que vas a estar presente cuando no consiga un trabajo por culpa de esa monstruosidad! La dejé en tus manos… Creí que se tatuaría una flor o una de esas cosas raras que les gustan a los chicos de hoy, pero no una asquerosa calavera.

—Los tiempos han cambiado. No creo que…

—Me da lo mismo lo que creas —le interrumpió Susana—. No eres padre. Ser tío es divertido, ¿verdad? Dios, imagino que os reís de mí y todo. ¡No lo niegues! Cuando quiera matar a alguien, Sombra, te preguntaré, te lo juro. Pero cuando se trate de mi hija, tú me preguntarás a mí.

—Entendido. No volveré a llevarla a esa tienda. Es más, me gustaría que se lo prohibieras explícitamente.

—Pues claro. Así yo quedo como la mala y tú como el bueno, ¿no? Esta vez vas a tener que… Espera un momento. ¿Qué está pasando aquí?

—Hablamos de Eva y…

—¡Sombra!

El vampiro bajó la mirada.

—No debe volver a esa tienda jamás —dijo, incapaz de mirarla a los ojos.

Susana se llevó las manos a la cabeza, se sentó al borde de la cama.

—Por Dios ¿qué has hecho ahora? Dime que mi hija no está en peligro.

—No lo estará si no vuelve a ese sitio. Nunca.

—¡A la tienda donde tú la llevaste! Juro que te voy a matar, Sombra. Si has llevado a Eva a un lugar con sicarios y… ¡No sé qué te hago, de verdad!

—Yo no haría tal cosa y lo sabes. Solo le conviene alejarse de…

El ruido de la puerta de la casa cerrándose interrumpió la conversación. Esteban acababa de llegar y llamaba a Susana a voces.

—Ni una palabra a tu hermano de esto —amenazó Susana. Sombra asintió.

Fueron a reunirse con Esteban. El juez se mostró tan sorprendido como contento de tener de nuevo a Sombra en casa; últimamente lo veía más de lo habitual. Susana los admiró mientras se abrazaban, no pudo evitar enternecerse por un momento. A Esteban le había cambiado la cara, hasta se le había borrado el cansancio y parecía que las bolsas bajo los ojos se hubieran desinflado. Resplandecía. Susana casi había olvidado cómo era la sonrisa franca de su marido, y la desconcertaba la facilidad con la que la había hecho aparecer Sombra. Ni siquiera Eva conseguía algo así, aunque por suerte la chica no se daba cuenta de que la sonrisa de su padre era forzada.

Aquella sonrisa se apagaría si Sombra le contara lo mismo que le había dicho a ella, sobre sus investigaciones judiciales y la amenaza que pendía sobre Eva. Esteban era un buen hombre, un gran hombre en ciertos sentidos, mientras que Sombra era un asesino. Con todo, este último era el que más se preocupaba por la familia. Susana

tenía que admitirlo, aunque no le gustara. Esteban era juez antes que padre o marido, uno de los mejores, como mínimo uno de los honrados. Era irónico que esa honestidad les causara tantos problemas.

Por primera vez, Susana consideró lo cómodas que serían sus vidas si Esteban cediera a alguno de los sobornos con que intentaban comprarlo. Se acabarían las amenazas y las bombas camufladas en los bajos de los coches. Y tendrían más dinero. Claro que lo segundo podrían conseguirlo también si aceptaban el de Sombra. Parecía que los asesinos y los jueces corruptos tenían una vida mejor que la gente honrada. No era justo.

—Te quedas a cenar, ¿verdad? —preguntó Esteban con el tono de quien no aceptará una negativa.

—Os acompañaré mientras cenáis vosotros.

Sombra nunca comía. Podía hacerlo, según les había explicado en una ocasión, pero no le agradaba. En cambio, sí bebía. El vino le gustaba, o lo parecía, a juzgar por la cantidad de copas que se tomaba. Susana nunca le había visto borracho ni había escuchado el menor temblor en su voz, por lo que suponía que los vampiros eran inmunes al alcohol. La primera botella de aquella noche se la terminó casi él solo.

—Deberías ir a ver a mamá —dijo Esteban nada más terminar su plato—. Pregunta por ti, y que la llames por teléfono no es suficiente. Su enfermedad empeora. No cree tus excusas. Piensa que la evitas. A veces se desespera porque piensa que te ha pasado algo. En otras ocasiones dice que te han encarcelado y por eso solo puedes llamar por teléfono. Dedica más tiempo a elucubrar sobre ti que a luchar contra su enfermedad.

—Iré a verla —dijo Sombra.

—¿De verdad?

Susana también se sorprendió por la respuesta del vampiro.

—Me maquillaré para parecer mayor.

Esteban asintió, aunque no parecía convencido. Susana, en cambio, no dudaba que Sombra lo haría; de lo contrario, no habría vacilado en negarse.

La cena transcurrió en un clima de cierta tensión. Apenas hablaron. Esteban no tenía temas de conversación porque se pasaba el día encerrado en su despacho. Sombra evitaba hablar de sus costumbres por razones obvias. Susana contemplaba con cierta tristeza que los hermanos empezaban a distanciarse. A la larga, quizá esos lazos afectivos no bastaran para mantener unidas dos formas de vida tan diferentes. De momento compartían su amor por Eva. Todos la querían. Solo mencionarla era un bálsamo. Los problemas surgían cuando hablaban de otra cosa.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Sombra, distraído, rellenando su copa de vino.

—Demasiado —asintió Esteban—. Es una vergüenza la escasez de medios del sistema judicial. El expediente de un solo caso puede contener miles de folios. Y llevo más de uno al mismo tiempo.

—Suena duro. Yo no podría hacerlo.

—Siempre fuiste más inteligente que yo.

—Ni tú podrías matar.

Susana sospechó. Sombra nunca hablaba voluntariamente de sus actividades como asesino a sueldo.

—¿Se puede saber a qué te refieres? —preguntó Esteban, molesto.

—No todos valemos para lo mismo. Tú no podrías acabar con una vida, hermano, bajo ningún concepto, lo que te honra, desde luego. Y yo no podría dedicar mi vida a algo que no existe: la justicia.

—Creo que es la primera vez que te veo afectado por el vino —sonrió Esteban.

Susana sabía que esa apreciación era equivocada, pero como no sabía lo que pretendía Sombra, se mantuvo al margen.

—La justicia no es más que un concepto absurdo, una idealización de algo que no existe, que la humanidad ha convertido en un conjunto de normas arbitrarias con la esperanza de ordenar el universo, de determinar lo que es el bien y el mal, y por tanto aplicar castigos acordes a los supuestos agravios. Que un montón de personas estudien la carrera de derecho, aprueben una oposición y después dicten sentencias contra sus semejantes es algo repugnante.

Se quedaron los tres en silencio. Esteban tenía el rostro desencajado. Susana fue la primera en reaccionar ante un ataque tan despiadado a su marido.

—Así debe de pensar alguien que se dedica a asesinar —replicó—. Apuesto a que tu idea de la justicia se acerca más a la de un terrorista que a la de un juez.

—Cariño, por favor —terció Esteban un tanto triste—. No te entiendo, Sombra. Cuando hablas así no pareces mi hermano. Has cambiado. ¿Ya no recuerdas quién fuiste?

—Lo recuerdo o no estaría aquí —contestó el vampiro—, con mi familia. Donde tú nunca estás últimamente.

—¿A qué viene eso?

—A que yo veo a Eva más que tú. ¿Tanto significa la justicia para ti?

—¡Cómo te atreves! —Esteban se levantó de la mesa.

Era el turno de Susana de calmar los ánimos.

—Esteban, vuelve a sentarte. No me mires así, no estoy de su parte.

El juez se sentó de mala gana.

—Quiero lo mejor para ti, hermano —dijo Sombra—. Para todos vosotros. No me digas que no lo he demostrado lo suficiente porque sabes que es verdad. ¿Por qué no dejas el trabajo? Yo puedo…

—¿Por qué no dejas tú el tuyo? —contraatacó Esteban.

Sombra no supo qué replicar. Susana al fin comprendía el rodeo que había dado el vampiro: quería convencer a su hermano de que lo mejor era marcharse. Por desgracia, no había tenido éxito. Al menos lo había intentado, cosa que ella no había hecho. No se había atrevido todavía a decirle a su marido que corrían peligro.

—Cambiemos de tema —propuso—. ¿Qué tal tu trabajo, Sombra? ¿Algún

contrato nuevo?

Ambos se midieron unos instantes, en silencio; ella, desafiante; él entendió el mensaje a la perfección.

—Mi trabajo bien, gracias por preguntar. Estoy a punto de cumplir mi contrato actual, no te preocupes.

Es decir, que no había matado todavía a Mario Tancredo, como le había anunciado.

—¿Algún contratiempo? El otro día me dijiste que era muy sencillo y que lo resolverías enseguida.

—¿Os habéis visto? —preguntó Esteban, extrañado de que ambos se reunieran al margen de la familia.

—Vine a verte a ti, hermano —mintió el vampiro—, pero estabas haciendo horas extras. Un tema llevó a otro y Susana me preguntó por el trabajo.

Esteban arrugó la frente. Susana notaba su confusión, percibía algo extraño en la actitud de Sombra.

—¿Y fue cuando decidiste que no soy un buen padre?

Sombra se sirvió más vino.

—Esta es para ti —dijo acercándole la copa—. Bien, te contaré por qué no dejo mi trabajo, ya que insistes. Hace no mucho maté a unos tipos en el metro. Querían contratarme, pero no acepté su encargo. ¿Sabes por qué? Porque querían que te matara a ti, hermano. ¿Continúo? Mejor que no sepas más. Ninguno de los dos queréis que os cuente nada sobre lo que hago, creedme. Si no confiáis en mí, ya no sé cómo demostrar que solo quiero protegeros. ¿Por qué ser juez significa tanto para ti? Explícamelo.

—¡Es mi vida! —Esteban estrelló el puño sobre la mesa. Luego respiró hondo y se bebió la copa de vino que su hermano le había dado—. Es para lo que estudié, en lo que llevo trabajando desde siempre. Tú no conoces el mundo como yo, hermano. Has perdido la perspectiva desde que…, desde que eres…, ya sabes.

—Un vampiro asesino —terminó Susana.

—Eso mismo —asintió Esteban—. Yo me enfrento a lo peor del mundo cada día. No a puñetazos ni a mordiscos. Nadie sabe mejor que yo lo necesario que es luchar contra lo que no es correcto. Mi hija vive en un lugar mejor gracias a los que nos dedicamos a defender la legalidad. ¿Qué pasaría si todos abandonáramos, como me pides?

Sombra se tomó un instante antes de responder.

—Eres un gran hombre, hermano, aunque estás equivocado. Desde tu punto de vista, haces lo correcto, pero tu honradez te acabará matando. Yo conozco otro lado de un mundo que ni eres capaz de imaginar. Luchar por una causa justa no es suficiente. Dime lo que de verdad importa: ¿eres feliz?

—Lo soy —contestó Esteban—. Es duro, es mucho trabajo, pero duermo bien y estoy convencido de lo que hago. ¿Puedes tú afirmar lo mismo?

—Es mejor que no te responda —dijo Sombra.

Esteban sonrió con tristeza.

—Trato de ayudar a los demás, eso es todo. En cualquier caso, da igual, pronto me sustituirán. Me voy al tribunal de menores.

Susana suspiró aliviada.

—Eso es excelente —se alegró Sombra—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no lo sabía. Hace seis meses que colaboro con ese tribunal y he descubierto que me gusta, quiero ayudar a los jóvenes. Están perdidos, necesitan que alguien los salve. Os podría contar tantas cosas…

—Cuéntanos —pidió Susana.

Ese traslado era la solución a sus problemas. Esteban se alejaría de los casos de corrupción y nadie querría sobornarlo ni extorsionarlo mediante amenazas a su familia. No tendrían que mudarse, nadie tendría que morir. Le sorprendió que Sombra no hubiera sugerido un cambio de ese tipo, con lo audaz que solía ser.

—Por supuesto —dijo Esteban, más animado—. Dejadme pensar… Ah, sí, hubo un caso hace poco, el más extraño que he presenciado en un tribunal.

—Cuéntanos —repitió Susana.

—Un adolescente. Luis, se llamaba. No os lo vais a creer… Desde el primer momento fue algo inaudito.



—Que sí, hombre, lo pillo —dijo Luis—. Diré la verdad.

Esteban observó al chico desde su mesa. Era algo bajo para tener dieciséis años. Se movía en su asiento, inquieto pero no asustado.

—Esto es un tribunal —le reprendió Esteban—. Le agradecería que se comportara con educación y contestara todas las preguntas.

—¿Todas? —se extrañó el muchacho—. ¿Son muchas? ¿No hay otra silla por ahí? Se me va a quedar el culo plano.

En su papel de juez, Esteban debía imponer orden y respeto, pero no pretendía asustar al chico, mucho menos perjudicarle, viendo además que el joven no hacía las cosas con mala intención. Daba la sensación de que no era consciente de dónde se encontraba. Y era evidente que no estaba acostumbrado a desenvolverse sin recurrir al lenguaje coloquial. En ese sentido, aquel chico era como cualquier otro. Decidió no ser demasiado estricto mientras no faltara al respeto.

—Retomemos los hechos por los que está usted aquí.

—Me cagué en un coche de la poli. Oh, perdón, no era una pregunta…

Esteban advirtió la sonrisa divertida del guardia de la puerta.

—¿Nos puede contar por qué lo hizo?

—Me da un poco de vergüenza. —Luis se ruborizó.

—Inténtelo, por favor.

—Está bien. Me confundí. Creía que el poli era un amigo mío, eso es todo. Solo metí la pata. ¿Puedo irme ya? Esta silla me está matando.

—¿Así suele comportarse con sus amigos?

—Con todos no, pero el colega en concreto con el que le confundí se ha meado encima de mí más de una vez. ¡Y también en mi cama! Se la debía. No es que sea un cerdo, es que…

—Suficiente —le cortó Esteban, que sentía que perdía el control del interrogatorio—. Entonces, dice usted que confundió al policía con un amigo. ¿Podríamos tener una fotografía de ese amigo suyo? Para que no pensemos que se lo inventa.

—Pues no. Pero eso es lo de menos.

—¿Disculpe?

—Mi colega… No, no puedo decirlo.

—Debe hacerlo. Atentar contra la policía es algo muy serio.

—Es que si hablo mucho, luego tendrían que mataros a todos. Os estoy protegiendo.

Esteban dio un pequeño golpe sobre la mesa.

—Estoy siendo paciente, en especial con su lenguaje, pero si no colabora…

—Vale, vale… A ver cómo lo digo sin que me den calambrazos… Menudo marrón…

—¿Y bien?

—Eh…, sí, claro, bueno, la verdad es que mi colega cambia de cuerpo. Ya está, ya lo he dicho. ¿Lo ves? Ni un calambre. Además, todo fue una broma de un malnacido que me engañó. Un tipo sin alma al que pienso partirle la cara cuando…

—¡Ya basta! —estalló Esteban.

—Joder con el juez. Esto de ser sincero es una auténtica mierda, en serio. Con cuatro trolas bien largadas habría resuelto el problema en un pispás. Bueno, ¿qué? He contestado. ¿Me puedo pirar ya?



—El chico tenía algún trastorno, ¿no? —preguntó Susana.

Habría pagado por presenciar ese interrogatorio. La anécdota había logrado disolver la tensión de la cena. Sombra ni siquiera había bebido de su copa de vino.

—Y no terminó ahí la cosa —continuó Esteban—. Cuando el chaval se fue, se

armó un revuelo considerable en el pasillo. Apareció una de las personas más grandes que he visto en mi vida. Era un anciano que vestía como un motero, con una melena grisácea. Venía a por mí. Dos policías corrían detrás de él, a demasiada distancia para detenerle antes de que me alcanzara. Reconozco que tuve un poco de miedo.

—¿Un poco? —exclamó Susana.

—El viejo motero se paró delante de mí y pegó su cara a la mía. ¿Dónde está Brad Pitt?, me preguntó. Me quedé sin palabras, lo juro. El viejo repitió la pregunta, mirándome con insistencia. Le respondí que no tenía ni idea y se enfadó. Me acusó de ser un mentiroso, que yo conocía a Brad Pitt. Suerte que llegaron los agentes y me sacaron de allí.

—Así es la lucha por la justicia, ¿verdad, cariño?

Esteban sonrió a su mujer.

—¿Qué pasó con el motero? —preguntó Sombra, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—No lo sé. Los policías se encargaron de él.

—Lo dudo —murmuró Sombra.

—¿Cómo dices?

—¿Y el chico? ¿Qué fue de él?

—Lo soltaron. La policía retiró los cargos. No es frecuente pero, si te digo la verdad, me alegré de no tener que seguir con ese juicio.

—¿Dices que se llamaba Luis? ¿Estás completamente seguro?

—A menos que falsificara su carnet de identidad, sí. ¿Por qué?

—Dime una cosa más: ¿tenía un lunar en la barbilla? ¿Se lo rascaba cuando estaba nervioso?

Esteban se quedó quieto, dejó de respirar.

—¿Lo conoces?

—Tengo que irme —dijo Sombra, levantándose de la mesa.

Susana se alarmó. Nunca había visto a Sombra tan pálido, con el miedo pintado en la cara.

—¿Adónde vas tan…?

No pudo terminar la pregunta porque Sombra desapareció en una fracción de segundo.

—Tengo una cita —oyeron que decía antes de que la puerta se cerrara.



5

Un reportero y un cámara lo asaltaron de camino a las oficinas.

—No haré declaraciones, gracias —dijo Mario Tancredo.

Los periodistas no se dieron por vencidos. Se acomodaron a su ritmo, el reportero a su lado, sosteniendo el micrófono cerca de su rostro; el cámara, caminando por delante, sin dejar de enfocarle en ningún momento.

—¿Es cierto que va a dedicarse a la política?

—Sin comentarios.

—Nuestras fuentes dicen que podría formar parte de la cúpula directiva del partido del gobierno.

—Ver respuesta anterior.

Mario apartó el micrófono de su cara.

—¿Contribuirá con su fortuna a financiar el partido? —insistió el reportero—. ¿Hay algo de cierto en la acusación de que copió su tesis de fin de carrera? Hace tiempo que no se le ve con su mujer y su hija. ¿Se está divorciando? ¿Le ha dejado por alguien más joven?

El periodista no se rendía. Continuó vomitando preguntas, muchas de ellas sensacionalistas y estúpidas.

—¿Es verdad que lo están investigando por fraude fiscal y evasión de impuestos?

Mario se detuvo, hizo un gesto al periodista dando a entender que esperara. Sacó el teléfono y marcó.

—Soy yo. Quiero a un abogado penal en menos de un minuto al aparato… Me da igual, pásame con alguien del departamento legal… Espero… —Mario hizo un gesto de aprobación al periodista, que aguardaba con gran expectación—. Sí, soy yo. Una consulta rápida. ¿Cuál es la pena por romperle la cara a un periodista?… Todavía no, pero va a suceder enseguida… Con testigos. De hecho, quedará grabado todo en

vídeo… Usted no tiene que aconsejarme nada, solo contestar a mi pregunta… ¿De qué cantidad podría ser la multa? La máxima… ¿Solo eso? Gracias.

Colgó el teléfono, lo guardó en el bolsillo de su americana y encaró al reportero con el puño apretado. El periodista se echó hacia atrás, tropezó con el cámara. Para cuando recuperaron el equilibrio, Mario ya se había escabullido y entraba en el edificio.

Sus relaciones con la prensa no habían sido nunca su fuerte, algo que tendría que mejorar en el futuro, desde luego, pero no aquella noche. Era tarde, de modo que apenas había personal en las oficinas. El servicio de limpieza empezaba el turno de trabajo. Mario entró en su despacho mientras se quitaba la corbata. Aarón estaba allí esperándolo.

—La filtración a la prensa se ha precipitado —gruñó el multimillonario.

Aarón despegó los ojos de la pantalla de su ordenador portátil.

—Dijiste que…

—La próxima vez me avisas en cuanto lo hagas, para que esté preparado. Tienes que pensar más.

—Lo haría si me informaras de cuál es el plan.

Mario se quitó la americana, la arrojó sobre el sofá de cuero. Empezó a desabrocharse la camisa.

—Ni puedes ni debes saberlo todo. Aún no estás preparado.

—Entonces no puedes echarme la bronca si no dispongo de toda la información.

—¿Bronca? —Mario tiró la camisa sobre la americana y comenzó a desabrocharse el cinturón—. Hijo, tú nunca me has visto enfadado. Y más te vale no verme así.

Aarón desvió la mirada cuando Mario se quedó en ropa interior.

—La noticia se ha propagado como esperábamos. Está en casi todos los medios digitales. Los comentarios, en general, son buenos, destacan tu éxito como empresario. Los ataques vienen de quienes esperábamos. Nada importante, pero aún es pronto. Mañana saldrá en primera página en los periódicos.

Mario abrió el armario más pequeño de cuantos había en su despacho. Sacó unos vaqueros azules, corrientes.

—Identifica a los periodistas que más se opongan a mí. Prepara un modo de perjudicarles, por si acaso. Al peor de todos, al más agresivo, lo quiero libre de sospechas. Asegúrate de que le suben el sueldo y le dan visibilidad en los medios.

—No entiendo esa estrategia.

—No importará lo que diga, lo aprovecharé. —Mario se abrochó los vaqueros y cogió una camiseta y una sudadera negra—. A la gente le importa el dinero. La masa es estúpida. Será coser y cantar. ¿Qué más?

—Las medidas de seguridad…

—Se quedan tal y como están —le cortó Mario.

Se acercó al mueble-bar y se sirvió una copa.

—Lo decía por mí.

—El vampiro no te tocará. Lo conozco. Le pagan solo por mi cabeza y tiene un extraño sentido del deber. Si llegamos a una situación peligrosa, no interfieras y no te hará nada.

Aarón se acercó y se sirvió una copa.

—No estoy en esto para esconderme. Quiero actuar, ser útil.

—El camino no es la confrontación directa. Recuerda, voy a entrar en política. No voy a ir por ahí peleándome a puñetazos. Eso es para la gente inferior. De ser necesario, encontraremos a quien se pegue por nosotros. Somos generales, hijo, no soldados.

—Pero…

—Pero nada. —Mario apreciaba la actitud del chico. Era inteligente y decidido. Si su valor no provenía de la falta de criterio, resultaría ser un fichaje incluso mejor de lo que había calculado—. ¿Has practicado la runa que te enseñe?

—Bastante.

—Eso no es suficiente. Quiero que la domines, que la puedas trazar con los ojos cerrados.

—Para reflejar la luz del sol necesito que sea de día —objetó Aarón.

—Esa será tu prioridad. —Mario se dirigió a la puerta de salida.

—¿Te acompaño?

—Demasiado pronto.

—Así nunca aprenderé. No me dejaste participar en la reunión con el mago.

Mario se detuvo, vaciló.

—Vas demasiado rápido. Erik es el equivalente a un príncipe. No hablaría contigo. Además, se presentó solo. Y tienes que pulir esos modales que tienes. Se te nota demasiado la ambición y cierta arrogancia. Los defectos hay que esconderlos. Pero no te inquietes, tiene remedio. Es solo que eres joven e inexperto, pero eso se cura con el paso del tiempo.

—Puedo ayudar. Por favor, déjame ir contigo. Agradezco todo lo que has hecho por mí, pero solo me cuentas las cosas. Si no las vivo, si no participo, no aprenderé. Con los brujos tampoco me dejaste hablar, y solo son niños. No pueden ser peligrosos.

Mario suspiró.

—Esto no es un juego. Tengo un asunto que atender y es de la máxima importancia. Y muy peligroso. No bromeo. Muerto no me sirves de nada, chico.

—No tengo miedo. Un cobarde es un inútil.

—Podrías morir y esta es la última vez que te lo advierto. Tú decides.



El peor temor de Sombra se había hecho realidad. Habían descubierto su verdadera identidad, quién había sido antes de convertirse en vampiro, y habían amenazado a su familia. Esto último había sido un terrible error por parte del Gris.

No entendía cómo lo había logrado, pero ese engendro sin alma era un enemigo mucho peor de lo que había supuesto. Mandar al famoso Niño para que montara un escándalo en los tribunales era un mensaje claro para Sombra: el Gris sabía quién era Esteban, quién era Susana. Y quién era Eva. No sabía, sin embargo, de lo que Sombra era capaz o no se habría atrevido a amenazar a su familia. La pena era que Vela no le dejaría acabar con el Gris porque, supuestamente, conocía el modo de matar a un ángel. Aunque podría solucionar el problema de otro modo, podría averiguar lo que los vampiros necesitaban y luego lo mataría. No sería complicado provocar al Gris para que le atacara. Y nadie lo culparía por defenderse.

—¿Estás aquí? Pareces distraído, cariño.

—Eh, sí, claro. —Sombra pasó a concentrarse a lo que tenía entre manos en ese momento—. Solo pensaba en lo bien que lo vamos a pasar.

Dejó asomar la punta de la lengua y jugueteó con los labios. Su cita se estremeció. Sombra iba mal de tiempo y aún tenía pendiente el asunto de Mario Tancredo, así que había decidido acelerar sus conquistas. De las tres personas que quería convertir, planeaba morder a dos muy pronto, tal vez mañana mismo.

Bebió un sorbo del vino y sonrió.

—¿Me das una pista? —preguntó ella, correspondiendo a su sonrisa.

—Por supuesto, encanto —dijo el vampiro—. No quiero que te aburras de mí, así que he ideado algo que nunca has visto. ¿Te apetece?

—¿Cómo sabes que no lo he visto antes?

—Confía en mí.

A ella le gustaba ver a otros practicando sexo, así que Sombra iba a ofrecerle un espectáculo inolvidable antes de enterrar los colmillos en su cuello y desangrarla hasta morir. Después, comprobaría si conseguía su primera conversión.

—No me has dado ninguna pista —insistió ella.

—Es una sorpresa.

Sombra se levantó de la mesa.

—¿Te vas?

—A prepararlo todo, encanto. No es una sorpresa sencilla. Luego me agradecerás el esfuerzo. —Se inclinó y la besó—. La cena ya está pagada. Hasta pronto. Y piensa en mí.

Tuvo que correr para llegar a tiempo a la segunda cita. Por suerte, no sudaba. Antes de entrar en la exposición de pintura, sacó una corbata del bolsillo de la americana y se la puso sin dejar de andar, con movimientos ágiles de los dedos, un nudo doble perfecto.

Paseó entre los cuadros sin jadear, con paso tranquilo, fingiendo admirar las obras de arte que tanto entusiasmaban al hombre que había seducido. Al encontrarlo, le cogió la mano. Un mes atrás, cuando comenzaron a salir juntos, su enamorado no se habría atrevido a mostrar el menor signo de afecto en público, pero Sombra había logrado derribar esos pudores.

—No llego tarde, ¿verdad?

Él sonrió, demostrando que diez minutos eran una espera razonable. Juntos repasaron la exposición, cuadro a cuadro. Sombra mostraba interés, preguntaba, hacía apreciaciones incorrectas a propósito para que él le corrigiera.

—¿Cómo puedes saber tanto sobre arte?

Entonces él se ponía modesto, aunque Sombra no se dejaba engañar y continuaba engordando esa vanidad con el método de rebajarse para que el otro brillara más. Aun así, el hombre nunca se rendía a la petulancia. Esa sutileza, ese esfuerzo por que Sombra no se sintiera inferior, era el único rasgo que de verdad apreciaba en él.

Lo hicieron en los baños. El sexo en lugares públicos era el máximo logro de Sombra con esa conquista en particular. En el terreno amatorio, la relación se invertía: Sombra era el maestro, el otro, el aprendiz, un hombre que se dejaba llevar.

Sombra se mostró aburrido después, aunque de modo sutil, igual que el otro manejaba su arrogancia.

—¿No lo has pasado bien?

—No es eso —dijo Sombra en tono triste—. Es que… No sé.

—¿Qué? Dímelo. Habla conmigo.

—A veces pienso que no soy suficiente para ti —dijo el vampiro—. Sabes tantas cosas y hablas tan bien… Creo que yo no…

—No digas eso. Ni lo pienses.

—Entonces, ¿por qué no avanzamos? ¿Qué sería del mundo si nadie innovara o probara cosas nuevas? ¿No me explicabas eso al hablar de arte?

—Sí, pero ahora no hablamos de arte, ¿verdad? No estás satisfecho conmigo.

—Tanto que quiero más. —Sombra se inclinó y lo miró a los ojos—. Quiero más de ti. Si seguimos repitiendo, te aburrirás, lo sé.

Él se extrañó un poco. Estaba confuso. El sexo no era su fuerte, no se sentía seguro.

—¿Quieres hacerlo en otra parte?

—De otro modo —puntualizó el vampiro—. Ya sabemos lo que son los lugares públicos, pero no en público.

—¿En público?

—Lo que tú y yo hacemos es arte de verdad. No podemos detenernos ahí. No

hemos compartido todas las experiencias, ni las mejores.

Él se debatía entre el miedo y la excitación. Sombra debía hacer crecer lo segundo para enterrar lo primero.

—¿Alguna vez lo has hecho delante de otra persona?

—¿Tú sí?

—Es excitante. Ver en sus ojos el reflejo de lo que tú sientes… No tiene precio.

Su amante guardaba silencio, inseguro, avergonzado.

—Y contigo sería increíble —prosiguió Sombra—. Lo haríamos juntos. Claro que si no quieres, lo entenderé…

—Sí quiero —dijo él muy rápido—. Solo que es algo nuevo para mí. No será delante de alguien conocido…

—Por supuesto que no —lo tranquilizó Sombra.

—¿Conoces a alguien que…? Ya sabes.

—Sé de una mujer que podría estar interesada. Solo en mirar, tranquilo. Va a ser espectacular. Confía en mí.

Lo besó y se fue. Le dejaría pensar en ello, un día o dos, luego lo harían. Mordería a dos por el precio de uno.

Para la tercera cita se quitó la corbata. Se sacó la camisa por fuera. Sacó un collar de cuero con una piedra azul y dos pulseras. Se lo puso todo y tiró la chaqueta a la papelera.

Llegó con diez minutos de antelación. Se sentó en un banco y empezó a representar ya su último papel. Se frotaba las manos y miraba a todas partes, fingiendo nerviosismo. Ella apareció a la hora en punto.

—Creía que no vendrías. —Sombra fingió alivio.

Ella consultó el reloj.

—Pero si he sido puntual.

Sombra también miró el suyo.

—Uy, es verdad —sonrió con timidez.

Pasearon por el parque del Retiro. La cogió de la mano con suavidad, la miró a los ojos, fingiendo fascinación, le envió un millón de señales románticas. Cuando pidieron algo para beber en un bar, se colocó enfrente de ella e imitó su postura corporal: apoyó los codos y cruzó las manos bajo la barbilla. Sombra se convirtió en su reflejo. Sabía que ella interpretaría eso como que conectaban, que estaban en la misma onda, que se entendían. Era demasiado fácil.

La respuesta no tardó en llegar. Más tarde, sentados en un banco, ella se le acercó y le besó. No se contaban los besos entre sus mejores cualidades. Sombra mostró nervios, dejó que ella notara un leve temblor en sus labios. Percibía la excitación de ella. Era el momento de avanzar con las manos a otras partes de su cuerpo, cosa que el vampiro no hizo. La apretó contra sí, aunque sin apartar las manos de su espalda. La colocó sobre él, a horcajadas. Ella se movió y empujó las caderas allí donde deseaba. Sombra se dejó hacer, pero no fue más allá.

Con cualquier otra persona, ya estarían en la cama, pero ella era diferente. En cierto sentido, le recordó a Sombra las primeras experiencias que tuvo a los trece años, con chicas reticentes a culminar la relación sexual. Ahora se daba cuenta de cómo lo había estropeado todo tratando de convencerlas, de forzarlas, cuando debía haber tratado de que se sintieran cómodas. Pero qué esperar de un adolescente, cuando todo es ímpetu e impaciencia.

Sombra tembló un poco más. Exhibió la mayor de las torpezas para desabrocharle el sostén.

—Lo siento —dijo avergonzado.

—No pasa nada —ronroneó ella—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —balbuceó Sombra.

—Yo no creí que pudiera sentirme así con alguien. Hacía tanto que no me encontraba tan a gusto con un hombre… Me haces olvidar los problemas cotidianos, entrar en otro mundo.

—A mí me pasa lo mismo contigo.

Aquel tópico nunca dejaba de funcionar, por más que se utilizara.

Solo un vampiro comprendía el amor como la fuerza más poderosa del universo. Sin el amor, los vampiros literalmente morirían, o como mínimo carecerían de la posibilidad de aumentar su población. La paradoja era que para lograr el amor verdadero, lo más eficaz era recurrir a la mentira.

A veces, cuando se aburría, Sombra también reflexionaba sobre otra de sus contradicciones: matar era un acto honesto y puro; seducir era justo lo contrario. Así funcionaba el mundo, por mucho que se quisiera que en realidad fuera de otro modo.

—¿Vamos a mi casa? —preguntó ella.

Ya estaba, la tenía. Haberse negado durante tanto tiempo había provocado que ella tomara la iniciativa, que se entregara con su cuerpo y su alma. De haberla perseguido, la habría alejado de sí.

Se maravilló de su propio talento.

—Me encantaría —respondió con timidez.



6

—La mayoría de las runas, por no decir todas, hay que repasarlas para que se activen —explicó Mario Tancredo—. Sucede que algunas duran tanto que dan la impresión de que nunca se consumen y no lo necesitan. Nada más falso.

Aarón se inclinó sobre una extensa colección de pequeñas velas circulares, dispuestas en tres hileras sobre una estructura metálica antigua y pesada. Junto a la estructura, a menos de dos pasos, había una columna de piedra algo desgastada. De la columna colgaba una cruz de madera. Dos monjes paseaban en silencio al otro lado de la pequeña ermita.

—¿De qué depende la duración de las runas?

—De varios factores —contestó Mario—. Uno de los más importantes es el ingrediente que las compone. La que tienes delante de ti está formada por uno de los más poderosos y duraderos de todos.

Aarón repasó cada uno de los pequeños cilindros de cera que se ordenaban ante él.

—No veo ninguna runa.

—Porque está camuflada.

Mario encendió una de las velas, luego la de al lado, luego saltó a otra de la hilera superior. Así, una a una, fue prendiendo fuego hasta formar un signo. Con la última vela las llamas se equilibraron, ardieron con la misma intensidad y altura.

—¿El fuego es el ingrediente? —preguntó Aarón, maravillado.

—En cierto sentido. Digamos que esas velas no producen un fuego normal y corriente.

Las llamas se unieron por un instante, creando un símbolo de fuego. La runa ardió, silenciosa. Luego se ondeó y se extinguió sin dejar el menor rastro de humo.

Mario tomó asiento en el banco de madera, frente al altar. Aarón se sentó a su

lado.

—No tardará —murmuró Mario.

De la izquierda llegó el sonido de una cerradura, seguido de pasos que se aproximaban. Un hombre serio se detuvo ante Mario. Llevaba el pelo muy corto, rojizo.

—¿Qué tal, Edgar?

—No eres bienvenido, Mario.

Edgar miró a Aarón con desconfianza.

—Está conmigo, no te preocupes —dijo Mario—. Aarón, este es Edgar, un leal centinela, un servidor de los ángeles. Alguien que no sucumbe ante el dinero o el poder, ¿no es así? Hay que admirar a la gente con nobles principios, incluso a los que manifiestan tendencias a olvidarlos cuando les conviene.

Edgar se sentó al otro lado de Mario.

—¿Se trata de una acusación formal?

Mario bufó con desdén.

—¿Me crees tan idiota como para creer en vuestro sistema de justicia? Dejémoslo en una interpretación ética. A ver, Aarón, ¿qué harías tú si te encontraras con una mujer embarazada justo cuando un demonio irrumpe en una iglesia destrozando el suelo?

—Lo apropiado, de acuerdo al sentido común, sería avisar inmediatamente a su marido —recitó Aarón con seguridad, después de haber repasado mentalmente la respuesta unas cien veces.

Mario sonrió a Edgar.

—Tu mujer es tu problema —contestó el centinela—. No infringió el código y aunque fuera el caso, no tengo obligación de informarte de nada. Deja que ahora sea yo el que haga una interpretación. Has hecho tratos con demonios, por tanto pídeles ayuda a ellos. Has venido al lugar equivocado.

—Al contrario. Este es el lugar exacto para emprender mi camino a la redención. Y puede que quieras acompañarme. Tienes muchos pecados que limpiar, Edgar, como haber dejado escapar a cierto antiguo compañero tuyo que ahora carece de pulgares.

El centinela no se inmutó. Aarón esperaba alguna reacción ante tal despliegue de datos personales.

—He informado de todo al obispo —dijo Edgar—. Pero veo que ahora también deberé informar de que tú estás al corriente, y de un posible intento de extorsión por tu parte. ¿O interpreto mal tus intenciones?

—No es lo único que interpretas mal. Solo he venido a avisarte porque los centinelas estáis anticuados. Los demonios ya no son vuestros peores enemigos.

Edgar se relajó por un segundo.

—Esta es buena. Y tú vienes a advertirnos por tu amor a nuestra institución.

—¿No mató alguien a un Santo hace poco? Que yo sepa no fue un demonio. El mismo Santo, por cierto, que resucitó cuando mi mujer estaba presente.

—¿Sabes, Mario? Corre el rumor de que ese vampiro quiere matarte. Alguien más inteligente que yo podría pensar que te interesa que nos ocupemos de él, que lo veamos como la peor amenaza para los ángeles. Así acabaríamos con él y tú te libras del problema.

—Sombra es solo un crío. —Mario hizo un gesto de desprecio—. Mátalo y otro ocupará su lugar. Amplía tus miras. No es el vampiro, son los vampiros. A Sombra le ordenaron matar al Santo. El Gris se enfadó, claro, y resulta que Erik trató de disuadirle de que no actuara contra los vampiros.

—¿Insinúas que los magos y los vampiros se han aliado? No tiene sentido. Ambos bandos se creen superiores a los demás. No existen precedentes de un pacto semejante. Como mucho, podría tratarse de un trato puntual entre algún clan de magos y algunos vampiros, y ya es mucho suponer. Nunca se aliarían en un nivel más alto.

Mario volvió el rostro hacia su aprendiz de secuaz.

—Presta atención, Aarón. A esto me refería cuando te decía que los centinelas están obsoletos. —Se volvió hacia Edgar—. Sigues pensando en rencillas de hace siglos. El mundo ha cambiado. ¿Acaso hay precedentes de la muerte de un ángel? ¿De un hombre sin alma? ¿Cuántas pruebas más necesitáis para entender que ya nada será como antes?

—Tus palabras desde luego que no son suficientes —contestó el centinela, esta vez con un tono levemente vacilante. Se notaba que trataba de sonar convincente porque dudaba. Mario no se había equivocado respecto a él.

—Hace meses que los magos no paran de llegar a Madrid —siguió Mario—. Traman algo. Y no es ningún clan, son todos ellos. Los ingredientes escasean porque los magos están comprando casi todas las existencias. ¿Qué te dice eso? No prestáis atención porque los centinelas no necesitáis ingredientes para las runas, pero haz el favor de comprobarlo si no me crees. Y dime si las runas no son algo que nos afecta a todos. Por favor, ¿qué más quieres? ¿Un anuncio en televisión? Si no hacéis algo, cuando por fin os enteréis, será demasiado tarde para detener el plan que estén urdiendo.

—¿Qué quieres de mí? Solo soy un centinela corriente. Si tu preocupación es genuina, deberías acudir al obispo…

—Tu obispo es corrupto y estúpido —le interrumpió Mario—. Y no puedo ir a otro y lo sabes. No me recibirían, y si lo hicieran, no me creerían por ser quien soy.

—En cambio, si yo hago de mediador…

—A ti, como mínimo te escucharán.

Edgar dejó los ojos en blanco unos instantes.

—Lo pensaré. No prometo nada, pero dime una cosa: ¿por qué lo haces? Supongo que tu ayuda no es desinteresada.

—Dudo que a nadie le interese que los centinelas queden fuera de la partida.

—No es suficiente. Podrías haber recurrido a los brujos, que son neutrales.

—Por favor… ¿Neutrales? —Mario negó con la cabeza—. Los brujos comercian con todos, tienen tratos con todo el mundo. Nadie, repito, nadie está más implicado que ellos. Los únicos que de verdad son neutrales son los licántropos. Lo intenté con ellos, pero los chuchos insisten en mantenerse al margen si no hay una amenaza directa sobre ellos. Son una especie de pacifistas que viven en mundo imaginario. Diría que son más ignorantes que los humanos. Cuando esto estalle, serán los primeros en sucumbir. No me sirven.

—¿No te sirven? —dijo Edgar—. ¿Y nosotros sí?

—Sí —afirmó Mario—. Algún día yo seré vuestro líder. Así que más os vale espabilar. Recuerda esta conversación, Edgar, porque ese día, si continúas con vida, tú serás el segundo al mando.



Sombra se arrodilló ante el humilde altar de la ermita, cerró los ojos, se abandonó a pensamientos poco comunes en él. Antes de ser vampiro, jamás había pisado una iglesia por voluntad propia, solo en ocasiones ineludibles, como bodas, bautizos o comuniones, de las que siempre acababa escapando, además de un par de misas por sus abuelos fallecidos.

—¿Qué haces? —preguntó un hombre de porte serio.

Sombra abrió los ojos.

—Rezar —dijo incorporándose.

—No mientas.

Semejante respuesta confirmaba que se trataba de un centinela.

—Pensaba en Dios —dijo el vampiro—. En que no ha otorgado a nadie más la inmortalidad, solo a nosotros. Es reconfortante, ¿no crees? Por cierto, no nos conocemos. Me llamo…

—Sombra. Eres el vampiro que asesinó al Santo.

—Lo correcto sería que me dijeras tu nombre, por educación más que nada.

—Edgar.

—Encantado. Como te decía, pensaba en Dios. ¿No consiste en eso rezar?

El centinela ni siquiera despegó los labios.

—Veo que eres un hombre parco en palabras… ¿Te han ordenado capturarme por el asunto del Santo? Supongo que ya habrá resucitado, ¿no? Ahora que lo pienso, ¿no podríamos considerar eso una forma de inmortalidad? Ah, no, porque para resucitar, primero hay que morir. Por tanto, yo diría que no, aunque no niego que resulta algo confuso. Y fascinante. Tengo tan pocas ocasiones de divagar sobre Dios que agradecería que abandonaras tu mutismo.

El centinela cambió el peso de una pierna a la otra. Sombra era consciente de que se mantenía en guardia, preparado para reaccionar ante el menor indicio de agresión.

—¿Estás aquí por algún contrato?

Sombra escondió el orgullo que sentía al comprobar cuán lejos había llegado su reputación.

—En cierto sentido —admitió el vampiro—. Aunque no voy a matar a nadie en este encantador santuario. Te doy mi palabra. Si tú puedes garantizarme también que no vas a intentar capturarme, podemos olvidar esta tensión artificial, relajarnos y disfrutar de una agradable charla.

—Limítate a hablar y no tendrás nada que temer.

El vampiro asintió y tomó asiento. El centinela también. Ninguno de los dos dejó de mirar al otro en momento alguno.

—Así está perfecto, tú y yo, no un vampiro y un centinela, sino dos personas intercambiando impresiones. ¿Qué podría haber de malo en eso? Acabamos de conocernos y juraría que no he atentado contra ninguna norma de esta casa ni contra vuestro código, el cual, por cierto, respeto enormemente.

—Tú y yo —repitió Edgar—. ¿Por qué piensas que tenemos algo de que hablar?

—Porque lo contrario podría implicar un conflicto entre nuestras respectivas facciones. Ah, qué desagradable sería.

—¿Por eso os habéis aliado con los magos?

A Sombra le sorprendió la pregunta. Que él supiera, no existía semejante alianza, aunque Vela había mencionado que iba a tratar con los magos. De hecho, le había dado de plazo para encontrar al Gris hasta que ella terminara sus asuntos con los magos. Que un centinela preguntara por ello no podía ser casual.

—Me encantaría responderte —dijo con sinceridad—. Pero me temo que yo no me mezclo en política. Me aburre. Son todo confabulaciones, intrigas y mentiras. Eso no me va. Yo soy un honrado asesino.

—Curiosa definición de uno mismo.

—Alguien me paga y yo cumplo con el pacto. Más honesto imposible.

El centinela enarcó una ceja.

—Hace tiempo que renuncié a discutir sobre cuestiones como la honradez, en especial con ciertas personas. No todos podemos ver la verdad. Algunos la negarían aunque les diera un puñetazo en el rostro.

—Una posición muy juiciosa. Todos vemos lo que queremos ver. Oh, entiendo la parte que me toca de tu razonamiento. No me ofende. Me caes bien, Edgar. De hecho, todos vosotros me caéis bien. Incluyendo a tus jefes, aunque nos fastidiaran con el asunto de la luz del sol. Pero pudieron habernos exterminado y no lo hicieron. ¿Has pensado por qué? Yo creo que ellos no pudieron negar la verdad a la que aludes. Por eso no te han ordenado que me persigas.

—El Santo ya resucitó, como seguro que sabes. No eres tan importante como para despertar un viejo conflicto que no beneficiaría a nadie. Salvo, claro está, que tenses

la cuerda más de lo debido.

—De modo que hay algo por ahí más importante que yo —reflexionó Sombra—. Interesante. ¿Qué o quién podría acaparar de ese modo la atención de los ángeles?

—Así que en realidad sí te interesan las cuestiones políticas.

—Igual que a ti, centinela. ¿No estabas hace un rato charlando con Mario Tancredo? Seguro que de fútbol, ¿eh?

—¿Le has seguido?

—Peor que eso. Le he perdido. ¿Te importaría indicarme dónde ha ido?

—Claro que no. ¿Necesitas algo más? ¿Te apetece matar a un cura? Tú solo pídelo.

—Vaya. Estamos un poco quisquillosos, ¿no?

—Escúchame bien, vampiro. No me han ordenado apresarte, eso es cierto. Pero puedo hacerlo por cuenta propia y nadie se extrañará, al contrario. Mientras hablábamos, dos centinelas se han apostado a la entrada y dos más están esperando una señal mía.

—¿Debo suponer que no te caigo bien? Pensaba que era una charla amistosa para los dos.

—No has dicho nada que me interese —dijo el centinela—. Te doy la oportunidad de largarte ahora mismo y no volver. Si no la aprovechas, te capturaremos, aquí y ahora. Ya veremos si el resto de los tuyos quieren reavivar un antiguo conflicto por un bocazas como tú.

Sombra se limitó a sonreír en silencio.

—¿No he dicho nada interesante? Habrá que remediarlo. ¿Y si te hablara de una chica que se llama Eva? Te podría decir que es especial y por qué. Pero se trata de un secreto que no puedo contar a cualquiera. Un secreto descomunal, centinela, relacionado con una página de La Biblia de los Caídos. ¿Te interesa?

Edgar hizo un gesto afirmativo.

—Me interesa.

—¿Dónde dijiste que había ido Mario Tancredo?



—A partir de este punto comienza el peligro —advirtió Mario Tancredo.

Aarón asintió. Mario comenzó a recorrer el plano del metro de Madrid con el dedo índice. Era un plano enorme, que ocupaba una extensión considerable en la pared del andén, la parte de arriba se curvaba hacia adentro.

—Espera —dijo Aarón.

—¿Te echas atrás? Bien. Aún estás a tiempo.

—No es eso.

Aarón señaló a la izquierda con la cabeza, a la única persona que había en la estación, un vagabundo que se apoyaba contra la pared, junto a una papelera.

—Tiene más de treinta años —dijo Mario—. No es un brujo.

Aarón maldijo haber olvidado que los brujos eran niños que no superaban los dieciséis años. Absorbía la información tan rápido como podía, pero era demasiada y de vez en cuando se le escapaba algún detalle. Al menos Mario parecía no molestarse cuando cometía algún error. Debía de suponer que nadie podía aprenderlo todo tan aprisa. Solo las runas ya requerían horas y horas de estudio, y según su nuevo jefe solo había visto algunas de las más simples.

Mario terminó de activar la runa oculta en el plano del metro. Aarón tuvo la impresión de que la pared se ondulaba ligeramente. A través del mapa del metro se podía ver ahora un pasillo de piedra, difuminado, como si el plano estuviera pintado en una lámina transparente.

—Vamos allá —dijo Mario.

En cuanto Aarón atravesó el mapa del metro, tras superar la sensación de que se iba a estampar contra la pared, el corredor se volvió real, con todos sus detalles, hasta se oía un chapoteo de goteras. Un olor desagradable los envolvió. Aarón volvió la vista atrás.

Solo había una pared de piedra repleta de desconchones y manchas de suciedad, ni rastro del andén o del plano del metro. En cuanto diera dos pasos, no podría distinguir el punto por el que habían entrado. Se sintió preso.

Para aumentar su estupor, Mario sacó una antorcha encendida de a saber dónde. El empresario más rico e importante que había conocido jamás echó a andar entre las inmundicias con total naturalidad. Ahora entendía por qué se había cambiado de ropa en el despacho.

Caminaron por el sinfín de túneles y galerías de la red de alcantarillado. Descendían por esas vías de pesadilla, entre los inconfundibles chillidos de las ratas y toda clase de viscosidades repugnantes.

—Uno de los primeros pasos que daremos será controlar el ayuntamiento —explicó Mario—. Quiero hacer reformas en el metro de Madrid.

—Imagino que todo este mundo subterráneo es importante.

—Más de lo que imaginas. Además, tendrás que encontrar un tren fantasma. Ya te lo explicaré más adelante, cuando escale posiciones en los puestos políticos.

Encontrar un tren fantasma no sonaba más descabellado que negociar con un mago o esquivar a un vampiro mercenario. De hecho, la idea le pareció excitante. Aarón ansiaba saber más sobre ese mundo oculto. Una de sus fantasías, desde que Mario le inició en todo aquello, era ver transformarse a un hombre lobo. Aunque su fascinación descendía considerablemente según avanzaba en aquella excursión subterránea. El aire apestaba. Hacía esfuerzos por soportar el hedor, se tapaba la nariz y la boca y aguantaba la respiración; Mario, en cambio, continuaba como si estuviera

paseándose por un jardín en primavera. Se le ocurrió preguntarle si recurría a alguna runa que filtrara los malos olores, pero prefirió no arriesgarse a quedar como un idiota.

La pestilencia remitió cuando se internaron en una zona repleta de tuberías antiguas y oxidadas. En las paredes asomaba lo que parecían restos de un tendido eléctrico, cables despeluchados y carcomidos. Luego regresaron a la red de alcantarillado. Regresó también el hedor con toda su fuerza.

Hacía tiempo que Aarón se había desorientado. No imaginaba que pudiera haber tanto espacio bajo la ciudad de Madrid.

—Todo esto se oculta a la gente normal, ¿verdad?

—Aún no estás acostumbrado. Pronto entenderás que lo que tú denominas gente normal solo engloba a los que no saben que hay más gente normal de la que ellos creen.

Aarón asintió en silencio. Le costaría asumir que un mago o un vampiro eran gente normal.

Comenzaba a cansarse, los pies le pesaban. Tenía la sensación de que llevaban demasiado tiempo deambulando por las tripas de Madrid y aún no veía el final. Mario no mostraba signos de fatiga, lo que reprimió cualquier posible queja por su parte. Era mucho más joven que su jefe y no quedaría muy bien que pidiera hacer un alto, en especial cuando él mismo había insistido en acompañarlo.

—Edgar no me pareció peligroso —dijo Aarón, recordando su encuentro con el centinela.

—No lo es —confirmó Mario—. Es un aliado.

Aarón estuvo a punto de tropezar con una grieta.

—Pero no me inspiró mucha confianza.

—Edgar no es estúpido. Comprobará lo que le he dicho aunque tenga sus reservas respecto a mí. Y entonces empezaremos a colaborar y no habrá motivos para desconfiar de él.

Así entendía Mario Tancredo las relaciones y la confianza, en términos de intereses, sin lugar para los sentimientos personales. Mario no depositaba su confianza en alguien por simpatía, ni dejaría de tratar con alguien que no le gustara; la clave estaba en si compartían objetivos similares. Y no le iba nada mal con semejante filosofía. Se desenvolvía entre todas aquellas criaturas sobrenaturales como uno más, incluso se codeaba con personajes de posiciones elevadas, como Erik. Aarón lo admiraba cada vez más.

—¿Y no temes que los ángeles vean esa posible alianza como un problema para…?

—Silencio.

Aarón obedeció. Escrutó los alrededores en busca de algún signo de peligro, sin reparar en nada sospechoso, al menos allí donde alcanzaba la luz de la antorcha de Mario. Quedaban muchos recovecos y esquinas sumidas en la oscuridad en la galería

en la que se encontraban.

—¿Lo has oído? —preguntó Mario.

—¿El qué?

Aarón habría jurado que reinaba el silencio, salvo por una gotera que debía de haber en alguna parte y que le estaba atacando los nervios con su chapoteo intermitente.

Mario se agachó y sacó su pluma de oro. Pese a que no podía verlo, Aarón apostó a que estaba pintando una runa. Mario se incorporó y prestó atención a un sonido que solo oía él. Entonces una sombra se movió, a la derecha, junto a un montón de desperdicios. Mario acercó la antorcha. La luz oscilante de las llamas cayó sobre una figura pequeña y encogida. De haber permanecido quieta, Aarón la habría confundido con una pila de ropa para desechar. Al menos hasta que brillaron dos ojos, enormes para el tamaño de aquel cuerpecito envuelto en andrajos.

—Por favor, señor, no me hagas daño —suplicó la chiquilla.

No podía tener más de diez años. Temblaba, en su rostro estaba pintado el terror.

—Sal de ahí, bruja —exigió Mario, ajeno a las aprensiones de la pequeña—. Déjate de comedias.

La niña lo encaró y enseguida retiró la mirada. Tembló con más fuerza.

—Soy buena, señor, lo juro. No he hecho nada malo.

Ahora fue el rostro de Mario el que reflejó una preocupación que Aarón no había visto todavía.

—No finge —murmuró pensativo Mario.

—¿Y qué?

—Nunca había visto a un brujo asustado. Ni siquiera había oído hablar de algo parecido.

A Aarón se le ocurrió que podía tratarse simplemente de una chiquilla indigente, sola en un túnel subterráneo y a oscuras. Normal que tuviera miedo.

—Quizá sea una indigente. No todos los niños guarros son…

—Aquí, tan abajo, no hay indigentes —atajó Mario.

Y su expresión bastó para que Aarón abandonara esa teoría. La cría era una bruja, de acuerdo, y estaba asustada. Mario no le había explicado qué podía atemorizar a un brujo y qué no. Tampoco le había aclarado el significado de la expresión que lucía en aquel momento, pero no era necesario.

—El vampiro —propuso Aarón.

Era de noche, estaban bajo tierra. No podía haber un momento mejor para quien se esconde de la luz del sol.

—Un vampiro no intimidaría a un brujo.

Entonces se trataba de algo peor. Aarón se prometió hacer una lista ordenando los peligros de mayor a menor, en cuanto tuviera tiempo.

—¡Cerrad la boca de una puta vez! —tronó una voz lejana.

Aarón dio un respingo involuntario.

—¡La bruja!

Se lanzó en persecución de la chiquilla, que había salido disparada tras el grito.

—¡Espera! —exclamó Mario.

Pero Aarón no iba a dejarla escapar. Así, Mario estaría orgulloso de su iniciativa y su valor.

—Este chico es imbécil —suspiró Mario Tancredo.



Sombra apartó los papeles de periódico de un manotazo. Consideró limpiarse la mugre con la que se había disfrazado, pero pensando en dónde iba a meterse prefirió quedarse como estaba.

El andén del metro había quedado vacío después de que Mario y su acompañante se marcharan. Los había visto atravesar la pared. El vampiro estudió el enorme plano del metro de Madrid por donde habían cruzado. Tardó más de lo que le gustaría admitir en descubrir la runa oculta en la red de vías del metro. No sabía cómo activarla. Sombra no era experto en runas y por eso trataba de no depender de ellas, aunque tampoco era un ignorante. La runa que permitía atravesar la pared no era simple, con toda probabilidad, obra de los brujos, con quienes Mario había entablado relación hacía poco. Aun así, le asombró que Mario tuviera el conocimiento necesario para utilizarla. Lo normal, en un caso como aquel, habría sido que un brujo lo hubiera acompañado y hubiera activado la runa, ocultando los trazos requeridos y el ingrediente empleado.

Por fortuna, conocía a la perfección el laberinto de túneles y galerías en que descansaba el suelo de Madrid. Los vampiros lo utilizaban con frecuencia para desplazarse por la ciudad durante las horas de luz.

Tuvo que dar un rodeo. Accedió a un conducto de ventilación, seguido de un almacén, hasta llegar a una vía antigua. Después tomó un pasaje que le llevó hasta la red de alcantarillas. Sombra calculó que no podían andar muy lejos; incluso aunque Mario recurriera a algún truco que el vampiro desconociera, con el lastre de su ayudante no avanzarían rápido. Además, no sabían que estaban siendo perseguidos en aquel momento.

Sombra no hacía el menor ruido. Sus pasos eran silenciosos incluso cuando pisaba algún charco. Gracias a su agudeza visual, no necesitaba luz artificial. Se diría que ni respiraba. En plena oscuridad, mezclándose con los habitantes de aquellas cloacas, Sombra se sentía en su medio, hasta potenciaba sus sentidos. La única pega era el olor.

No tardó en captar sus voces. La del tal Aarón con mayor claridad. No estaban

demasiado lejos. Apretó el paso cuanto pudo, sin llegar al punto de que sus pisadas resonaran. Le llegó el sonido de una nueva voz, más joven, femenina. Sombra se detuvo para escuchar, pero no se encontraba lo suficientemente cerca como para entender la conversación. Debía de tratarse de una bruja. Definitivamente, Mario mantenía en secreto sus negociaciones con los brujos si concertaba las reuniones en un lugar tan perdido. La importancia de esas negociaciones debía de ser inmensa.

—¡Cerrad la boca de una puta vez!

Esa voz era nueva, masculina, fuerte y joven al mismo tiempo. Retumbó en las paredes con un estruendo; puede que media ciudad la hubiera sentido. Si no se equivocaba, provenía de un lugar diferente a donde estaba Mario.

Sonaron pasos apresurados, de gente corriendo, algunos más pesados. Sombra también corrió, venían en su dirección.

—¡Que os calléis ya!

La misma voz que había gritado antes. Solo que en esta ocasión no había oído a nadie que estuviera hablando. Se produjo un golpe, como de un cuerpo cayendo al suelo.

El vampiro abandonó el sigilo. Saltó, dio dos zancadas largas, una de las cuales aplastó una rata, saltó de nuevo, se agarró a una tubería, se dejó caer por unas escaleras, aterrizó con suavidad, giró en el suelo y se levantó.

Conocía el lugar en el que se encontraba, una vía abandonada hacía mucho. Los antiguos raíles no discurrían paralelos, sino retorcidos y oxidados. La pared de enfrente estaba derruida, al igual que una de las bocas por las que en otro tiempo se debió de acceder allí. Dos runas iluminaban la estancia, ambas pintadas en la pared que aún se mantenía más o menos entera. Apoyado contra esa pared había un chico sucio y harapiento. A sus pies, boca abajo, yacía Aarón, el acompañante de Mario. Sombra apreció un movimiento en su espalda. Respiraba.

El muchacho era un brujo, de los más mayores; tendría quince o puede que dieciséis años. Se cubría la frente con la mano derecha y apretaba. Algo había salido mal en la negociación con Mario Tancredo.

—Saludos —dijo Sombra acercándose—. No deseo interferir en vuestros asuntos, pero necesito a ese hombre con vida, si no es molestia. En cuanto me diga dónde está su jefe, te lo devuelvo para que continuéis vuestra charla.

El chico miró al frente, no a Sombra ni a Aarón. Se frotó la frente con fuerza.

—Estoy harto de charlas —dijo con tono amenazador.

—¿Otra vez tú? —preguntó Mario Tancredo. Se acercaba caminando con tranquilidad, sin ningún arma a la vista—. No vas a tocar a mi hombre. Lárgate, vampiro. Empiezas a irritarme.

—¡Lárgate! ¡No es asunto tuyo! —chilló el brujo.

Miraba al suelo con las dos manos en la cabeza, por lo que Sombra no tenía claro a cuál de los dos se lo había dicho.

—Enseguida me iré, chico. Solo me interesa él —dijo señalando a Mario.

—¿Y a mí qué me importa? —El chico se dio la vuelta. En dos pasos veloces cargó contra la pared y la embistió brutalmente con la cabeza—. ¡Ya basta! ¡Callaos, joder! ¡Los dos!

Aarón recobró el conocimiento en ese instante, tal vez debido a las vibraciones causadas por el golpe de cabeza contra la pared. El esbirro de Mario Tancredo observó atónito la escena. Se alarmó al ver a Sombra, pero recobró la serenidad tras consultar a Mario con la mirada.

El muchacho, con los ojos en blanco, se sacudió el polvo de la cabeza. Luego hizo un gesto con la mano, como si quisiera agarrar el aire. Se tambaleó, pero conservó el equilibrio. Volvió a llevarse las manos a la cabeza.

Sombra reconsideró la idea de que fuese un brujo. Era delgado y estaba sucio, su edad y su aspecto concordaban, pero la fuerza con la que había estrellado la cabeza contra la pared y el hecho de que no se la hubiera partido le hicieron cambiar de opinión. No tenía conocimiento de que la fuerza de los brujos superara a la humana.

—Pensaba que atacabas de día —dijo Mario—. ¿De pronto te has vuelto prudente? Eso sería una muestra de que vas aprendiendo, de que evolucionas. Por desgracia, los idiotas no cambian, así que debe de haber otra explicación.

El chico se levantó de repente y con una mano agarró a Mario Tancredo por el cuello y lo alzó en el aire. Definitivamente no era un brujo. Y era muy fuerte.

—¡Yo no te maté, gilipollas! ¡Quería suicidarme! —gritaba descontrolado—. ¡Cállate! ¡Nunca has entendido nada! ¡Nunca! ¡Me das asco!

Aquello era nuevo para Sombra. Nunca antes habían matado a una de sus víctimas en su presencia. Se preguntó si el contrato tendría validez en caso de que aquel chaval apretase un poco más la mano que estrangulaba a Mario. Valoró intervenir y detenerlo para ser él quien matara a Mario, pero el chico estaba fuera de sí y bastaría un leve movimiento de su mano para quebrar el cuello del millonario.

—Estás confuso —dijo Mario Tancredo en un susurro—. Llevas días perdido, por eso estoy aquí. He venido a buscarte. Yo sé quién te mató. Y tú también.

Los temblores del brazo del muchacho desaparecieron, aunque no liberó a Mario, quien tampoco trataba de soltarse. Se mantenía sereno para tener los pies en el aire.

—¿Estoy muerto? —preguntó el chico.

—No —contestó Mario—. Pero querías morir. Lo intentaste. Y no fue culpa tuya. Alguien os obligó, ¿recuerdas? Pregúntales, si no me crees.

—¿Es verdad?

Sombra intercambió una mirada con Aarón. Ambos estaban igual de confusos.

—¡Cerrad la boca, imbéciles! —rugió el chico, a pesar de que nadie había pronunciado una palabra—. ¡Los dos a la vez no! No entiendo una mierda. Solo uno, joder. Y a ti ni se te ocurra decir una palabra.

—Padre —dijo Mario.

El chico sacudió la cabeza.

—No puedo recordar a mi padre —se lamentó—. ¿Le conoces?

—Tu padre biológico no. Hablo de un anciano que…

—¡Padre!

El chico bajó el brazo pero no soltó la mano del cuello de Tancredo.

—Eso es —dijo Mario con más seguridad, ahora que pisaba el suelo—. Sigue por ahí y lo recordarás todo. Lo que os hizo… Recordarás también cómo llegar hasta él.

—Está… aquí abajo.

—Exacto. ¿Ves como todo fluye? Los recuerdos te inundarán ahora. Debes asimilarlos sin que te abrumen. Y debes hacer lo único que se puede en tu caso…

—¡Lo mataré! —gritó el chico.

Soltó a Mario y se giró hacia Sombra. El vampiro maldijo. Ese zorro había controlado al chaval y lo había vuelto contra él. Cuando trabajaba, no acostumbraba a matar a nadie —a menos que fuera indispensable—, excepto a la víctima. Decidió empezar con una bofetada contundente, que lo estampara contra la pared y le quitara el sentido. La cabeza del muchacho apenas se movió. Primer error: había subestimado la fuerza de su oponente, a pesar de las muestras que le había proporcionado. La réplica fue inmediata. Sombra se libró gracias a sus extraordinarios reflejos y su agilidad. Se echó al suelo, rodó y se alejó.

El puño del chaval acabó empotrado en la pared, donde abrió una grieta. Al retirar el puño, un cascote enorme se desprendió y cayó al suelo. La pared amenazó con venirse abajo, pero el chico no pareció amedrentado. Agarró el cascote como si fuera solo un globo de aire y lo arrojó contra el vampiro.

De nuevo los reflejos de Sombra le ayudaron a evitar el impacto. El cascajo dio en una columna y la reventó en pedazos, esa y la que se encontraba justo detrás. La roca terminó abriendo un enorme agujero en la pared del fondo.

El temblor se propagó por todas partes. Se desprendieron escombros del techo, se derrumbó la pared dañada y todo se vino abajo. Sombra trató de protegerse de la lluvia de ladrillos y piedras, hasta que algo inmenso lo aplastó contra el suelo. Debía de pesar una tonelada. Notó las costillas fracturadas. Otra roca le trituró una pierna. Los escombros continuaron cayendo sobre las rocas que lo tenían contra el suelo. Y luego, con un estruendo, llegó el último impacto, el que haría que todo lo anterior parecieran caricias.

La estancia entera se vino abajo. Toneladas de tierra, ladrillos y rocas lo sepultaron.



7

—¡Aquí! ¡He encontrado a uno! —gritó el sargento.

El suboficial Andino, del cuerpo de bomberos, ordenó de inmediato que prestaran apoyo al sargento, que había desaparecido por una cascada de escombros hacia las profundidades. Dos bomberos más iniciaron el descenso.

—¡Informad! —exigió Andino.

—¡Es un hombre joven! —respondió el sargento—. Presenta múltiples contusiones y… No veo bien. Hay que sacarlo de aquí. Lo he inmovilizado lo mejor que he podido.

Andino sopesó la situación. Ningún sanitario podría descender por aquel derrumbamiento para atender al herido. Ya corrían un riesgo considerable de que la estructura se viniera abajo y los sepultara también a ellos.

—¡Adelante! ¡Moveos! ¡Os quiero fuera a todos en menos de un minuto!

—¡Oído, jefe! —contestó el sargento—. Despliega la… ¿Qué coño haces? Primero inmoviliza la cabeza. ¿Eres un maldito novato?

Andino oyó la discusión desde arriba. No conseguiría nada gritando, así que esperó que tuvieran el sentido común suficiente para organizarse y salir de esa ratonera cuanto antes. Sobre ellos había toneladas de tierra y escombros que no aguantarían eternamente. Los trabajos de apuntalamiento no bastarían. Más arriba los médicos atendían a los heridos y los policías trabajaban para mantener el orden.

Habían encontrado a dos muertos en un vagón del metro que se había hundido al abrirse aquel monumental agujero.

El sargento asomó por fin la cabeza, seguido del hombre que habían encontrado y de uno de los bomberos que le ayudaba a subirlo.

—No estáis todos —gruñó Andino.

El sargento, que jadeaba y se había tumbado boca arriba para recobrarse, se

incorporó de inmediato. Se asomó de nuevo por la fisura.

—¿Qué demonios haces, novato? ¡Te dije que me siguieras!

—¡He encontrado a otro! —gritó el novato—. Lo subo. Puedo yo solo.

El sargento miró al suboficial. Andino asintió a esa mirada.

—Id por él.

—En marcha —le dijo el sargento al otro bombero.

Desaparecieron de nuevo. Andino aprovechó para examinar a la persona que habían rescatado. Estaba tan sucio que… El examen concluyó deprisa. No tenía pulso. Lo comprobó de nuevo mientras el sargento berreaba órdenes a los dos bomberos. Aplicó un masaje cardíaco sin resultados. Si de verdad estaba vivo cuando el sargento lo encontró, había muerto durante el ascenso. El pobre desgraciado tenía un hombro dislocado, la mano tan destrozada que resultaba irreconocible, la tibia había rasgado el pantalón, el pie derecho estaba torcido hacia atrás, varias costillas hundidas… Andino no quería ni imaginar en qué estado se encontrarían los órganos internos de aquel tipo. No podía haber estado vivo cuando el sargento lo encontró.

Se acercó de nuevo a la brecha de la que provenían las protestas del sargento.

—¡Subid de una maldita vez! —Ladró.

—Sujétalo, joder. ¡Con cuidado!

—¡Eso intento! ¡Quita la mano de ahí, que no me dejas espacio!

Andino se disponía a bajar él mismo a imponer orden cuando un sonido a su espalda lo sobresaltó. Se giró con temor, por si el ruido fuera el anuncio de un nuevo derrumbamiento. Pero no era eso. El hombre que no tenía pulso se había incorporado hasta quedarse sentado. Tenía los ojos en blanco y movía la cabeza de un lado a otro, claramente desorientado. La oreja derecha se le desgarró y quedó colgando, goteando sangre. El herido alzó el brazo hasta dejar el muñón en que se había convertido su mano justo delante de sus ojos. Con una pierna rota y otra retorcida en un ángulo antinatural, parecía un muerto viviente.

—¡Santo dios! —Andino corrió a su lado—. Creí que estaba… Túmbese. Lo sacaremos de aquí, amigo. Todo irá bien.

El herido abrió la boca, probablemente para decir algo. En lugar de su voz salió un chorro de sangre que le empapó el pecho. Con cuidado, Andino lo empujó para tumbarlo de nuevo. No lo consiguió. El superviviente se mantenía rígido.

—¿Pero qué…?

Los ojos del hombre enfocaron y vieron a Andino, a un palmo escaso de distancia. Entonces el suboficial creyó distinguir algo blanco entre el amasijo sanguinolento de su boca, dos finas líneas que crecían hacia abajo. Andino apenas fue consciente de lo que ocurrió después. Con un movimiento rápido y repentino, el herido inclinó la cabeza hacia su cuello y el suboficial sintió dos aguijonazos. Trató de revolverse, pero el muñón deforme y ensangrentado le sujetaba con una fuerza que no podía vencer.

El pánico amortiguó el dolor en el cuello, pero no el frío que se extendía por su

cuerpo. Las fuerzas le abandonaban, se le nublaba la visión. Pronto se encontró tan débil que no pudo ni sostener su propia cabeza. Mientras, el herido continuaba aferrado a su cuello y sorbía con avidez.

Cuando lo soltó, le dejó tendido en el suelo. Andino no podía moverse ni hablar, no era consciente de nada más que del frío desgarrador que lo recorría. Aún le quedaba consciencia para asistir a lo más increíble que había visto en la vida que sabía se le agotaba. El muñón de aquel hombre empezó a estirarse, a cobrar la forma de una mano; le crecieron los dedos entre crujidos. Movió los hombros y la espalda, para recolocar los brazos. La piel de la oreja se regeneró en segundos y regresó a su lugar. Cuando se levantó, las piernas estaban rectas.

—Gracias por salvarme —dijo el hombre—. Mi más sincera admiración para el honorable cuerpo de bomberos.

Dijo algo más, pero Andino no lo entendió. Ya no oía nada. Ni veía. Y entonces dejó de sentir por completo.



Brillaba un sol cegador. Eso fue lo primero que le extrañó a Susana. Se colocó la mano a modo de visera sobre los ojos, a pesar de llevar gafas de sol. Repasó los alrededores, barrió la calle a un lado y a otro.

—Maldición —murmuró.

Tuvo que usar la mano para cubrir la pantalla de su teléfono móvil porque era imposible ver nada a plena luz del día con aquel sol. Se retiró las gafas para ver mejor. Al fin logró distinguir los detalles, que se mezclaban con su reflejo, tras cobijarse a la sombra de un árbol. Tenía que acudir urgentemente al oculista o comprarse un teléfono con una pantalla mejor. Posiblemente, ambas cosas.

Sí, la ubicación era correcta, aunque quizá había que contar con cierto margen de error en las localizaciones por GPS, puede que de varios metros. Se guardó el teléfono y miró de nuevo. A pocos pasos de distancia divisó un callejón estrecho, y lo mejor de todo, a la sombra. Tuvo una corazonada. Avanzó en esa dirección, sorteando la basura. Un poco más adelante había mal colocada una rejilla de la red de metro. Daba la impresión de que la hubieran levantado o arrancado. A pocos metros de distancia se desperdigaba la inmundicia, periódicos y cartones, botellas, ropa desechada, y una manta sucia y llena de remiendos. Susana levantó la manta.

—¡Por dios!

Debajo encontró a Sombra, pálido y más delgado.

—El coche… ¿está a la sombra? —preguntó el vampiro.

Su voz sonaba débil, apenas un susurro.

—Espérame aquí.

Sombra le había contado que los vampiros podían tolerar la luz indirecta, aunque los debilitaba. Sin embargo, el estado en el que se hallaba Sombra no podía ser solo producto de la luz, su aspecto era el de un enfermo terminal. Como no quería arriesgarse, llevó el coche hasta el callejón. Aparcó justo delante del montón de basura y se dio prisa. No fue una buena señal que Sombra le permitiera que lo ayudara para montarse en el asiento de atrás.

—Trae la manta —pidió el vampiro.

Sombra se tumbó y se cubrió con ella.

—¿Adónde? —preguntó Susana arrancando el coche.

—A un hotel en las afueras. Cerca de alguna boca de metro estaría bien.

Susana condujo por zonas de sombra cuando le era posible.

—¿Por qué me has llamado a mí?

—Si otros vampiros se enteran de lo que ha ocurrido… ¿Y Eva?

Susana se detuvo en un semáforo.

—Está en casa de una amiga. Esteban trabaja hasta muy tarde. ¿Qué demonios te ha pasado? Creía que nadie podía con un… —A Susana le costaba decir «vampiro» para referirse a su cuñado—. ¿Es por el sol?

—Me sepultaron bajo toneladas.

Varios coches pitaron detrás de Susana. No se había dado cuenta de que el semáforo se había puesto en verde. Aceleró, a punto estuvo de chocar contra una moto. Cambió de carril y se acomodó a la velocidad del tráfico.

—El derrumbamiento del metro… —murmuró Susana—. Ha muerto gente, ¿lo sabías? Dios, Sombra, ¿es que no puedes limitarte a matar solo a tu víctima?… Pero qué estupideces digo. ¿Oyes las cosas que me haces decir? —Susana descargó un puñetazo contra el volante—. ¿Ha sido Mario? Fuiste a matarlo, ¿no?

—Mario Tancredo está muerto —dijo Sombra—. Si yo apenas sobreviví, es imposible que él lo hiciera.

—Olvidaba que tú nunca fallas —dijo Susana con cierto asco—. Entonces, ¿por qué sigues preocupado por Eva? No lo has matado, me estás mintiendo. Dime la verdad o te juro que te arranco esa manta apestosa y dejo que te tuestes al sol.

—Está muerto —aseguró Sombra—. Pero hay otro peligro mucho mayor.

—¿Quién? ¿Ya tienes otro contrato? No puedo creerlo.

—Ve por alguna calle del centro, con edificios altos.

—¿No querías ir a las afueras?

—Por favor —pidió el vampiro.

Susana bufó, pero se desvió. La pitó un coche porque no indicó el cambio con el intermitente.

—¡Zorra! —le gritó un conductor.

—¡Que te den por culo! —respondió ella—. Ahora explícame cuál es ese peligro. Me estoy cansando de ti, Sombra, de tu vida, de tener a mi familia en vilo, pendiente

de tus chanchullos. Dijiste que algo así no pasaría nunca. ¿Cuántas mentiras más nos has hecho tragar durante todos estos años?

—Lo siento —se disculpó Sombra—. No es fácil de explicar. ¿Recuerdas la historia que nos contó Esteban sobre aquel chico bocazas que había hecho sus necesidades en un coche de la policía? Ese crío trabaja para un hombre al que llaman el Gris. Y el Gris organizó todo para que fuera Esteban quien presidiera el juicio, o un colega suyo. En cualquier caso para que se enterara de todo.

—No lo entiendo.

—El chico, que se llama Diego, es… peculiar. Siempre llama la atención. El Gris sabía que Esteban oiría hablar de ese juicio y que, de un modo u otro, la historia llegaría hasta mí. El Gris me está enviando un mensaje: sé quién eres, sé quién es tu hermano, tu cuñada…, y Eva.

Susana dio un respingo que hizo que el coche invadiera el carril de al lado, que por suerte estaba vacío.

—Si algo le pasara a Eva…

—Mataré al Gris —prometió Sombra—. Ha amenazado a mi familia y lo ha convertido en algo personal. Créeme, no hay nadie a quien odie más en este momento.

Susana no habló durante un rato. Tenía que digerir tantas malas noticias y no sabía cómo.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Sombra? ¿Por qué me mezclas en tus asuntos?

—Porque me lo has exigido. Y te entiendo. Eres una mujer fuerte, Susana. No considerarías desplazar a tu familia sin una explicación. Podría haberte mentido, haber inventado algo… Tal vez debí hacerlo. Pero tú puedes soportar la verdad.

—Guárdate tus halagos —protestó ella—. Cuando mi hija no esté en peligro por tu culpa, podrás leerme poesía, si quieres. Vas a hacer mucho más que matar al Gris ese. Vas a desaparecer de nuestras vidas. Puedes inventar historias, has dicho. Pues ve pensando una buena para que tu hermano y tu sobrina acepten que ya no te verán más. Piensa en una despedida, o desaparece sin más. Miente. Pero en cuanto mates a…, a todo el puto mundo que has puesto en nuestra contra, entonces te irás.

Susana esperaba una negativa cargada de argumentos, incluso temía que Sombra lograra ponerla de su parte. Labia no le faltaba. Sin embargo, el vampiro guardó silencio.

—En cualquier caso, necesitas curarte. —Susana se sentía culpable en ese silencio—. No vas a matar a nadie así. Estás hecho una birria.

—No es problema —dijo Sombra—. Para el coche.

—¿Qué?

—¡Detente!

Susana obedeció. Estaban cerca del centro de Madrid. Había edificios lo suficientemente altos para proyectar una sombra grande y extensa.

El vampiro se incorporó en la parte de atrás.

—¿Me prestas tus gafas de sol?

—¿No irás a salir? —Se espantó ella.

Por más que la situación empeorara, a la hora de la verdad, no podía evitar preocuparse por él. Eso la enfermaba más de lo que admitiría nunca.

—Tienes razón —dijo Sombra—. Necesito restablecerme o no serviré de nada. Espérame aquí. No tardaré.

—No, no vas a…

—No me obligues a inventarme algo. —Sombra se detuvo con la mano en la puerta del coche—. Espérame. Piensa en otra cosa. Piensa que pronto te librarás de mí para siempre. Piensa que lo que va a pasar no es culpa tuya. Yo soy como soy. Y tú eres una gran mujer que no tiene por qué saber la verdad en esta ocasión.

Asintió con los labios apretados. Lo vio tambalearse por la acera como un borracho, pegarse a la pared, alejarse de la luz. Se quedó mirando la calle por la que Sombra desapareció. Trató de no pensar en quién sería el elegido, en cómo sucedería, en qué se sentiría en un momento así. No lo consiguió.

Pocos minutos después, Sombra regresó. Ahora caminaba erguido y con soltura.

—Arranca —dijo tras subir al coche.

Susana no podía despegar la vista de él.

—¡No preguntes y arranca de una vez! —Se enfureció Sombra—. No ha pasado nada de tu incumbencia.

—Lo sé. —Puso el coche en marcha. Ahora solo veía una manta abultada en el espejo retrovisor—. Límpiate. Tienes restos de sangre en la barbilla.



Los párpados le pesaban una tonelada. Aarón ya creía que se los habían cosido cuando recibió el aguijonazo de la luz incidiendo en sus ojos. Trató de taparse con la mano y entonces reparó en que los párpados no eran la única parte de su cuerpo que parecía de plomo.

Estaba tumbado en una cama alta, en una sala sin decoración, equipada únicamente con una televisión frente a él. Comprendió que se encontraba en un hospital. Giró lentamente la cabeza. Había un hombre sentado a una mesa, absorto en la lectura de unos papeles. Su rostro era un borrón.

Entró alguien con una bata blanca, supuso que sería un médico. Aarón advirtió una expresión de sorpresa en el doctor. Su visión mejoraba.

—¿Cómo es posible? —preguntó, revisando una carpeta—. El paciente tenía varios huesos fracturados, por no hablar de…

—Se equivoca —le interrumpió el que leía en la mesa, levantándose y

acercándose al médico—. Debe de referirse a otro paciente.

La visión de Aarón ganó mayor nitidez. Además, reconoció aquella voz: era Mario Tancredo.

—No hay ningún error —dijo el doctor—. El informe es claro.

Mario se lo arrebató de las manos.

—El informe está mal. Su paciente es otro. Ahora lárguese o no volverá a trabajar en mi hospital. ¿Queda claro?

El médico asintió y desapareció de la habitación sin rechistar.

—¿Cuánto…? —Trató de decir Aarón.

—Tres días —contestó Mario—. Tranquilo, estás bien. Dos días más y podrás levantarte, aunque hará falta más tiempo antes de que te restablezcas por completo.

—¿Tú… estás bien?

Ahora recordaba el derrumbamiento. El techo resquebrajándose, el estruendo, el polvo que los engulló en un instante.

—Perfectamente —dijo Mario—. Tuve suerte. Tú te llevaste la peor parte.

Aarón recordaba sus piernas aplastadas bajo un cascote enorme. Intentó doblarlas y, aunque le costó, parecían intactas. También recordó los ladrillos y las rocas golpeándolo y enterrándolo vivo.

—Debería estar muerto.

—Cierto —convino Mario—. Te dije que no me acompañaras, que no persiguieras a la bruja, que cerraras la boca… En fin, pocos he visto más idiotas que tú durante su iniciación.

Aarón quería decir muchas cosas, pero no podía. Le suponía un gran esfuerzo mantener la conversación y concentrarse, y le zumbaba la cabeza. No obstante, sabía que Mario tenía razón.

—La he… cagado —murmuró—. Lo siento.

—No lo sientas. Eso no me sirve de nada.

—¿No me vas a despedir?

—Solo hay dos tipos de personas que no se equivocan nunca —dijo Mario—: los personajes de ficción y los que no se arriesgan y no hacen nada. Ahora prestarás más atención a lo que te diga. Ya no es un juego, ¿verdad? Ahora es menos divertido. El peligro es real.

—¿El vampiro murió?

—No lo creo —repuso Mario—. Sería mucha suerte que una roca le hubiera aplastado la cabeza y se la hubiera arrancado del cuerpo. Olvídate de él. Nuestra prioridad es otra.

Aarón cerró los ojos y suspiró.

—Fuiste tú… Me salvaste.

—Esta es tu última oportunidad —le advirtió Mario—. Dentro de tres días, doy una rueda de prensa. Quiero que te prepares bien. En esas carpetas tienes toda la documentación para ponerte al día.

—Dijiste que necesitaba tiempo para recuperarme. ¿Ya te vas?

—Tengo trabajo —dijo Mario sin volverse—. Si no lo tienes preparado todo para la rueda de prensa, no te molestes en volver.

—Mario, espera.

—¿Qué pasa?

—¿Te importaría acercarme la carpeta para que pueda leer en la cama?



8

En la tienda de electrodomésticos de segunda mano, el ambiente estaba cargado de un olor que Susana no reconocía. Parecía una mezcolanza de varios aromas. Uno de ellos era de madera, de eso sí estaba segura. Los tablones del suelo crujían bajo sus tacones. Alrededor se amontonaban microondas, secadores de pelo, televisores de tubo, una máquina de escribir, un aparato calefactor, instrumentos musicales. El estado de todos los artículos era más que cuestionable. Ninguno de ellos tenía la etiqueta del precio.

Se detuvo ante un extraño repertorio de… palos que colgaba de la pared. Le vino a la mente aquella ocasión en que visitó una exposición similar en una tienda de juguetes; se trataba de una colección de varitas de Harry Potter.

—¿Puedo ayudarla, señora?

Susana se giró, pero no vio a nadie. Sin embargo, la voz había sonado alta y clara. Se inquietó. Aguzó el oído y percibió un ruido al otro lado del mostrador, una tabla cochambrosa ubicaba al fondo. Una pequeña cabeza asomó cuando estaba a un paso de distancia. Era un niño delgaducho y un poco sucio, con los ojos grandes y curiosos.

—No te había visto —dijo Susana.

—Encantado —dijo el niño con una sonrisa. Sus dientes blancos contrastaban con la mugre del rostro—. Bienvenida. ¿Le interesa algo de la tienda?

—Eh… sí. ¿Puedes llamar a tu padre?

—Mi papá no está. Yo me encargo de la tienda.

—¿Tú? —se extrañó Susana.

No podía tener más de ocho años. Y había considerado esa edad por lo bien que hablaba. De haberse basado en su estatura, habría dicho que tenía seis años, como mucho. Su cabeza apenas sobrepasaba la altura del mostrador.

—Para lo que guste. —El chaval inclinó la cabeza.

Susana trató de pasar por alto su opinión personal respecto a la explotación infantil.

—Pues la verdad es que quería comprar un… dispositivo para enviar mi localización a otro dispositivo.

El niño asintió con interés.

—Tengo lo que necesita, mi bella señora.

La cabeza desapareció. En su lugar, apareció luego una caja de un tamaño considerable, sujeta por dos pequeñas manos en los extremos. El chico tenía dificultades para colocarla en el mostrador. Susana no sabía si al pobre niño le molestaría que le ayudara. Le había dado la impresión de que era un pequeñín muy orgulloso.

Un par de jadeos después, volvió a verle la cara al muchacho, visiblemente satisfecho. Le costó un poco levantar la tapa de la caja.

—Aquí hay una amplia variedad de dispositivos al mejor precio. Me permito señalar que este modelo cuenta con la mejor señal de GPS que…

—No quiero un teléfono móvil —le interrumpió Susana.

El semblante del chico se ensombreció. Apartó a un lado la caja con los teléfonos de segunda mano.

—Lamento haberla entendido mal, señora —dijo con preocupación—. Le puedo asegurar que contamos con el artículo que precisa. Creo que en el almacén tenemos unos *walkie-talkies* con muy poco uso…

—Tampoco es eso.

—Ya veo. ¿Qué me dice de un teléfono de los de antes? Con dial y todo.

—Me sorprende que alguien tan joven sepa cómo eran antes los teléfonos y más aún que se refiera a ellos como «los de antes».

—Comprendo —dijo el niño—. Culpa mía. Usted es una mujer moderna y hermosa, como resulta evidente. Tengo un ordenador portátil perfecto para sus necesidades. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Qué bobo soy —dijo con una risita —. Me estaré haciendo mayor.

—En realidad tampoco es eso. Lo que ando buscando es…

—¿Un equipo de radioaficionado?

—Eh…, no. Es que…

—¡Deme otra oportunidad! —Se agitó el crío—. Lo tengo. Sé que tengo lo que quiere. No puede pasarme esto con mi primer cliente.

Parecía a punto de romper a llorar.

—¿Soy tu primer cliente? —preguntó Susana. El niño asintió, se sorbió los mocos —. Lo estás haciendo muy bien, de verdad. Serás un gran dependiente.

—¿De verdad? —preguntó esperanzado.

—Sí, sí —dijo muy rápido Susana—. Pero… a lo mejor eres un poco pequeño para trabajar solo en una tienda. ¿No crees que eso es cosa de adultos?

—¡Eso me dicen los mayores! —El chico se cruzó de brazos—. ¡Puedo hacerlo! Soy perfectamente capaz de satisfacer las necesidades de cualquier cliente que entre por esa puerta. —De pronto se desinfló, se le cayeron los brazos y los hombros, volvió a agachar la cabeza—. Nadie me cree —sollozó—. Dicen que soy muy pequeño… ¡Pero ya tengo siete años!

—Claro, claro —dijo ella, conciliadora—. Y eres muy bueno. El único fallo es que no me has dejado hablar…

—¡Lo sabía! Sabía que no estabas satisfecha. —El chaval se había descontrolado del todo—. Yo puedo dejar satisfecha a cualquier mujer. ¡No! No quería decir eso. Es decir… ¡Se me ha escapado! Como cuando dije que usted era hermosa… ¡No tenía connotaciones sexuales! Me advirtieron que las mujeres eran más complicadas… Ahora querrá poner una queja, ¿verdad? ¡Lo sabía! Quedará anotado en el libro de reclamaciones y…

Susana parpadeó en el más absoluto asombro. Un mocoso de siete años preocupado por las connotaciones sexuales de sus palabras mientras intentaba atender a una cliente… No sabía qué decirle.

—Ella viene conmigo —dijo Sombra entrando por una puerta lateral cubierta por una cortina.

El niño se serenó inmediatamente al ver al vampiro.

—Estimado Sombra. Qué bueno volver a verte.

Sombra advirtió la expresión de perplejidad en el rostro de Susana. Se acercó a ella.

—¿Algún problema? —susurró.

—No lo sé —contestó ella, molesta—. Ni siquiera entiendo qué ha pasado. ¿Dónde estabas?

—He tenido que dar un rodeo para usar otra entrada. Es de día. ¿Le has dicho algo al niño?

—He intentado pedirle eso que me dijiste, pero…

—Debiste esperarme —la cortó Sombra de mala manera—. Te dije que yo lo compraría.

Susana guardó silencio. Sombra siempre era amable con ella, nunca le daba órdenes ni se mostraba autoritario. En otras circunstancias se habría enfadado, pero comprendía los problemas que atravesaba el vampiro y, además, aún estaba algo desconcertada por lo sucedido con el niño que aspiraba a ser un gran dependiente de una tienda de segunda mano.

—Quiero una runa de localización en un colgante discreto —le dijo Sombra al chico—. La de siempre. Anótalo en mi cuenta.

—Ahora mismo —dijo el niño. Susana creyó ver que el pequeño le guiñaba un ojo a Sombra y que este se lo devolvía. Luego lanzó una mirada fugaz a Susana—. Una elección excelente —añadió, repuesto completamente de su disgusto, y desapareció tras otra cortina.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Susana.

—Piensa que eres mi víctima, que te voy a morder —explicó Sombra—. Es mejor así. El localizador que te voy a dar lo utilizan muchos vampiros con… sus conquistas.

—Qué encantador, de verdad —ironizó Susana—. Me encanta tu mundo. ¿Me explicas ahora por qué no puedo simplemente llamarte por teléfono?

—Los teléfonos fallan. Se quedan sin batería. La señal de GPS no es cien por cien precisa, se pueden anular o interferir. Se quedan sin cobertura en ascensores, aparcamientos subterráneos, el metro… Lo que te voy a dar no falla nunca. Si alguna vez estás en peligro, me enviará tu ubicación exacta, en cualquier circunstancia. Además, en el improbable caso de que alguien de… mi mundo advirtiera qué es en realidad, no le extrañaría porque pensaría lo mismo que el chaval.

—Que soy la futura presa de un vampiro —dijo ella con desdén.

—Considéralo un piropo. Los vampiros no suelen intentar convertir a gente poco favorecida.

De lo contrario, los vampiros poco agraciados tendrían más dificultades para enamorar a futuras presas que les entregaran sus almas para poder ser convertidos. Todo muy lógico, muy bien pensado. A Susana le entraron náuseas.

El niño regresó con el colgante. Sombra lo estudió un momento y asintió.

—Póntelo —le dijo a Susana.

—No pienso llevar algo tan feo.

—¡Que te lo pongas! —ordenó Sombra.

A regañadientes, Susana lo cogió y lo miró con detenimiento. El amasijo metálico que colgaba de la cadena era espantoso, pero lo que de verdad le molestaba era que parecía oxidado. Se lo puso por debajo del jersey para ocultarlo, pero encima de la camiseta, de modo que no estuviera en contacto con la piel.

—Nos vemos en el hotel —se despidió Sombra.

Susana se alegró de ir por su cuenta y tener un poco de tiempo para serenarse. Tomaría un taxi, mientras que Sombra iría en metro para evitar la luz del sol, así que ella llegaría primero. Se sintió tentada de probar a utilizar el colgante, pero desistió porque sabía que Sombra acudiría, incluso a plena luz del día. O al menos eso creía. Había cambiado mucho desde que se había enterado de que Mario Tancredo seguía vivo. Se había vuelto más arisco y autoritario, menos atento. Pero no por eso dejaría de protegerlos.

Pensaba que el peor de los problemas de Sombra era la soberbia. El vampiro aseguró que Mario no podía haber sobrevivido al derrumbamiento del metro, y sin embargo se había equivocado. El asesino que nunca fallaba había cometido un error de cálculo. No porque Mario continuara con vida, sino por prometerle a ella que había muerto. Sombra era más infantil de lo que parecía, después de todo.

Pagó al taxista y subió a la habitación del hotel. Deseaba tumbarse un rato en la cama mientras esperaba a Sombra, pero ya estaba ocupada.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—¿Cómo has tardado tanto? Presta atención. No te he llevado a esa tienda porque sí. Si me sucediera algo o no pudiera acudir a tiempo en vuestra ayuda, quiero que vayáis a ese lugar.

—¿Qué te va a…?

—Calla y atiende. Enseñarás el colgante a uno de los niños, así sabrán que no eres… una clienta cualquiera. Luego pedirás una habitación y te darán todo lo que necesitéis. Lo cobrarán de mi cuenta.

—¿Te refieres a una cuenta bancaria?

—En cierto sentido —contestó Sombra—. Solo que se trata de un banco que manejan esos críos.

—Me tomas el pelo.

El vampiro se levantó de la cama con un movimiento muy rápido.

—¡No estás prestando atención! ¡Y yo no bromeo! No saldréis de ahí hasta que tengáis noticias mías. Y si muero, esos niños os dirán qué hacer. ¡Nada de preguntas! Lo harás y punto. No existe un lugar más seguro. La tienda no es más que la punta de un iceberg, un miserable pedazo de algo gigantesco que se oculta debajo, mayor que un rascacielos. ¿Lo has entendido? —Susana asintió—. El último detalle. No debes dejar que Eva hable con ninguno de esos niños, y sería mejor que tampoco lo hiciera con adultos, aunque eso no es tan importante. No es broma. Esos niños quieren a Eva.

—¿Cómo que la quieren?

—La engatusarán, la seducirán, le ofrecerán lo que ella desee, la manipularán para que se sienta feliz y plena como nunca. Vigílala, son muy persuasivos.

Susana se quedó callada, pensativa. Se acercó a Sombra.

—Nunca te había visto de este modo. No sé quién es ese Gris ni esos niños que supuestamente nos protegerán, pero que al mismo tiempo quieren algo de Eva. Sí, te creo, sé que quieres lo mejor para nosotros. Pero no eres tú mismo. Ya no rebosas seguridad. No puedes hacerlo solo, Sombra.

—Puedo.

—Háblame de ese Gris. Ahora te persigue él a ti, ¿verdad? No estás acostumbrado a ser la presa. Estás asustado.

—Es por vosotros. —El vampiro dio unos pasos nerviosos y se quedó de espaldas a Susana—. Os dije que os fuerais. Te pedí ayuda para que convencieras a Esteban. ¡Pero no me hiciste caso! Aunque la culpa es mía, no tuya. Es mi responsabilidad. Ahora vete, por favor. Tengo mucho que hacer.

—No. Me quedo. —Susana le tiró del brazo para que se volviera—. No estás solo. Y necesitarás ayuda para acabar con ese Gris. Y sé que también irás a por Mario.

—Nadie puede ayudarme —dijo Sombra—. Y no lo necesito.

—¿Arriesgarás a mi familia por tu orgullo? Yo no. No pienso hacerlo. Te ayudaré. Lucharé a tu lado. ¡No te atrevas a decirme que no! Es mi familia, no la tuya.

—No sabes lo que dices —dijo el vampiro con desdén.

—Lo sé perfectamente —aseguró ella, desafiante.

Sombra la miró a los ojos.

—No puedes hablar en serio.

—¿Me ves titubear? Déjate ya de bobadas. Tu orgullo infantil no me impresiona. Conviérteme, Sombra.

—Estás loca.

—Seremos dos vampiros. No hay otro modo de salvar a la familia.

Sombra negó con la cabeza.

—Has perdido el juicio completamente. No sé ni por dónde empezar a explicarte las implicaciones de lo que me estás pidiendo. ¡Bah! Es absurdo. Vete, por favor. Me haces perder el tiempo.

—¡No! No vas a negarme el derecho a defender a mi hija.

—¡No puedo! ¿Es que no lo entiendes? Aunque quisiera, que no es el caso, no se puede convertir a quien se quiera. No imaginas lo complicado que es. En tu caso es imposible. Para tener una sola oportunidad, una sola, tendrías que estar enamorada de mí. Así que lárgate de una maldita vez. Y céntrate, que tu familia te necesita.

Susana no se movió. Sostuvo su mirada, impasible.

—¿Has entendido lo que te he dicho? —insistió el vampiro.

—Perfectamente. En realidad, ya sabía todo eso.

—¿Y bien?

—No veo que haya ningún problema.

Ahora lo entendió. A Sombra se le desencajó el rostro, se tambaleó. Dio un paso atrás y acabó sentado en la cama.

—No… No puede ser… Mi hermano.

—Le quiero —dijo ella—. Igual que tú. Le tengo cariño, le deseo lo mejor, pero hace mucho que no estoy enamorada de él.

—No quiero oírlo.

—Entonces hazlo de una vez.

Susana se arrodilló delante de él, retiró lo suficiente el cuello del jersey para dejar la yugular expuesta.

—Pero… tú siempre me has odiado.

Susana suspiró, enderezó el cuello.

—Para ser tan inteligente, eres un completo necio. —Colocó las manos sobre sus rodillas, lo buscó con la mirada. Él rehuía sus ojos—. Qué poco entendéis los hombres. Hay que dároslo todo masticadito, bien sencillo. Yo nunca te odié, Sombra, quería odiarte, que es diferente. Pero la verdad es que siempre me has fascinado. Y esa fascinación me enfurecía más, porque no la podía controlar. Te rechacé con todas mis fuerzas, mil veces, cada vez que te veía, pero es imposible no sentirse atraída hacia ti, por tu encanto y tu inteligencia, aunque en este caso no se aprecie demasiado. Ni siquiera sabiendo a qué te dedicas conseguí olvidarte. Y bien sabes que lo he intentado.

—Yo no…

—Eso no importa, ¿verdad? Soy yo la que tiene que estar enamorada, no tú. ¿Que cómo lo sé? Porque no lo puedo evitar, aunque no me correspondas. Mírame a los ojos. Esto no se puede fingir, no se puede racionalizar. Que te niegues, que sigas preocupado por qué es lo mejor para mí, no hace sino reafirmar lo que siento.

—Ya basta.

Sombra se apartó, se levantó de la cama y fue al otro extremo de la habitación. Le temblaban las manos.

—¿Quieres que te mate? Porque eso es exactamente lo que me estás pidiendo. No hay garantías de que renazcas. En realidad tienes todas las probabilidades en tu contra, incluso aunque me quieras como dices.

—Me arriesgaré.

—Dios…, sí estás enamorada si ni siquiera eso te hace desistir. ¿Qué hay de Eva?

—Estaré con ella unos años más. Fingiré un cambio de trabajo para no verla de día. En invierno será sencillo. En unos años será adulta, hará su vida, y yo le contaré la verdad.

—Lo peor…, lo peor… —A Sombra ya no solo le temblaban las manos, también la voz— es que hayas pensado en eso. Demuestra que hablas en serio… Pero sigues sin comprender lo que significa. Tendrás que matar… ¿Qué haces? ¡Vuelve a vestirte!

Susana se quitó hasta la última prenda.

—Voy a entregarme a ti. —Se metió en la cama—. Llevo mucho esperando este momento. Ven, acércate.

—¡No!

—Estás un poco nervioso. Has pasado a ser la presa en lugar del perseguidor, el seducido en lugar del seductor. No pasa nada. Ven.

Sombra todavía se resistía.

—Tal vez no te importe lo que piense mi hermano de esto, pero a mí sí.

—Me estoy cansando de tus remilgos. Ya le arrebataste una novia a tu hermano, ¿recuerdas? La misma que te convirtió. Esteban iba a ser el vampiro pero tú te interpusiste. ¡No lo niegues!

—Nunca se lo conté a Esteban. ¿Cómo te enteraste?

—Tu hermano y tú sois tan simples como cualquier hombre —se lamentó Susana —. Esteban nunca supo qué fue de su antigua novia, pero desde que nos explicaste la relación entre el amor y la conversión… Digamos que no hay que ser un genio para atar cabos.

—Lo hice para salvarlo —dijo el vampiro a regañadientes.

—Eso dices. Venga, Sombra, te fijaste en ella precisamente porque era la novia de tu hermano. Eras un rebelde. Nunca quisiste a tu hermano de verdad. Y ahora nos proteges por el peso de la culpa, por traicionarlo. Hace años que él te perdonó, pero tú no puedes perdonarte a ti mismo. No me vengas con el cuento del honor y del sacrificio por la familia porque tú no eres así.

Sombra callaba.

—Yo sí voy a proteger a mi familia. Y tú vas a ayudarme porque es el único modo de pagar tu deuda de verdad y librarte de la culpa.

—Salvo que mueras.

—No moriré.

El vampiro sacudió la cabeza.

—No pienso hacerlo.

—¿Te has quedado sin argumentos? —Susana, desnuda, se estiró en la cama y le hizo espacio a Sombra—. Ven, acércate. Ven y mátame, pero después de que me haya entregado a ti, para que pueda renacer a tu lado.



9

—Quiero que tengas los oídos bien abiertos durante la comida con los políticos —dijo Mario Tancredo—. Se trata de identificar problemas. Y para eso, necesitamos clasificarlos.

Aarón asintió. Tras unos días en el hospital, se había repuesto lo suficiente para aparentar normalidad, aunque se sentía un tanto débil. Una minucia para alguien que debería haber muerto sepultado en el metro.

—Nos interesan los que tienen carisma y los que de verdad creen en lo que dicen, en el sistema —siguió Mario—. Estos últimos son los peores de todos, aunque por fortuna no suelen ocupar cargos demasiado altos, y son muy pocos. A los lameculos los descartamos.

—Pensaba que nos íbamos a centrar en los corruptos y los que tienen poder e información.

Mario mostró una mueca de desdén.

—Mi capital informativo es el mejor de todos, incluido el de los corruptos, con sus tratos sucios. Esos no me preocupan. Para esta chusma, el poder viene con el dinero y nadie tiene más que yo. En cambio, el carisma no se compra ni se aprende. A esos, a los carismáticos, a los que atraen votos, es a los que tienes que encontrar el modo de ponerlos de mi lado. Hundir su reputación es el último recurso, ¿me oyes? Primero quiero tratar de que su carisma trabaje para mí. Los idealistas, los que creen que la política sirve a los ciudadanos, serán los huesos más duros de roer. Piensa en cómo abrirles los ojos al mundo real. No será fácil. No hay nada más complicado que convencer a un estúpido que no sabe que lo es.

—Encontraré el modo.

La puerta de la sala de reuniones se abrió. Entró un periodista, seguido de un cámara.

—Señor Tancredo, permita que…

Mario se adelantó.

—La rueda de prensa es a última hora de la tarde. —Agarró al periodista y le empujó suavemente hacia la puerta—. Luego contestaré a todas sus preguntas y las de sus colegas. Ahora estoy trabajando. Gracias.

Cerró la puerta, tras echarlos con una sonrisa.

—Creo que vas a tener que mejorar tu relación con los medios —sugirió Aarón.

—La prensa no me preocupa. Trabajará para mí sin que se den cuenta. Me darán cobertura creyendo que destapan mis negocios y no harán más que propagar mi mensaje.

—Tú eres tu imperio —dijo Aarón.

—Exacto. La gente es idiota. ¿Has visto cuántos millonarios forman parte del partido? Y su lema es que trabajan por el bien común… Patético. La gente votará mi dinero, porque soy el más rico, porque el pueblo es estúpido y siempre lo ha sido, y no va a dejar de serlo ahora. La prensa me ayudará a que todo el país se entere bien de lo grande que es mi fortuna.

—¿No irás a decir eso en la rueda de prensa?

—Con otras palabras. No te preocupes por eso. ¿Colocaste las runas en los carteles?

—Tal y como me indicaste.

Aarón se había encargado de pintarlas. Fue su primera vez, después de estudiarlas con ahínco y practicar hasta la extenuación. Mario había contratado la publicidad en los alrededores de la sede del partido.

—Espero que no haya fallos —advirtió Mario.

—Puedes estar tranquilo. Tu seguridad está garantizada.

—Es tu seguridad la que depende de esas runas si algo va mal.

Aarón tragó saliva. Su reciente estancia en el hospital le había dotado de un gran respeto por las advertencias de Mario acerca de posibles peligros. Repasó mentalmente su trabajo sobre las runas que había colocado en los carteles publicitarios. Por primera vez estaba nervioso. Un escalofrío le trepó por la espalda.

Quizás debería repasarlas. Lo último que le apetecía era morir con el cuello perforado por los colmillos de un vampiro. Mario estaba ensimismado en el discurso que daría en la rueda de prensa, después de la comida con los peces gordos del partido, y que supondría su entrada oficial en política. Si se marchaba ahora, le daría tiempo a revisar las runas.

La puerta se abrió un segundo antes de que Aarón agarrara el pomo. Entró un hombre alto y grande. Sobre uno de sus hombros descansaba una cámara de televisión.

—Yo me encargo —le dijo a Mario—. Lo siento, amigo. La conferencia es por la tarde. ¿Los periodistas no respetáis nada? Se os informará de…

Trató de moverlo, de empujarlo por el hombro como había hecho Mario con el

anterior, pero aquel tipo no cedió ni un milímetro.

—No es un periodista —dijo Mario a su espalda—. Déjalo pasar.

Aarón se apartó a un lado. El falso periodista dejó la cámara sobre la mesa. Ese hombre debía de gastar un dineral en gimnasios y anabolizantes.

Mario se levantó.

—Erik.

—Mario.

De modo que aquel era el mago, uno de los más importantes, y en persona. Contrastaba con la idea que Aarón tenía de ellos, fabricada a partir de los tópicos del cine, la literatura o los videojuegos. A pesar de que Mario le había hablado sobre ellos, nunca habría imaginado a un mago como un primo pequeño de Hulk. Más bien al contrario. Erik, para colmo, era más que un montón de músculos. Resultaba atractivo, tenía porte, su mirada imponía. Sus movimientos eran ágiles y distinguidos. Costaba imaginar a un hombre más perfecto.

—Enhorabuena por tu nombramiento —dijo el mago—. Ahora tenemos un acuerdo.

—Me parece que no —repuso Mario Tancredo—. Aún estoy esperando a que me apoyen los miembros del partido que controláis. Sé quiénes son, Erik.

—No han recibido instrucciones de ninguna clase. Algunos se han mantenido al margen y unos pocos sí te apoyan. Hemos dejado que las cosas siguieran su curso natural. Pensaba que tu deseo era que no interfiriéramos en el mundo de los menores.

La charla no pintaba nada bien. Aarón sentía que Erik no jugaba limpio, era obvio que Mario compartía ese parecer. Sin embargo, Erik parecía sincero, no se mostraba agresivo ni desafiante, su voz era reposada y agradable. Y sus explicaciones guardaban lógica. Aarón estaba confuso.

—De modo que has consultado a los magos y habéis decidido no interferir porque pensáis que es mi deseo. —Mario no ocultó su desdén—. ¿Esperas que crea eso?

—Hemos decidido ayudarte, Mario —contestó el mago cargándose de paciencia —. Apoyarte abiertamente podría despertar sospechas. Cuando debatimos sobre esto, llegamos a la conclusión de que tú solo serías muy capaz de lograr los apoyos suficientes, que bastaría con que no nos opusiéramos. De esta manera, si en el futuro necesitas que intercedamos a tu favor, nadie sospechará nada. En otras palabras: confié en ti, en que lo lograrías, y actúe del modo que más nos beneficia a ambos de cara al futuro. Mi felicitación era sincera. Estoy encantado de que ocupes un puesto de poder entre los menores y de que me pidieras un pacto entre nosotros. ¿No estás satisfecho con los resultados?

Aarón tuvo el presentimiento de que aquello era política de verdad, y no lo que iba a presenciar en la comida, en la rueda de prensa y en los despachos a partir de ahora. Ese mago era sagaz. A Aarón no le habría gustado nada estar en el lugar de Mario Tancredo. Solo restaba ver cómo su jefe decidía afrontar aquella situación.

—Estoy más que satisfecho —dijo Mario. Sonó tan sincero que Aarón lo creyó

—. Fue una buena decisión. Gracias por aclararlo todo. Tenemos un acuerdo.

Aarón sintió orgullo por su jefe. Era la salida más elegante, sin duda. Mario había aceptado el juego. Le haría creer que se había tragado el anzuelo con el objetivo de no desvelar su siguiente movimiento. Y Erik, aunque fuera consciente de las intenciones de Mario, no podía más que fingir que todo iba bien. De lo contrario, se desataría una disputa y eso implicaría descubrirse y admitir que había mentido.

Se estrecharon la mano y en la concordia que reinaba entre ellos Aarón dudó de sus propias conclusiones, de que todas las conspiraciones que se había figurado fueran solo producto de una imaginación infantil. Pero había algo que le decía que estaba en lo cierto.

La puerta se abrió de nuevo y entró otro reportero con un micrófono y una gorra azul. Aarón comenzaba a sentir un poco de asco por el gremio de los periodistas.

—¡Quieto! —gritó Mario.

Aarón, que había dado un paso hacia el reportero, resuelto a echarle de la sala, se detuvo. El reportero cerró la puerta y se quitó la gorra. De inmediato cayó una melena hasta acariciarle los hombros.

—¡Es el puto vampiro! —Aarón retrocedió.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Sombra.

—Ya habíamos terminado —dijo Erik.

—Sí que interrumpes —dijo Mario—. Como siempre. Veo que no aprendes, vampiro.

Se observaron todos durante unos instantes. Era evidente que Aarón era el único que no mantenía la compostura. Sombra estaba relajado, sonriente, lo estudiaba todo con lo que parecía una curiosidad inocente. Erik no había variado su expresión lo más mínimo. Mario miraba al vampiro con irritación, pero en ningún momento asustado.

—Cuando acabe este encuentro —dijo Sombra—, comprobarás que sí he aprendido.

—Eso espero —dijo Mario—. Que esta vez aprendas la lección. Sigues acosando a tus víctimas a plena luz del día. Solo un necio utilizaría el mismo método una y otra vez. La primera vez sorprende; después, ya no. Erik, siento las molestias. Dado nuestro acuerdo y con vistas a una futura relación aún más fructífera, me harías un enorme favor si nos librarás de ese insensato que se ha expuesto siendo de día. Gracias. Te debo una.

El mago echó a andar con paso resuelto hacia Sombra. Aarón tuvo claro que no le gustaría estar en el pellejo del vampiro en aquel momento. No estaba seguro de quién resultaría vencedor de aquella confrontación, aunque si tuviera que apostar, lo haría por el vampiro. Por lo que Mario le había contado, parecía la raza más temible. Aunque Erik no era un mago cualquiera, era un jerarca, y le suponía unas habilidades superiores a los de su clase. Encima, era de día y, en condiciones de tanta luz, Sombra no tenía la menor posibilidad. Erik podría dejarlo fuera de juego simplemente exponiéndolo al sol de mil maneras diferentes.

Por lo visto el vampiro debía de pensar lo mismo porque no se puso en guardia cuando el mago se encaminó hacia él. Se limitó a observarlo con cierta indiferencia. Aarón no tardó en descubrir por qué.

—Contemplo nuestra relación futura con el mismo interés que tú, Mario —dijo Erik—, incluso con esperanza. Pero los problemas que tengas aparte no son de mi incumbencia —añadió pasando junto a Sombra sin siquiera mirarlo—. Encantado de hacer negocios contigo.

La puerta se cerró tras Erik. Se habían quedado solos los tres.

—Vaya, vaya, Mario —sonrió Sombra—. Diría que no te han querido hacer ese pequeño favor. Qué negocios tan extraños los tuyos. Ah, cómo son estos magos… Tanta arrogancia resulta irritante, ¿verdad, menor? Así os llaman tus amigos los magos. Qué malos, ¿eh? Despreciaros de esa manera no está bien, no es respetuoso.

Mario tomó asiento y cogió sus papeles.

—Tenemos que trabajar en un discurso, cosas de gente importante, cosas que un chiquillo no entendería. Aarón, echa a este idiota antes de que perdamos más tiempo.

—¿Yo? —Aarón vaciló, sorprendido. Titubeó cuando Sombra le dedicó una mirada divertida—. Ah, sí, casi se me olvida.

El vampiro continuaba al lado de la entrada, en la pared opuesta a las ventanas. El sol caía oblicuo, cerca del ventanal. Aarón sacó una estaca y repasó una runa que había grabado en una tabla de madera. Ahora iba a comprobar si había cometido algún error.

Sonó un pequeño zumbido. La luz del sol fue penetrando en la habitación. Avanzó sobre la mesa, en el centro de la estancia, la rebasó, se arrastró sobre las sillas, hasta que al final se detuvo a un metro escaso de la pared opuesta, a unos diez centímetros de los pies de Sombra. El vampiro ni se inmutó.

—Un gran sistema de seguridad —aplaudió Sombra—. Esos carteles de publicidad camuflan la runa que refleja el sol, ¿verdad? No está mal pensado… ¿Ha sido idea tuya o de Mario? De todos modos, la próxima vez ten más cuidado porque estuviste a punto de resbalar cuando la pintaste. Te recomiendo el calzado con suela de goma para andar por una azotea, agarra mejor. Y otro consejo, si me lo permites, es calcular mejor el ángulo para que el sol alcance a cubrir toda la sala, o colocar la runa más baja.

Mario observó la luz del sol en el suelo, luego miró a Aarón.

—Toma nota, idiota. Ahora tendremos que soportar más tiempo la charla de este vampiro con aires de estrella invitada. Ya que te gusta hablar tanto, dime, siento curiosidad: ¿cómo sobreviviste al derrumbamiento?

—Yo siento la misma curiosidad que tú, pero dudo que ninguno de los dos vaya a contar sus secretos al otro.

—Yo no —aseguró Mario—. Pero considerando que vas a morir pronto, pensaba que no te importaría decírmelo. Ya que hablas tanto, podría ser sobre algo de provecho.

—Me encantaría —repuso Sombra—. Creo que tenemos más en común de lo que pensaba y sí que podríamos sacar provecho de un amable intercambio de impresiones. Tú también has matado, Mario. Has tenido que pasar por situaciones difíciles, tienes problemas familiares, con tu mujer, aquel desafortunado incidente con tu hija…

—¿Tienes familia? —preguntó Aarón, asombrado.

—Solo llevo quince años siendo vampiro —contestó Sombra—. Naturalmente que…

—Es un insulto que alguien como tú se quiera comparar conmigo —le interrumpió Mario—. Si esas son todas las tonterías de las que quieres hablar, ahórrate la molestia. Tu familia me importa un bledo, igual que tu opinión sobre el asesinato o sobre cualquier otra cosa.

Esta vez Sombra inclinó la cabeza con aire sombrío.

—Es una lástima. Una persona es como se comporta ante alguien inferior. Aunque te equivocas, así es como tú me ves a mí, incluso piensas que voy a morir, pero ni por esas me muestras el menor respeto. Cuando voy a matar a alguien, siempre trato de conceder, dentro de unos límites razonables, una última oportunidad de dejar sus asuntos zanjados. Pero que sea como prefieras. Acabemos con esto.

Mario dejó los papeles sobre la mesa.

—Pues ya era hora.

Aarón retrocedió un paso involuntariamente. El vampiro se puso en guardia, con Mario Tancredo enfrente.

—Te has protegido bien —dijo con un tono mucho más serio. En su cara no había rastro de diversión—. Eres un hombre de recursos. No dudo de que tendrás alguna otra sorpresa además de los carteles que reflejan la luz del sol. Ningún vampiro podría acabar contigo. Enhorabuena. —Sombra se llevó la mano a la espalda—. Claro que no hace falta ser un vampiro para matarte.

Sacó una pistola que había mantenido oculta hasta ese momento. Apuntó y apretó el gatillo.

El arma debía contar con un silenciador porque no se escuchó ni un susurro, tal vez incorporaba una runa que acallaba los tiros. Aarón supo que había disparado porque Mario Tancredo tenía un agujero en la frente. Fue hasta su jefe y lo recogió en sus brazos justo en el momento en el que se desplomaba con un hilo de sangre resbalando lentamente por su frente y su nariz.

El agujero estaba justo entre los ojos, un disparo certero. Aarón dejó a Mario sobre la silla, arqueado hacia atrás, con el cuello girado a la izquierda. Al caer la primera gota de sangre al suelo, el aprendiz por fin reaccionó y comenzó a gritar pidiendo una ambulancia, aunque sabía que Mario había muerto en el acto.



Diego se detuvo. Se rascó el lunar de la barbilla, luego se hurgó en la nariz. Dejó el resultado de la extracción pegado en una lápida.

—Lo siento, tío. No es personal. Seguro que eras un gran tipo —le dijo al muerto que suponía enterrado.

Levantó una caja de madera medio podrida que había dejado sobre la tumba. En la tapa de la caja refulgía una runa con menos intensidad de la que el Niño había calculado. Y eso le molestaba. Le molestaba también tener que trabajar, o lo que él consideraba trabajar. Como consecuencia de esa molestia, refunfuñaba y maldecía.

—Ese Álex… No sé cómo lo hará, el muy cerdo, pero siempre se libra… ¡Ah! Puta caja… Aquí el que pringa siempre es el niño. Y Sara por ahí, ligando, con sus citas. Plata salta a otro cuerpo y ¿quién queda? El pringado del grupo. Un día me van a oír esos mamones. ¡Les va a curar su puta madre! Puaj… Ajjjajja… ¡Ay!

Se había tragado una telaraña. El pánico de que la araña se le hubiera metido en la boca le había hecho soltar la caja de madera, que aterrizó sobre su pie derecho. Diego maldijo una vez más.

—Odio los cementerios. Son asquerosos.

Estaba muy oscuro. La luna era nueva o se ocultaba detrás de las nubes. Solo percibía los contornos cercanos y formas muy difusas, más lejos, gracias a una tímida claridad cuya fuente ignoraba. Se perdió, evidentemente. Lo supo cuando, después de vagar un rato, volvió a ver su moco pegado a la lápida.

—Me cago en… Al menos estoy solo y nadie puede cachondearse de mí.

Esta vez trató de poner más atención. Se golpeó en la cabeza con varias ramas por ir mirando al suelo. Acabó por cansarse. Dejó la caja en el suelo y se sentó encima, tapando la luz. Se sumió en una oscuridad mucho más profunda. Como prefería estar cansado a tener miedo, siguió. Luego pensó que podía haberse sentado en el suelo de modo que tuviera luz. Decidió hacerlo. Entonces pensó que si se sentaba, ya no se levantaría de nuevo y que era mejor continuar.

Unos cuantos tropiezos más tarde, con sus correspondientes juramentos, al fin

divisó el árbol que buscaba. Le resultó familiar, tal vez había pasado a su lado un par de veces.

—Ahí estabas, mamón. Tienes suerte de que no te prenda fuego.

El Niño se animó ahora que vislumbraba el final de la asquerosa tarea que lo había llevado hasta allí. Se alejó del árbol varios pasos en la dirección apropiada y se paró. Dejó caer la caja de madera al suelo. Después se quitó la mochila que llevaba a la espalda y sacó una pala. Ya solo restaba cavar un hoyo y enterrar la caja. Se le ocurrió una idea antes de empezar el agujero. Sacudió la caja con la pala hasta que la madera crujió.

—¡Ja! Y la runa no se ha apagado. ¿Soy un genio o no? —Metió la punta de la pala en la grieta de la madera y la giró a un lado para agrandarla—. Espero que se llene bien de tierra, vampiro de mierda.

—No lo creo —dijo una voz—. No, si no llegas a enterrarla.

Hizo el mayor de los esfuerzos para no mearse encima. No se veía a nadie en los alrededores. Se giró a un lado, de espaldas, al otro lado. Nada. Ni un alma. Cuando miró de nuevo a la caja, había una deportiva roja sobre ella.

—¡Joder! Serás… ¿Cómo puedes ser tan silencioso, capullo?

—Es la segunda vez que me insultas, niño.

—Ya, bueno, se me escapa, ya sabes. Acostúmbrate. Y no des esos sustos, tío. Por cierto, ¿quién mierdas eres?

—El dueño del contenido de esa caja, me temo.

En la boca de aquel tipo crecieron dos colmillos blancos, brillantes, puntiagudos. Diego se llevó la mano al cuello mientras se giraba para echar a correr. No llegó a dar la tercera zancada porque el vampiro ya estaba frente a él.

—¡Ah! Y encima rápido.

Sombra lo agarró y lo llevó hasta la caja. El Niño temblaba descontrolado.

—Cálmate, enano. Tal vez salgas de esta.

—¡S-Suéltame! N-No te tengo ningún mie… ¡Ay! Ya vale, ¿no? —Se revolvió, presa del pánico. Sombra le liberó el brazo—. Oye, ahí tienes la pasta. Te lo has currado, ¿no? Pues que aproveche, en serio. Yo me abro de aquí.

El vampiro negó con la cabeza.

—Tendré que comprobar el dinero, si no te importa.

—¿Eh? Está todo, tío. ¿Me estás llamando mentiroso?

—Sé que en tu caso eso es imposible. —Sombra quitó la tapa sin el menor esfuerzo. Dentro había varios fajos de billetes—. Está todo —confirmó.

—Pues que te vaya bien y que chupes mucha sangre. Yo me piro.

—No tan deprisa. Siéntate. Sabes que te daré caza, no puedes escapar de mí. También puedo sentarte yo mismo, pero no te lo recomiendo.

Diego asintió.

—No se puede rebatir una lógica tan aplastante. —Se sentó donde le habían ordenado—. ¿Qué te pasa? Te pagué la mitad por el trabajo y ahora la otra mitad. Lo

has comprobado. Podría haberme gastado la pasta en montonazo de movidas chulas, pero no, aquí estoy, cumpliendo. ¿De qué vas?

—Me llama la atención que me contrataras. ¿Tanto odiabas a Mario Tancredo?

—Es un capullo de cuidado. Me llamaba payaso, niñato, me amenazaba con darme azotes. ¿Me puedo ir ya o qué?

Sombra sonrió.

—Tienes cierta gracia. Y no se te da mal contestar sin responder a lo que te he preguntado. Estoy al corriente de tu maldición, Niño. Sé quién eres. Así que no des tantos rodeos porque te garantizo que contestarás a mis preguntas. ¿Cuál era el plan? Esperar a que viniera a desenterrar el dinero para atraparme, ¿verdad? ¿El Gris está aquí? ¿Escondido en alguna parte?

—Ojalá. Así te podría partir los colmillos de una hostia y hacer que te mordieras el culo.

—Contratarme fue idea suya, no tuya. ¡Responde!

—¿Era una pregunta? Parecía que hablabas solo.

—¡Responde!

—¿Por qué no pudo ser idea mía? Tienes prejuicios, chupasangres. Te aseguro que mi cerebro es la polla y tengo ideas que…

Sombra alargó un poco más los colmillos.

—Es la última vez que te lo pregunto.

—¡Sí! Fue idea suya. Yo solo soy el pardillo que se come todos los marrones. ¿Ya estás contento? Me largo.

Diego se levantó. La mano del vampiro, sobre su hombro, lo obligó a sentarse de nuevo.

—El juego ha terminado. He recibido tu mensaje, Niño.

—¿Qué mensaje? —se alarmó Diego.

—¿Tu maldición te permite fingir? ¿Has estado en los tribunales?

—Ah, eso… Sí. ¿Y qué?

—Recibí el mensaje.

—Entiendo… —El Niño se acarició el lunar, pensativo—. No, no entiendo un pijo. Me trincaron por mearme en un poli y cagarme en su coche. ¿Qué mensaje es ese? ¿Es que los vampiros oléis la mierda o qué?

Ahora fue Sombra el que reflexionó.

—No está mal… —murmuró—. Ha utilizado al Niño sin que él lo supiera… Así evita que le sonsaque.

—¿Mande? Habla más alto, tío.

—Vas a llevarme al sitio en el que se oculta el Gris.

—Por supuesto. En cuanto salga el sol, ¿vale?… ¿Pero tú eres idiota? En serio, háztelo mirar. A lo mejor chupeteas sangre infectada y se te ha podrido el cerebro.

—Maté a un Santo, ¿recuerdas? Ahora te tengo a ti. O me llevas hasta el Gris o haré que él venga a buscarte. La primera opción conlleva una dosis de dolor

considerablemente inferior.

—No soy un Judas —repuso Diego—. Mi maldición me la puso un ángel y Plata es mi colega. ¿Sabes lo que podría hacer si pillara tu cuerpo? No puedes tocarme, pringado.

—Error.

Lo último que vio el Niño fue el puño de Sombra acercándose directamente a su cara.



Sombra vio moverse los párpados de Diego, despacio, con temblores, hasta que se abrieron. El Niño se llevó las manos a la cabeza.

—La hostia… Qué dolor. ¿Por qué está todo al revés?

Se palpó la barbilla y vio la mano teñida de rojo. Se la llevo rápidamente al cuello. Allí encontró dos orificios de los que manaba sangre.

—¡No! ¡Me han convertido! ¡Soy un asqueroso chupasangres! Qué putada… Tengo que pirarme antes de que salga el sol.

Sombra decidió intervenir antes de que se matara él solo.

—Deberías saber que eso no es posible —dijo situándose frente al chico.

—¿Eh? ¡Es verdad! No estoy enamorado de ti… ¿Entonces? ¡Voy a morir! ¿Por qué estás al revés?

—¡Cállate! —Sombra sacudió la cuerda que sostenía los pies de Diego—. Estás colgado boca abajo, Niño. Te vas a desangrar. Pero si te bajo y taponamos la herida, no te pasará nada. Sufrirás un ligero mareo y te repondrás.

—De acuerdo. ¡Bájame, joder! ¡Bájame!

Sombra consideró cortar la cuerda y dejar que se estrellara de cabeza contra el suelo, pero controló sus impulsos. Depositó al Niño en el suelo, en una tumba, recostado contra la lápida.

—Echa un vistazo, Niño.

—Odio los cementerios… ¿Qué? ¿Cómo? Este no es…

—Te he traído mientras dormías. Estamos en el cementerio de la Almudena y vas a llevarme a la guarida del Gris. Tú conoces el camino. Toma. Véndate el cuello.

Entre juramentos, Diego aceptó la gasa que le ofreció el vampiro.

—Tío, espero que no me hayas pasado una enfermedad chunga. A saber la mierda que vas chupando por ahí, como tú no puedes enfermar… ¡Dios! Me da asco solo de pensarlo. ¡Me has mordido, capullo! Espero que te pongas condones en los colmillos.

—El camino —atajó Sombra—. O volveré a colgarte y dejaré que te desangres.

—Estás bien jodido. Debo de ser el único que nunca se ha aprendido el camino, ni

yo ni nadie… ¿Lo ves? Ni un calambre. No puedo ayudarte. Necesitaría un gato repugnante que…

—¿Te refieres a uno de esos?

Sombra señaló la tumba de al lado, donde dos gatos negros dormían plácidamente. Ambos abrieron los ojos al mismo tiempo, como si supieran que hablaban de ellos. Se levantaron y acudieron junto a Diego a frotarse contra su pierna.

—En la vida me daréis una alegría —dijo el Niño acariciándolos—. ¡Ay! Serán cabrones.

Uno le había mordido, el otro le dio un zarpazo. Jugaban. Los gatos se alejaron con movimientos ágiles y silenciosos. Se detuvieron a pocos metros, los miraron con sus ojos verdes y relucientes.

—Sigámoslos —ordenó Sombra.

Agarró al Niño por el brazo y lo obligó a caminar.

—Asco de bichos —maldijo Diego—. Son estúpidos y desagradecidos, e inoportunos. Me encantan los chuchos. Esos sí son animales con cerebro, y cariñosos.

Sombra no perdía de vista a los gatos, aunque su preocupación era innecesaria porque los esperaban si se retrasaban demasiado. Siguieron un recorrido extraño entre las tumbas, a veces parecía errático. El vampiro tuvo la sensación de pasar varias veces por el mismo sitio y de dar rodeos a propósito.

Hasta que una hoja de palmera asomó detrás de una cruz de piedra. Las palmeras no formaban parte de la vegetación del cementerio, ni tampoco el bosque que ahora se abría ante ellos. Aquella masa de vegetación no debería estar allí, imposible que no se viera desde… Sombra comprendió enseguida lo que había sucedido. Los gatos les habían guiado por un camino que en realidad era el trazo de una runa enorme que el Gris había ocultado en el suelo. La runa debía permitir ver el bosque a quien supiera activarla, caminando sobre su trazado de un modo concreto.

—Un truco ingenioso —aplaudió el vampiro—. De modo que ahí es donde se oculta el Gris.

Interrogó a Diego con una mirada amenazadora.

—Que sí, pesado. ¿Es que no es evidente?

—Háblame del bosque.

Diego se sujetaba el cuello con la mano derecha.

—En el centro hay un claro con un árbol bastante grande en medio. Ahí es donde nos reunimos.

—Te vas a quedar aquí, renacuajo —le advirtió Sombra—. Y vivirás. No entres en el bosque, no quiero que cures al Gris. Si no me haces caso, me obligarás a matarte a ti el primero.

—Entonces no podré ver cómo te rompen la cara. ¿Sabes quién es el Gris? ¿Crees que un vampiro de mierda puede con él?

—Tú lo crees, Niño. Se te nota el miedo en la voz.

—Yo tengo miedo de todo. Pero el Gris no. Qué ganas tengo de que te clave su asqueroso cuchillo.

Sombra apartó a Diego. Estaba harto de tanta cháchara y además era inofensivo. Debía concentrarse en la auténtica amenaza. Nunca se había medido con un adversario tan duro como el Gris.

Los gatos se separaron en cuanto Sombra dio un paso hacia ellos. Saltaron, cada uno a un lado, y se internaron en aquella jungla de árboles, helechos y cactus. Se pararon ante sendos senderos, a la espera de la decisión del vampiro.

—¡Ja! —se rio el Niño—. Chúpate esa, colmillos. Por fin hacen algo a derechas los mininos. ¿Qué camino vas a elegir, pringado?

Sombra no podía abandonar estando tan cerca de su meta. Y tampoco estaba dispuesto a perder el factor sorpresa. El Gris no tenía ni idea de que iba en su busca, estaría confiado, con la guardia baja. Pero si el Niño no daba señales de vida después de haber ido a pagar a un vampiro, sospecharía y se prepararía. El Gris no tenía fama de ser estúpido.

Tenía que encontrarlo ahora, antes de que saliera el sol y alguien echara de menos a Diego. Los gatos ofrecían dos caminos posibles, un sistema de seguridad, sin duda, probablemente eficaz. Pero Sombra contaba con el mejor modo de sortearlo.

—Vas a decirme ahora mismo cuál es el sendero correcto, Niño —dijo sin volverse para mirarlo—. No vas a marearme con tu charla porque se me acaba el tiempo. El sol saldrá pronto y si llego a la conclusión de que me has entretenido, arreglaré cuentas con el Gris en otro momento, pero a ti te mataré ahora. Tienes la oportunidad de quedarte al margen. Además, según tú, no soy rival para el Gris, ¿no? Habla. Ahora. Dime qué sendero es el seguro. Te juro que si me doy la vuelta, será para sacarte hasta la última gota de sangre.

Sombra no se movió. Oía a Diego sollozando detrás.

—Dejaré que lloriquees hasta que cuente diez. Después, te morderé y te arrancaré la cabeza.

Contó mentalmente. Uno, dos… Ya no le quedaba tiempo para más juegos, así que si llegaba a diez y el Niño no respondía, lo mataría. Cinco, seis…

—Te odio, vampiro —balbuceó Diego—. Te odio con toda mi alma.

—Todos entenderán que te obligué a hacerlo. Nadie te culpará.

—¡No quiero decirte una mierda! —estalló el Niño.

Diez. Sombra giró lentamente la cabeza.

—¡Espera! Te lo diré…

Sombra se detuvo.

—Te lo diré… Cabrón de mierda… Es… Es el sendero que está a tu derecha… ¡Ay! ¡Ay! ¡Joder! ¡Aaaaaaay!

Sombra corrió hacia el de la izquierda. El pobre crío había intentado mentir en el último momento aun sabiendo que su maldición lo delataría. Admiraba su lealtad al Gris.

El gato se internó en el bosque. Como antes, variaba de velocidad y nunca se alejaba demasiado. El sendero era tan estrecho que ni siquiera lo habría advertido con su visión nocturna de no contar con el gato para que le guiara. Las plantas y los árboles eran muy variados, de diferentes especies, propias de diferentes latitudes y climas.

El gato saltaba sobre las piedras y las plantas con gracia, sin hacer ruido. A Sombra no le costaba seguirlo. En una ocasión, el gato se paró y se negó a continuar. Sombra dudó. Iba a azuzar al animal cuando se puso de nuevo en marcha él solo. Ahora corría más deprisa. Sombra apretó el paso, aunque sin llegar a correr.

Dieron rodeos y repitieron alguna parte del trayecto. De nuevo estaban repasando una runa. Los cambios de velocidad del gato debían de ser determinantes para activar el símbolo.

Poco después el gato rodeó una piedra. A pesar de que Sombra se hallaba a dos pasos de distancia, lo perdió de vista. El animal había desaparecido.

Aún se encontraba en medio del bosque. Aquello no podía describirse, bajo ninguna circunstancia, como un claro. No había ningún árbol que destacara en medio de ninguna parte. Se puso alerta.

Advirtió una sombra que se onduló algo más adelante. Solo un vampiro, con su aguda visión, habría reparado en ese detalle.

—Sé que me has visto —dijo alguien.

De la ondulación surgió un cuchillo. El cuchillo se desplazó un poco, se alejó de la roca tras la que se había ocultado. Sombra distinguió una gabardina negra.

—Te creía más listo, vampiro —dijo el Gris.

Sus sentidos no percibían a nadie más en los alrededores. Estaban solos.

—La runa del gato era una trampa —dijo Sombra, llegando a la única conclusión lógica—. ¿Cómo lo has logrado?

—He sido yo —dijo la voz de Diego. Una runa, esculpida en una roca enorme, medio enterrada en vegetación, se iluminó—. Sí, yo. No lo pillas, ¿verdad? Te ayudaré. Sombra es un vampiro y un asesino… ¡Ay! ¡Aaaay! ¡Ay! Como duele, ¿eh? Anda, se me ha pasado el telele y ya no me duele. Mira que eres tonto, colmillos.

Los calambres habían sido fingidos. Diego le había dicho la verdad, luego había hecho una pausa y había simulado sentir dolores. Era culpa de Sombra haber relacionado los dos hechos. Con toda seguridad el Niño había abusado de su palabrería, lo había impacientado y provocado que Sombra tuviera tanta prisa por la inminente salida del sol que no pudiera detenerse a reflexionar.

—Buena jugada —concedió el vampiro—. No soy de los que niegan el mérito a nadie. Así que me habéis utilizado para libraros de Mario Tancredo y me habéis tendido una trampa.

Sombra pretendía ganar tiempo, hacerles hablar para estudiar la situación y hallar un modo de escapar. No sería fácil con el Gris porque no parecía del tipo hablador. Se mantenía frente a él, serio e impasible.

—¿Librarnos de Mario? ¡Ja! —se burló Diego—. Nadie tan tonto debería ser inmortal. —Diego le lanzó un teléfono móvil. Sombra lo atrapó al vuelo—. Dale al *play*, tío. Es de esta misma tarde. Apuesto a que te fuiste tan rápido a vigilar el cementerio que no lo comprobaste. Oh, sí, que tú nunca fallas, ¿a que no?

Sombra pulsó el botón de un vídeo. Apareció la imagen de Mario Tancredo detrás de un atril rebosante de micrófonos.

—Por supuesto —decía Mario—. Hace mucho que pienso en contribuir con mis conocimientos al desarrollo de este país. Es para mí un honor unirme al partido y trabajar por el bien de la sociedad.

Era la rueda de prensa en la que se anunciaba su salto a la política. Sombra no podía creerlo. Le había disparado en la cabeza horas antes del evento ante los medios de comunicación. Mario estaba muerto. No podía estar hablando con la prensa en aquel vídeo. Y sin embargo sabía que era verdad. Había fallado.

—¿Qué hay de esos rumores sobre su entramado societario? —preguntó un periodista—. Se dice que ha operado en paraísos fiscales y ha evadido impuestos.

—Y eso que no saben ni la mitad —contestó sin reparos Mario. Por un instante, Sombra le vio cierto parecido con Diego en su modo de hablar—. Tengo empresas distribuidas por todos los países del mundo. Y si alguien cree que se puede levantar semejante imperio sin recurrir a ciertos trucos, como los paraísos fiscales, los cuales, por cierto, no son ilegales, es que no sabe cómo funciona el mundo. Yo sí lo sé. Mejor que nadie. Por eso, bajo mi supervisión, les puedo asegurar que nadie será capaz de volver a defraudar, porque, sencillamente, nadie sabe más que yo sobre ese asunto. Mi capacidad de gestión está más allá de cualquier duda razonable. Deberían alegrarse de que haya decidido poner esa capacidad al servicio de los ciudadanos.

—Es bueno, el condenado —dijo el Niño—. Si no le conociera, igual hasta le votaba y todo.

Sombra no lo soportaba más. Cerró la mano y convirtió el teléfono en chatarra.

—¿Cómo ha pasado esto? Merezco saber cómo ha sobrevivido Mario Tancredo.

—No mereces nada, vampiro —dijo el Gris.

—Cómo eres, Gris. Colmillos es nuestro invitado. No tendré en cuenta que se ha cargado mi teléfono, que cuesta un huevo, por cierto, y se lo diré. ¿Puedo? Venga, dame este gusto, que me lo he currado.

Sombra deseaba tanto saberlo que por un momento olvidó el peligro al que se enfrentaba.

—Resulta, Colmillos, que cuando trincaste al Santo, el Gris casi la palma —dijo el Niño—. ¿Lo sabías? Necesitaba confesarse y vas tú y le metes un bocado a un viejo cura… Qué asco, macho. El Gris se moría, ahí, tirado en la calle, ¿sabes lo que me dijo? Que le vengara, que te matara. Menos mal que sobrevivió, ¿eh? Porque si me cae a mí ese marrón, apañado estaba.

—¿Le confesó otro Santo?

—Pues no. Estaban todos fuera del país en no sé qué movida de gente santa,

rezando, supongo, y diciendo tonterías. Fue Mikael. El angelito se dio un garbeo y salvó al Gris. Qué majo, ¿verdad? El muy cerdo va y a mí me casca una maldición, pero al Gris lo cura.

—¿Qué tiene eso que ver con Mario?

—Resulta que el alma que el Gris había pillado prestada para la confesión era la de Mario. Y como era un préstamo…

—Le devolvió a Mario su alma bendecida por un ángel —terminó Sombra.

—Bingo, Colmillos. Y los ángeles saben curar, ¡que me lo digan a mí! Hasta el más gilipollas sabe que solo hay una muerte de la que absolutamente nadie se libra. Debiste lanzarle una espada que le cortara la cabeza en vez de una bala, que solo hace un agujerito de nada.

Eso también explicaba cómo había sobrevivido Mario al derrumbamiento que los había sepultado. Sombra se revolvió, furioso. Jamás había pasado por una humillación semejante. Y Vela no podía ayudarle. Nadie sería capaz de llegar hasta esa parte del cementerio, y menos antes de que saliera el sol.

—No te cabrees, Colmillos —continuó Diego—. Todavía falta lo mejor. Te voy a dar la oportunidad de que lo descubras tú mismo. Venga, piensa un poco… Bah, ¿a quién quiero engañar? Soy incapaz de aguantarme. Lo mejor de todo es que Mikael nunca habría bendecido el alma de Mario si no hubieras matado al Santo. ¡Ja! Menuda cagada. Tú mismo le salvaste. Mira que yo meto la pata a veces, macho, pero lo tuyo es de traca. Verás cuándo se lo cuente a los brujos…

—No le contarás nada a nadie —le reprendió el Gris.

—Jo… Porfa…

—Ya basta, Niño.

Sombra necesitaba pensar pero la ira anulaba su capacidad de raciocinio. Tenía que haber una escapatoria. Tenía que encontrarla a cualquier precio. Era un ser inmortal, un asesino que nunca fallaba… hasta ahora.

—Resístete cuanto quieras, vampiro —dijo el Gris—. La runa no te permitirá huir y nadie vendrá aquí a ayudarte.

—No has considerado…

—No te molestes. Yo no siento piedad, no puedo, como bien sabes. Tampoco disfrutaré. Pero nada me va a impedir matarte, vampiro.



FERNANDO TRUJILLO Sanz (Madrid, España, 1973). Escritor madrileño, que comenzó su carrera literaria como un pasatiempo en que entretener las horas de insomnio. El año 2010 supuso una vuelta de tuerca en su trayectoria, ya que empezó a publicar sus historias en el mercado digital.

En poco tiempo, *El secreto del tío Óscar* (junio 2010) y *La última jugada* (julio 2010) escalaron puestos hasta encabezar las listas de Amazon en la categoría de suspense y misterio. También ha publicado *El secreto de Tedd y Todd* (agosto 2010), *La Biblia de los caídos* (mayo 2011) y, en colaboración con César García Muñoz, *La prisión de Black Rock* (octubre 2010) y *La guerra de los cielos* (diciembre 2010).